



Eleuterio Llofriu y Sagrera.

# **Gloria, dinero y mujer**

## **Novela original**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**Eleuterio Llofriu y Sagrera.**

# **Gloria, dinero y mujer**

## **Novela original**

Tomo I  
Capítulo I  
Cosas del mundo

La señora Ruperta era una de esas amas de huéspedes que anuncian en La Correspondencia que necesitan un caballero o dos, tranquilos. Tenía en su casa un grupo de estudiantes bulliciosos, capaces de acabar con la paciencia de un santo, y añadíase a esta legión intranquila el hospedaje de dos redactores de periódicos políticos que se retiraban muy tarde y que con ideas opuestas armaban cada alboroto que hacía temblar los platos en el vasar de la cocina. Cuando este caso llegaba, doña Ruperta se estremecía y entraba en la habitación de los estudiantes obligándoles a que la escribieran otro anuncio para La Correspondencia indicando expresamente que los huéspedes que quería era de los de siete reales con principio y chocolate. Tenía doña Ruperta una sobrina angelical, oculta casi siempre a las miradas de los estudiantes y periodistas, educada en un convento, cándida y pura como el bello ideal de la mujer en la fantasía del poeta.

Deseaban los estudiantes verla y todo era entrar y salir con el objeto de atravesar el pasillo que conducía al comedor y en el cual se hallaba la puerta del pequeño gabinete de Matilde, siempre cerrado, como si estuviese vacío.

-Pero señor,- decía uno de los estudiantes de leyes, gacetillero gratis de un diario ministerial, -¿es un espíritu esa chica? Cinco meses hace que estoy en la casa y no la he visto más que una sola vez. ¿Por dónde sale? ¿Por dónde entra? ¿Cuándo come? He pasado días enteros sin salir y ni por esas. Y cuidado que escapárseme a mí es casi imposible, a mí, que... vamos.

-Claro está,-respondió un futuro orador, poeta en ciernes y crítico a troche y moche, -pero yo voy a escribirla unas seguidillas y a introducirlas por debajo de la puerta.

-Pues yo escribiré una gacetilla a la bella incógnita y en cuanto la lea, ¿cómo ha de resistir la atracción de mis versos, la dulce suavidad con que llegan hasta el corazón? pero oíd, compañeros,-añadió el presunto periodista, -se dice que el único que ha logrado cruzar miradas y palabras con la joven en cuestión es el paleta, ese pobre chico recién llegado del pueblo, corto, simple y desgraciado.

-Ha dado en la manía de escribir versos, pero qué versos. Se habrá figurado que en Madrid la reputación se consigue de cualquier modo, y para que él llegue adonde yo, ya

necesita. Para eso está siempre estudiando, como si fuera preciso estudiar para escribir versos. Así pasa la noche de claro en claro como el famoso D. Quijote con sus libros de caballería: ni va a los cafés, ni a los salones en donde nosotros descollamos. Cómo ha de ser literato, ni poeta en su vida, ni hombre de pro, si no va al café, si se retira temprano y pierde el tiempo entregado a los libretes, ¡pobre chico! ¡da compasión! Es tan singular, tiene unas ideas tan raras... Figuraos que opina que no debe quererse más que a una sola mujer en cuanto se la crea digna de esclavizar el corazón de un hombre y me censura porque le enseñe cartas de tres o cuatro que se deshacen por mí. ¿Qué ha de hacer cuando lea versos como estos?

Y recitó una poesía con muchas palabras, perfectamente rimadas, muy armoniosas, muy dulces, pero sin un pensamiento predominante, sin un solo concepto original.

Llamábase aquel vate tan aplaudido por sí mismo y por sus muchos aduladores, Rodolfo, y no tenía ni siquiera la cualidad de ser un buen amigo. No había reunión literaria, ni tertulia del gran tono a que no asistiese, ni fiesta de familia a que no fuese invitado para que después cantara en el periódico las excelencias de la dueña de la casa diciendo que hacía los honores con exquisita amabilidad que en aquel paraíso sin adanes se hacía música de muy buen gusto, aunque fuera preciso taparse los oídos para no sentirlos atacados de una descarga.

Cuando el llamado paleta oía frases como la de hacer los honores y hacer música se reía sin ocultar el efecto que le producían y por eso no merecía las consideraciones de sus compañeros de habitación.

Era Rodolfo de tez morena, cabellos ensortijados naturalmente, barba negra corrida, ojos de color verdoso, el labio inferior abultado como expresión de vanidad y de soberbia, nariz aguileña denunciando su perspicacia, y mirada de cobarde, incierta, hipócrita y recelosa. Era lo más a propósito su carácter para la maledicencia y la murmuración. Satisfacíanle los aplausos de sus aduladores y creíase el genio privilegiado del siglo XIX: llamaba injusto al gobierno porque no le recompensaba con un destino de 50.000 reales y hallábase tan dispuesto a ensalzar a Carlos VII como a Amadeo, a Alfonso como a cualquiera cuyas alabanzas le proporcionaran algunas docenas de duros. Elogiaba a todo aquel que leía una composición en su presencia, exagerando de tal modo el efecto que le producían los versos y dando tal carácter de sinceridad a sus palabras, que quien no advirtiese que pisaba el pie de la persona que tuviera al lado, creería que había buen fondo en el falso encomiador. Cuando el que había sido objeto de sus alabanzas volvía la espalda; ¡con qué cinismo le trataba, cómo le ponía en ridículo excitando la hilaridad de los que oyéndole, se hacían cómplices de aquella falta imperdonable!

Con las mujeres era lo mismo: las halagaba, las bendecía cuando las tenía en su presencia, bosquejaba el cuadro de la virtud, de la belleza, del trato cortés y delicado, con el fin de que resaltaran más los defectos cuando los enumeraba después a otras, para que gozasen con el ataque dirigido a aquéllas.

El otro compañero, que sostenía el diálogo con Rodolfo era un tipo muy semejante al de éste aunque con más fondo. Engreído y maldiciente, mal amigo y de espíritu mezquino, era

su atmósfera la de la adulación. Tenía siempre en los labios esa sonrisa hipócrita que quiere significar buena fe y probidad. Su cara ancha, la mirada poco franca, el continuo charlar de cosas que no sabía y la eterna crítica de todo, eran el conjunto menos simpático para los hombres que conocían su carácter y que sabían apreciar el falso brillo del oropel.

Miguel era el nombre del joven a quien llamaban sus compañeros el paleta. Era hijo de unos honrados labriegos que a costa de sacrificios lograron reunir la suficiente cantidad para que aquél siguiese una carrera en Madrid decidiéndose por la de leyes, a la cual tenía decidida afición. Era una historia muy triste la de los padres de Miguel que habían descendido de una posición social por intrigas de gentes de mala fe. El padre fue funcionario público de reconocida probidad, de inteligencia no común, y dedicado a la política, sostuvo con una consecuencia intachable sus ideas en beneficio del país, pero como con frecuencia acontece, fue recompensado con la ingratitud: aquéllos a quienes había prodigado beneficios le censuraron injustamente los primeros: los que se habían llamado sus amigos escribieron artículos furibundos contra él, en los cuales se le acusaba violentamente. Había levantado de la nada a hombres como el padre de Rodolfo, que con un cinismo abominable formularon cargos, inventaron motivos de censura y llegaron a herir su corazón con el dardo emponzoñado de la ingratitud.

El padre de Miguel viendo tanta miseria, tanta maldad, tanta escasez de buena fe en los círculos políticos, decidió retirarse a un pueblecito de la provincia de Alicante en donde resolvió pasar los años que le quedaban de vida entregado a las sencillas costumbres campestres para olvidar todo el torbellino de la corte. La falsa amistad había acibarado su existencia: las intrigas palaciegas habían labrado el desengaño más desconsolador en su alma y una historia de amargas desventuras grabó en su corazón huellas que no se borraron jamás.

Parecía que el hijo estaba destinado a sufrir también algo de lo que el padre, y que su historia había de ser una serie de desengaños como la de éste. Don Fernando, que tal era el nombre del padre de Miguel, no veía de buen grado que su hijo fuese a la corte ni tampoco la voluntad de la buena madre favorecía los proyectos de la expedición, pero fue inquebrantable el propósito de Miguel y por no cambiar el rumbo de la inclinación de éste, los padres consintieron y lloraron la ausencia de aquel hijo tan amante de sus padres, tan ansioso de porvenir, con tanta fe y con dotes tan especiales para brillar en el mundo.

Miguel estudiaba con tan buen resultado que era la admiración hasta de sus mismos catedráticos.

En las academias de práctica forense descollaba de tal modo y demostraba condiciones tan singulares, que sus defensas eran presentadas como modelo de buen lenguaje, de estricta aplicación del derecho, de profundo conocimiento de la legislación antigua y moderna. Esto era motivo de envidia para Rodolfo y para Agustín, que así se llamaba el otro compañero.

Rodolfo no había recibido hacía tres meses cantidad alguna de su casa para pagar al ama de huéspedes que lo asediaba de continuo, dándole lo que en esas casas se llama un mal trato. Desde una alcoba sencilla de un gabinete elegante en donde se hallaban los

condiscípulos, fue trasladado a un cuartucho del comedor, sin luz y sin más espacio que el del catre adonde dormía. Dábale doña Ruperta el sobrante del almuerzo y de la comida de los demás y no le concedía el privilegio de luz por las noches.

-Diga usted, don Miguel,-díjole un día doña Ruperta delante de los demás compañeros,- cuando me dará usted algún piquito, porque ya ve usted tres meses, ya es un abuso y como yo sé que usted no quiere decirle nada a su padre, pasarán así los meses y la cuenta subirá...

-No tenga usted cuidado, que ayer me ofrecieron una plaza en la redacción de un periódico...

-Periódico... papeles... vaya un refuerzo... y usted que no sabe de la misa la media, ¿qué va a hacer en esos papelotes?... Si fuera usted como don Rodolfo que es un joven de talento, ahí lo tiene usted, lo ha de ver usted lo menos de director de destrucción pública.

-Instrucción, doña Ruperta; instrucción, -dijo Rodolfo.

-Lo mismo da ocho que ochenta; yo sé lo que me digo, y sino ahí lo ve usted, ahí tiene usted a don Agustín, qué talento, qué trastienda; me paga con puntualidad, es un hombre de provecho: come en casa pocos días porque se va a la de su tío el que no ha querido ser ministro en esta última hornada... Porque yo no puedo con tanto gasto... ¡Friolera! tres meses a mesa puesta, regalándose como un duque. ¿Espera usted al cartero? Vamos a ver si hoy...

-Pero doña Ruperta, no acose usted a este pobre muchacho,-dijo Rodolfo:-que le escriba a usted una defensa del gato que el otro día se comió la carne de nuestro cocido y puede usted darse por pagada: que le explique a usted su lección de justicia distributiva o de naturatis facultas ejus, y dése usted por satisfecha. Hombres como él no deben pagar con dinero. Día vendrá en que pueda acosar a usted con millones...

-Es claro, -interrumpió Agustín: -Miguel ha de ser ministro de Gracia y Justicia, y aplaudido poeta dramático, no en sociedades de tres al cuarto ni en teatruchos de mala muerte...

Miguel sufría horriblemente. Había creído en la sinceridad de aquellos jóvenes: teníalos por buenos amigos y comenzaba a ver descorrido el velo, apareciendo la verdad con todos sus detalles.

-Podré no ser nada de lo que vosotros decís, -respondió con triste acento Miguel, sentándose abatido, -pero nunca seré mal amigo ni trataré de herir a nadie con el sarcasmo que no merece.

-Hombre, te picas por muy poco: contigo no valen bromas.

-Tiene mucho orgullo el señor Miguel, -dijo doña Ruperta, -y ésa es condición de muchos pobres. Mejor fuera que la tuviese para cumplir como es debido con la casa, y no que se da humos de señorito y no tiene sobre qué caerse muerto; y vaya con la oferta que

me hace... periódicos. Cómo si no supiera yo la vida de los que esperan la paga de algunos papeles de esos... Tenía yo a un redactor de un diario que entonces le hacía la guerra al gobierno, y no me pagaba más que con la esperanza de que iban a subir los suyos, y le iban a dar... qué sé yo, una embajada... y la embajada fue que vinieron por él y se lo llevaron al Saladero: salió de allí, ¿ustedes volvieron? pues él tampoco... Pues no digo nada de otro... que después de deberme seis meses lo hicieron... ¡quién sabe!... en fin, una cosa grande, y cuando fui a verlo, me contestaron los porteros que no me conocía.

En esta parte de su discurso se hallaba doña Ruperta, cuando se oyeron dos fuertes campanillazos. Salió María, la criada, a abrir, y entró en el comedor con dos cartas en la mano. Entregó una a Miguel y otra a Rodolfo.

-¿Es de su señor padre? -preguntó doña Ruperta a Miguel, -¿qué dice?

-Me manda una letra.

-¡Angela María! -exclamó el ama de huéspedes. -¿Y de cuánto? -preguntó acercándose con ojos de codicia.

-Cuatro mil reales.

-¡Cuatro mil reales! -dijo con asombro doña Ruperta, repitiendo la cantidad dos o tres veces.

Rodolfo y Agustín se miraron con sorpresa.

-Vamos, ya decía yo que... -tartamudeó la vieja, -es claro, cuando los padres ven hombres de juicio y de talento, como usted que tanto promete... ya se ve, no vacilan al enviar una cantidad gorda... así... Porque no hay que dudarle, usted que tanto estudia y que si entra en un periódico, tendrá un gran porvenir; usted que se diferencia de otros jóvenes jugadores, bulliciosos, que me gastan el aceite por las noches para jugar a las cartas, merece que sus padres hagan eso y mucho más, y yo aunque no me pagase usted en un año... Jóvenes como usted son dignos de que una los quiera, porque todos los días no vienen muchachos aprovechados.

Miguel no contestó.

Rodolfo y Agustín comenzaron a querer destruir el efecto que sus sátiras habían producido y trataron de halagar a Miguel, con la esperanza, sin duda, de que les dejara alguna cantidad que necesitaban para sus distracciones.

-¿Es a la vista? -preguntó con afán doña Ruperta. -¿La pagarán hoy?

-Así lo creo, y voy en el acto.

-Te acompañamos, -dijeron a un tiempo Rodolfo y Agustín, que se decidieron por aparecer amigos leales de Miguel.

Doña Ruperta quedó haciendo sus cálculos sobre la cantidad que la adeudaba Miguel, y comprendió que no debía haber apurado tanto al pobre chico, porque acaso se despediría en cuanto le pagase.

Miguel trató a los dos condiscípulos con el desdén que merecían y logró desprenderse de ellos antes de llegar a la casa de comercio en donde habían de pagarle la letra.

-Es preciso vengarnos de ese necio, -dijo con ira reconcentrada Rodolfo.

-Así lo creo: porque se va a hacer insoportable en cuanto pueda sustituir el sombrero desplumado que hoy corona su cabeza, con otro, y en cuanto el sastre le haga un levisac más decente.

-Juguémosle una buena.

-Ya tengo el plan... pobre doña Ruperta... Ya verás... El futuro ministro ha de ser despedido ignominiosamente.

-¿De veras?

-Por falta de pago... si sale bien mi estrategia.

-Sería cuanto habría que ver.

-Pues lo verás.

Pasó una hora, y doña Ruperta recibió una carta llamándola con urgencia a casa de la persona que la facilitaba fondos para el género de vida que había adoptado, y salió inmediatamente, entrando poco después en la casa Rodolfo y Agustín.

No tardó mucho Miguel: buscó a doña Ruperta y supo que había salido.

Observaron los dos compañeros que Miguel entraba en su cuchitril, y al salir de él, dijéronle que habían ido a buscarle, que inmediatamente se presentara en la redacción del periódico en el cual le habían indicado que entraría, y no esperó más tiempo, sino que dando las gracias a sus compañeros por habérselo participado a tiempo, salió con precipitación diciendo para sí:

-Cuando una cosa va bien, todas siguen lo mismo. Puedo pagar, me vestiré para presentarme en sociedad y tendré sueldo en el periódico... ¡Matilde, Matilde, si llegará un día en que pueda decirte: mi porvenir se ha realizado... ven a compartir conmigo las comodidades de una existencia cómoda y tranquila!...

Esta última parte no fue solamente mental, sino que se tradujo en palabras que algún transeúnte pudo oír.

Pasaron dos horas, y al volver de la redacción, desesperado, víctima de un engaño, entró en su alcoba después de enterarse que doña Ruperta estaba en casa, y salió con los ojos desencajados, cárdenos los labios, pálido como la cera. Los rubios cabellos en desorden, la boca entreabierta, agitada la respiración, la mirada sombría, revelaba la exaltación aterradora de su espíritu.

¡Qué había pasado en su alma!

¿Qué era lo que acontecía que así le afectaba, que así desgarraba su corazón?

Terrible debió ser el golpe que recibió en aquel instante...

## Capítulo II

### Las primeras amarguras

Cuando Miguel entró en la alcoba, abrió el baúl cuya llave había dejado en la cerradura, miró hacia el sitio en donde dejó los cuatro paquetes de cincuenta duros, y dudó un momento: levantó la ropa blanca que contenía el cofre y dudó más; creyó que los habría dejado encima de la silla desvencijada que le servía de mesa de noche a la cabecera de la cama, miró ya con recelo: encendió un fósforo porque la alcoba era extraordinariamente oscura, y se persuadió de lo terrible de su situación. De María la criada, cuya honradez no tenía tacha y que en cuantas casas había servido respondían de su probidad, no era posible sospechar. ¿Y de quién?

Aquella cantidad, que representaba el sacrificio de sus padres y que había de servirle para salir de la deuda para pagar el segundo plazo de matrícula en la Universidad y cubrir las apariencias que la sociedad exige, le había sido sustraída. ¿Qué hacer en aquel trance?

-Esto es horrible, -exclamaba Miguel, volviendo a registrar el baúl y hasta los últimos rincones del cuarto. -¡Qué desgraciado soy... qué desgraciado!

-¿Será una broma de mis compañeros? -se preguntaba como queriendo tranquilizarse. -Vamos, me apuro por muy poco... Eso será... Pero es una broma muy pesada. ¡Rodolfo, Agustín!...

Y llamándolos cariñosamente, entró en la habitación de aquéllos, los miró con fijeza y creyó convencerse de lo que sospechaba. Aparentó calma, y fingió que sonreía.

-¡Qué rato me habéis hecho pasar!... ¡Si vosotros lo supierais!

-¿Cómo? -preguntaron los dos levantándose del sofá.

-Vamos, no disimuléis es inútil.



-Tú te estás guaseando con nosotros, -dijo Rodolfo, haciendo uso de ese provincialismo que ha tomado carta de naturaleza en Castilla la Nueva y cuyo privilegio de introducción se debe a los estudiantes.

-Mirad que es muy pesada la broma: yo tenía el baúl cerrado, pero la llave estaba puesta, y nada más que una broma vuestra puede haber sido lo que me ha sobresaltado al principio.

Cruzáronse Rodolfo y Agustín una mirada de inteligencia, y el último habló así, dirigiéndose a Miguel con alguna aspereza:

-Nosotros no debemos tratar con la confianza de siempre al que nos ha mirado con desdén porque acababa de recibir una letra de su casa. Nos guardaremos muy bien de considerarte como compañero. Entre nosotros no ha de haber relaciones de amistad.

-Seguid adelante la broma, -replicó tímidamente Miguel.

-¿Pero qué broma? -preguntó con apariencias de disgusto Rodolfo.

-La que me habéis jugado... Vamos, dadme lo que habéis sacado del baúl.

Así dijo Miguel, y se acercó a uno de ellos por creer que tenía en el bolsillo algún paquete.

-¡Miserable reptil!... Nadie se ha atrevido a tratarnos de ladrones... ¿lo oyes? y si insistes en tu propósito, verás hasta donde llega mi cólera, -contestó Rodolfo levantando los puños.

-¿Pero es verdad que habláis seriamente? ¿Es verdad que no os chanceáis?

-Ya te hemos dicho que contigo no es posible la confianza, y ahora mismo acabas de convencernos de lo que mereces. Has llegado a sospechar que te trataríamos con fraternal cariño como hasta aquí y que te haríamos objeto de nuestras bromas que nunca han llegado a ser tan graves que dieran un mal rato a nuestros amigos.

Así decía Agustín, mientras el pobre Miguel sentía crecer la ansiedad en su alma y los más angustiosos tormentos le asediaban.

-¡Con que es verdad mi desgracia!... ¡Dios mio! -exclamó Miguel con los ojos humedecidos por las lágrimas.

-¿Pero, qué ha sido?...

-Que no encuentro la cantidad que he dejado en el cofre.

-Y creíste que nosotros... Anda, soberbio... ¿Nos habíamos de rebajar hasta el punto de fraternizar contigo y nos has despreciado?... Ya sabemos lo que son las farsas. Sabe Dios lo que habrás hecho de esa cantidad... y por no pagarle a doña Ruperta...

-¡Ah!... desgraciado, -gritó con iracunda saña Miguel lanzándose sobre Rodolfo, que era el que así se había expresado.

Por pronto que Rodolfo quiso defenderse, tuvo la nerviosa mano de Miguel en la garganta, y fue derribado al suelo sin poder dirigir ni un solo golpe a su adversario.

Entonces Agustín cogió por la espalda los dos brazos de Miguel, y los separó de Rodolfo.

Miguel quiso volverse para hacer con Agustín lo que con el otro había hecho, pero su contrario enredó con una de sus piernas las de aquél y cayó Miguel al suelo, levantándose Rodolfo en el acto, y acometiendo los dos al infeliz joven, que sintió sobre su pecho el pie de uno de ellos, mientras el otro le apretaba la garganta.

-¡Cobardes! -pudo apenas gritar Miguel.

Al ruido que produjo la lucha desigual, salió doña Ruperta de la habitación contigua y vio aquel cuadro.

-¿Qué es esto?... Déjenlo ustedes, déjenlo ustedes... ¡Dios mío!... Que lo van a matar...

-Es que lo merece... doña Ruperta, lo merece... Nos ha llamado ladrones, y me ha pegado a traición, -exclamó Rodolfo.

-Miente, -replicó Miguel, -miente, señora. Son unos cobardes... He castigado a un calumniador, y el otro me ha cogido a traición.

-Vamos, vamos... Tranquilidad caballeritos... Podían vivir ustedes como hermanos.

-Hermanos de este paleta... de este farsante... Cuando usted sepa... quién es...

-¡Oh!... -exclamó con reconcentrado furor Miguel.

-Lo que hay es que ha gastado el dinero antes de llegar aquí, y como no puede pagar a usted, ha fingido que le han quitado del baúl los cuatro mil reales, y venía con el papel de comedia haciéndonos ver que creía que era una broma nuestra.

Esto dijo Agustín.

-Mientes, infame, -gritó Miguel después de levantarse y lanzándose sobre aquél y llevándolo hasta la pared, contra la cual le sujetó con una mano, mientras con la otra iba a descargarle un golpe sobre el pecho.

-¡Socorro! -voceó asustada doña Ruperta.

Rodolfo no se atrevió a defender a su amigo.

El golpe que iba dirigido al pecho, lo descargó con el puño cerrado sobre la mandíbula del lado izquierdo de Agustín, que dio un grito horrible.

-Don Miguel, don Miguel... Por lo que más quiera usted en este mundo, por su madre...

Al oír estas palabras como un llamamiento a su corazón de hijo, dejó Miguel a Agustín que no tuvo atrevimiento para despertar de nuevo la saña de su contrario.

-O él o nosotros, -dijo Rodolfo, dirigiéndose a doña Ruperta. -Mañana, no, hoy mismo nos devolverá usted lo que le hemos adelantado de la mensualidad, porque no debemos estar bajo el mismo lecho que ese alcornoque ridículo...

Y al decir esto, Rodolfo parapetóse detrás de doña Ruperta que huyó el bulto temiendo que Miguel equivocase el golpe y le asestara alguno de difícil curación.

-Con que decídase usted, doña Ruperta. Nosotros vamos ahora a ver a un amigo que tiene casa de huéspedes para el caso en que usted resuelva quedarse con esa alhaja, -dijo Agustín, escupiendo aún la sangre de las encías, -iremos allí.

-Pero, señores, esto es un escopetazo; esperen ustedes...

-Nada, nada... Lo dicho.

Tomaron los dos el sombrero, y haciendo una señal de inteligencia salieron precipitadamente.

Doña Ruperta temía perder lo que Miguel la debía, y no era el suyo bastante valor para atreverse a despedirlo así como así, y mucho menos hasta saber qué era lo que había sucedido.

-Vamos, tranquilícese usted, -dijo aparentando calma y cariñosa benevolencia. -Siéntese usted a mi lado, y hablemos sin escrúpulos.

Sentóse Miguel en el sofá a una distancia respetable de doña Ruperta, enjugando con el pañuelo el sudor que corría por su frente.

-¿Qué ha sido eso? ¿Qué ha ocurrido?

-Doña Ruperta, soy el ser más desgraciado que existe. He venido esta mañana después de cobrar la letra, y he dejado los cuatro mil reales en paquetes de a cincuenta duros en el baúl... Como usted no estaba... la habían llamado...

-Y creo que ha de haber sido algún recurso para sacarme de casa, porque ni don Lucas mi abogado me llamaba ni cosa que lo parezca.

-Pues también tuve yo que salir por otro falso pretexto: dijéronme que me llamaban de la redacción... y no era verdad. Cuando volví, me encontré con que no estaban los cuatro mil reales en donde yo los dejé.

-¿Pero eso es verdad?... ¡Picarillo! Acaso tenga razón don Agustín, y si usted es aficionado al juego...

-¡Señora Ruperta!...

-Pero vamos, para pagarme a mí aún le quedará a usted algún piquito.

-Todo me lo han robado...

-¡Robado! ¿Cómo es eso? Y estando en mi casa... se atreve usted a decir que le han robado esa cantidad... Poco a poco... Diga usted que lo ha entregado usted a una carta, y no comience por echar una mancha en la reputación de esa pobre criada, única en quien podrían recaer sospechas...

-¡Oh!... ¡Si yo creí que era una broma de Rodolfo y de Agustín!...

-Buenos están ellos para bromitas con usted... Con que es decir que ha buscado usted ese pretexto para no pagarme: lo mismo, exactamente lo mismo que me pasó con otro truhán, que parecía tonto de pueblo y me la pegó con que le habían quitado el dinero...

-¡Señora Ruperta!... Por Dios, créame usted... créame usted... Sería mi mayor desgracia si dudara usted de mí.

-Hijo, obras son amores: si para la hora de comer no me ha dado usted aunque sea el importe de un mes, cargue usted con su baúl y su sombrerera; y en verdad que debía quedármelo aquí para obligar a usted más... y... sí señor, lo hago... Vaya, vaya... Haber podido pagarme y andarse por las ramas... El baúl y la sombrerera se quedan en mi casa. A bien que usted tiene ese sombrerito hongo de pavero y esa levita, y no va tan mal para presentarse en donde lo reciban...

Miguel, confundido, cabizbajo, no encontró palabras con que contestar a doña Ruperta, y pasó por su mente un mundo de sombras pavorosas. La miseria y el abandono: la duda que podría haber en sus padres sobre el uso que habría hecho de aquella cantidad. Herido ya en su amor propio, acaso desprestigiado a los ojos de Matilde... ¡Qué situación tan violenta!

Levantóse maquinalmente, miró al techo como buscando un cielo despejado y sereno, y parecióle que una bóveda de bronce iba bajando hasta comprimirle la cabeza.

-Créame usted, señora; tenga usted compasión de un desgraciado...

-¿Y la tiene usted de mí? Piedras de la calle hubiera yo arrancado por pagar a quien me diera de comer...

-Pero si yo...

-Nada, nada... Y después tenía usted el atrevimiento de mirar a mi sobrina... ¡Otra que tal!... Vaya una pieza... tan mojigata..., tan... Me enciende la sangre ver almas como las de ustedes...

-No la juzgue usted así...

-Silencio... y a la calle, señor... paleta...

Doña Ruperta se levantó y dio media vuelta, lanzando una mirada desdeñosa al infeliz Miguel.

Desde la puerta díjole la vieja con orgulloso desprecio.

-Ahora mismo, ahora mismo: si no puede usted pagarme se va usted de mi casa, y cuidadito con lo que dice usted del trato, porque no faltará quien le meta a usted en cintura... Que no quiero que le encuentren a usted en casa cuando vengan esos dos jóvenes...

Así iba hablando por el pasillo y pasando por delante de la puerta de la habitación de Matilde, cuando oyó que ésta la llamaba.

Sacó doña Ruperta una llavecita y abrió, entrando sin ver a su sobrina que la esperaba con ansiedad.

Entretanto Miguel se veía acosado por los tormentos más desgarradores, y sin saber adonde dirigir sus pasos salió de la sala.

María llegó entonces a la puerta y lo llamó, haciéndole una seña con la mano.

-¿Qué tiene usted? -le dijo la criada con interés. -La señorita me ha dicho que no se desespere usted y que no se vaya.

-¿Por qué?...

-Lo ha oído todo desde su gabinete, que está pared por medio de la sala... Yo no estaba en casa cuando han podido los señoritos abrir el baúl... pero ella los ha oído atravesar el pasillo...

-¿Y eran ellos? ¿No habrá entrado alguien aprovechándose de tu ausencia?

-Si me llevé yo el llavín... y aquí no había nadie más que ellos y la señorita encerrada en su cuarto...

-No puede ser... Ellos no es posible que...

-Si yo no he tardado nada en volver...

-Es increíble.

De tal modo juzgaba Miguel a sus amigos que creía imposible que se hubieran atrevido a llevar hasta tal extremo la farsa. Al ver la insistencia con que la criada trataba de culpar a Rodolfo y a Agustín, llegó a pasar por su imaginación una sospecha vaga sobre la infeliz María.

-La señorita me ha dicho que quiere contestar la carta de usted antes que se vaya.

-No será posible, porque ahora mismo...

-Ay señorito Miguel, qué desgracia. La señora Ruperta no tiene corazón..

-Así lo creo: si ella sintiera el dolor de los desgraciados...

-Pues mire usted, que la solterona... Si usted supiera... Yo creo que la señorita Matilde no es más que una víctima... Es una historia larga. Entre el tutor de la señorita y la solterona... vaya... me callo.

-Con que tú crees.

-Que los bienes que corresponden a la señorita están en manos de los dos: que la señora va a casarse con el tutor, con ese don Lucas, y los dos tienen el proyecto de casarla con un señorón muy rico que no ha de pedirles cuentas.

-¡Qué historia! ¡qué historia!

-Pues ya la sabrá usted en su día. ¿En dónde podré yo verle a usted?

-No sé, María, no sé. Yo me voy en este momento.

Colocóse Miguel el sombrero hongo, abrochóse el levisac de lanilla gris y siguió andando por el pasillo hasta llegar al comedor: entró en su alcoba, tomó los libros, metió el tintero de caja de latón en su bolsillo y en otro el papel y algunos periódicos.

-¡Pobre Matilde! ¡Desgraciado de mí! -exclamó vacilante. -Pero ese dinero...

Aun no se atrevía a creer que fuese sino una broma de sus compañeros, porque había llegado a un extremo de gravedad inconcebible el hecho.

-Esperaré a que vengan, -pensó con tristeza y dudando qué partido tomar.

Tardaron mucho Rodolfo y Agustín, y cuando había pasado media hora sentado sobre la cama, vio llegar a doña Ruperta muy decidida y retorciendo los labios en señal de disgusto.

-¿Aún estamos así? -preguntó la vieja con voz que llegó hasta el corazón de Miguel, - vamos, vamos: si no ha de pagar usted que no lo encuentren aquí sus compañeros. No quiero exponerme a que se vayan.

-Conste que en su casa de usted me han faltado cuatro mil reales y que han de parecer, - dijo Miguel con resolución.

-¡Qué desfachatez! Como le oyeran a usted personas estrañas le metía a usted en la cárcel por calumniador.

-Veremos, doña Ruperta, veremos cuando se haga luz sobre este asunto.

-No le dejará a usted muy bien parado esa luz. Ya enteraré yo a los cándidos padres de lo que es el mocito a quien creen un santo.

-¡Madre mía! -exclamó Miguel, y después tomando un tono enérgico, dijo:

-Veremos si algún día se arrepiente usted de su conducta.

-Yo arrepentirme... ¡Qué descaró! Salga usted, salga usted de aquí.

Doña Ruperta sentóse en la puerta de la alcoba y esperó con empeño a que de allí se alejase Miguel.

-Dios perdone a usted el daño que ocasiona y quiera el cielo que pronto salga de su poder su desgraciada sobrina.

-Cómo, cómo, ¿qué es eso? ¿qué ha dicho usted caballero? -preguntó con ansiedad doña Ruperta levantándose y corriendo hacia el punto en donde ya se hallaba Miguel.

-Nada, nada, que Dios es justo y no consentirá...

-Es usted más parlanchín que yo creía, y mejor fuera que no sacrificara usted a sus padres.

-¡Ah! es usted un espíritu de maldición doña Ruperta, -prorrumpió Miguel abriendo ya la puerta para marcharse.

-Cuidadito con lo que se habla, que es muy recto desde aquí el camino del Saladero y no está usted libre de que yo le arme una que sea sonada.

María hallábase junto a la puerta y con un movimiento disimulado puso una carta en el bolsillo del levisac de Miguel.

-Que no me olvide,-dijo éste al salir y mientras María cerraba la puerta.

Volvió a abrir ésta para decir algo a Miguel creyendo que nadie la observaba, pero sintió que una de las manos de la vieja la agarraba el brazo derecho y la empujaba hacia adentro, dándola con la otra un bofetón.

-Somos perdidos, -exclamó como para sí María.

-No lo sois poco, -respondió doña Ruperta, amenazando aún a la pobre criada.

Lo que pasó en la habitación de Matilde antes de que saliese de ella doña Ruperta, fue lo que se verá en el siguiente capítulo.

María quedó aturdida sin saber qué decir.

Temía salir de la casa porque era el único amparo de Matilde y la que consolaba a aquella infeliz víctima de la codicia de doña Ruperta.

### Capítulo III Tía y sobrina.

Matilde había oído todo cuanto sucedía en la habitación inmediata que era la ocupada por Rodolfo y Agustín, y desde que entró en aquella sala Miguel no perdió ni el detalle más insignificante. Lo que padeció la desdichada cuando el ruido y las palabras la hicieron comprender que había caído Miguel y que era víctima de sus dos compañeros que más cobardes lograron la ocasión de sobreponerse traidoramente, la angustia conque ella oía todos los detalles es indecible. Quiso gritar, pero como en los momentos de una horrorosa pesadilla la voz quedaba ahogada en su garganta: frío glacial recorría sus venas y latía el corazón agitadamente.

Maltrataban a un ser tan simpático para ella, tan querido, en una palabra, y no podía impedirlo.

Hubiera visto con placer entonces que se desplomaban las paredes y que aparecía ella como el ángel salvador para anonadar con su mirada a los que después de injuriar y calumniar a Miguel lo golpeaban horriblemente.

La pasión que unía las almas de Miguel y de Matilde, nació aun antes de verse.

A los quince días de hallarse el novel estudiante en la casa de doña Ruperta, había oído hablar con cierto misterio de Matilde, acosándole tal deseo de verla y sintiendo por ella tal respeto y admiración, que quizá no habrían nacido en su alma aquellos sentimientos con mujer a quien hubiera conocido antes de oír de ella lo que se decía entre los estudiantes, por más que alguna vez trataban su memoria con irrespetuoso lenguaje y como quien no tiene la costumbre de guardar consideraciones a la virtud ni a la modestia.



Había llegado a comprender Miguel que aquella niña educada en un convento, fue a parar a casa de su tía, sólo por el afán conque ésta acumulaba todos los negocios que pudieran reportarle utilidad. María lo había significado así algunas veces en conferencias particulares con Miguel, pero no había podido aclarar el misterio. Doña Ruperta hablaba siempre de Matilde tratando de deprimirla, y hasta parecía que había en su mente el propósito de que se la tuviera por loca. Murieron los padres de Matilde dejando su fortuna a su única hija, bajo la tutela de una persona nombrada por el juez correspondiente y en poder de doña Ruperta, mujer avara y capaz hasta del crimen por satisfacer la realización de su codicia. Tenía unos sesenta años. Educáronla sus padres rodeándola de un lujo superior al que de su clase podía exigirse: no cuidaron de evitar el desarrollo de los gérmenes de la vanidad, de la soberbia y de la avaricia, que nacían en su alma: toleráronle los caprichos: no tomó más ejemplos en sus padres que el desconcierto en la casa, la perpetua discordia entre los cónyuges; el abandono del hogar doméstico. Vio Ruperta halagadas sus pasiones: si una criada contrariaba un deseo injusto de aquélla, era despedida en el acto: si la niña golpeaba a la niñera porque no le satisfacía un capricho imposible y se quejaba a su mamá, el único correctivo que tenía la mal educada niña, era la orden expresa de sus padres para que repitiese sus golpes. Así creció Ruperta, siendo el desencanto de aquella familia que rara vez se reunía: si la madre iba al teatro, el padre pasaba la noche en la casa de juego; cuando ganaba, el jugador venía a dar a su esposa la cantidad, de la cual se apoderaba ella promoviendo un debate reñido, por lo que creía que faltaba según la cuenta. No veía Ruperta más dinero que el que se ganaba por medios inmorales, y llegó un día en que supo que parte de la fortuna de su padre la debía a un delito; al de haber privado de su herencia a aquéllos a quienes legítimamente les correspondía. Con tal ejemplo, sin una lección práctica de virtud y de puras costumbres domésticas, formóse aquel corazón empedernido. Vinieron a desgraciada suerte los padres, murieron y la dejaron sin más que la habitación decentemente amueblada. Amores no hubo nunca para Ruperta, que no veía más que el negocio en todas partes. Su rostro antipático ahuyentaba a los hombres más decididos a galantear por costumbre a las mujeres. Ella buscaba un capitalista viejo a quien engañar, pero no hubo uno que cayera en las redes, y se quedó, como suele decirse, para vestir imágenes y murmurar y hacer todo el daño posible. Estableció una casa de huéspedes como medio de encontrar mejor lo que buscaba, y al poco tiempo se oía en las tertulias de confianza a que asistía doña Ruperta, una historia misteriosa acerca de una sobrina que vivía en compañía de aquélla, y con respecto a su capital que había llegado a sus manos por medios poco legales. Decíase que tenía doña Ruperta gran interés en conservar a la niña a su lado y darla en matrimonio a cierto banquero complicado en la historia y que no había de exigir cuentas al tutor de Matilde, también comprometido en negocios no muy limpios con el ama de huéspedes de la calle de San Opropio.

Todas las apariencias condenaban a doña Ruperta. La reclusión estrecha a que había reducido a la inocente joven: las frecuentes visitas del banquero a la casa de aquélla; las indicaciones de la tía a la sobrina; el tratamiento cruel con que la martirizaba; todo era motivo de terribles cargos contra la vieja solterona, cuya única afección estaba vinculada en un perro de lanas, compañero inseparable y guardián sempiterno de aquella humanidad de sesenta abriles.

Atildábase doña Ruperta como joven de quince años: consultaba frecuentemente al espejo, para hacer desaparecer la nueva arruga que el cristal la denunciara. Buscaba

siempre colores fuertes, promoviendo la hilaridad en las reuniones, por los cintajos que colocaba artísticamente en su cabeza teñida de negro. Reía más de lo regular por enseñar la intacta y blanquísima dentadura, natural de varios individuos, y colocada en sus encías por un dentista de los que precedieron a Rotondo, que maneja la pluma lo mismo que el instrumento propio de la profesión, a Nogués que se ha hecho propietario sacando y poniendo dientes a la humanidad que lo necesita, y a Treviño, que ha dado a luz su nombre en La Correspondencia, con una polémica interesante para los dos que la sostuvieron. Jamás llevaba consigo a su sobrina a ninguna reunión, y si alguna vez se aventuraba a hacerlo, era sentándola en la butaca inmediata a la ocupada por el banquero y no dejándola levantar de allí en toda la noche.

Hacía sufrir a la infeliz Matilde amargos sinsabores, y gozábale en verla padecer. La desgraciada niña sintió el impulso con que la simpatía atrae hacia otro ser en cuanto oyó lo que los estudiantes hablaban de Miguel. Había pasado en su alma exactamente lo mismo que en la de éste. Al verle objeto de las sátiras de sus compañeros y que no merecía la falta de consideración con que le trataban: al observar el cruel comportamiento de su tía para con él, se consideró obligada a la compasión y de la compasión pasó al cariño.

Cierto día en que supo Miguel por María la hora en que Matilde salía a misa con doña Ruperta, encaminóse él también a la iglesia de San Antonio y esperó en la calle. Una mirada de Matilde fue bastante para hacerle comprender que las dos almas se entendían. Ya María había sido mediadora entre los dos como hilo telegráfico por donde se comunicaban las ideas cifradas hasta que los pregoneros del alma, la pluma y la tinta revelaron secretos del corazón.

¡Cuántas veces hubiera salido Matilde, aun siendo tan tímida y tan candorosa a contestar a los que a espaldas de Miguel se mofaban de su buena fe, de su honradez y de su talento! Tenía Matilde en su poder unos versos de Miguel que eran la manifestación más ostensible de un genio de poeta. ¡Qué imágenes tan atrevidas! ¡Qué pensamientos tan sublimes! ¡Qué formas tan delicadas! Matilde había leído a nuestros clásicos y poseía ese buen gusto adquirido que perfecciona el natural. Eran los versos de Miguel dulces y sabrosos como los de Meléndez, sublimes como los de Gallego, majestuosos como los de Quintana. Oyóle Matilde discutir algunas veces cuestiones de derecho y dejar confundidos a sus condiscípulos, que por aprender algo le querían oír aun cuando después le motejasen y trataran de ponerle en ridículo.

Veamos ya con estos antecedentes lo que sucedió al entrar doña Ruperta en el cuarto de Matilde.

-¿Me llamaba usted, señorita? -preguntó doña Ruperta a su sobrina, que la esperaba con ansiedad.

-Sí, señora -respondió Matilde profundamente abatida.

Era Matilde un tipo de candor virginal, de pureza infantil: blanca como las alas del ángel de la inocencia, con ese sonrosado matiz que podría copiar un pintor para expresar los primeros resplandores de la aurora en un hermoso día de primavera, esmaltando el campo

de flores: los negros ojos velados por espesas pestañas tan negras como el cabello que rizado naturalmente formaba un marco encantador para aquel rostro: los labios casi siempre entreabiertos como para una queja amarga, dejaban ver la fila de blanquísimos dientes como granizo entre coral: ni elevada su estatura ni pequeña: de talle flexible, de acción elegante, de airoso andar: tenía todas las condiciones que para la gracia exige Boileau, era la belleza en movimiento: la voz dulce y melodiosa, tenía la ternura más conmovedora cuando daba paso a los sentimientos de su alma, como la energía de su corazón puro y sin remordimientos cuando contestaba a injustas inculpaciones era el complemento de su carácter. ¡Contraste extraordinario el que ofrecían aquellas dos mujeres!

-Sí, señora, -repitió Matilde con majestad y con dulzura.

-¿Y qué quiere la duquesita? -dijo con sorna la vieja.

-Una cosa muy sencilla.

-Veamos.

-Que no martirice usted más a ese pobre joven: bastante desgraciado es con lo que le ha sucedido.

-Buena intercesora, elocuente abogada tiene don Miguelito.

-Tenga usted compasión de un desgraciado.

-Sí: la desgracia que viene del juego, de la disipación, ¡creerás tú que efectivamente se han convertido en humo los cuatro mil reales! Y oiga usted doña marisabidilla, ¿por dónde sabe usted eso? ¿Qué espíritu santo le sopla al oído? Di, santa Teresa, si te parecieses tú a la santa no me darías que hacer tanto.

-Bien, tía, bien, supongamos que eso es verdad.

Doña Ruperta oyó indignada y exclamó:

-¡Cómo supongamos! Mucho cuidado con esas indirectas, que a mí no me ha llamado nunca embustera una mocosuela como tú.

Y diciendo esto oprimió entre los dedos pulgar e índice la carne del brazo desnudo de su sobrina.

No dio ni una queja la más leve: con resignación sufrió aquel tormento conque acostumbraba a martirizarla doña Ruperta.

¡Qué aspecto tan digno de compasión y tan admirable era el de Matilde! Vestía una bata de batistilla azul con manga corta, dejando al aire parte del torneado brazo. Una especie de manteleta corta de crespón blanco con listas de cinta de seda azul cubría desde la garganta

hasta los hombros y encerraba el diminuto pie una lindísima bota de seda blanca que abrazaba la garganta con suave opresión.

-Pero tía, -dijo la joven después de un momento, -¿por qué no trata usted de averiguar el paradero de esa cantidad que quizá esté en la casa?

-En la casa. ¿También tú vienes con ese enredo? ¿También eres tú como el estudiantillo? por fortuna ya no está aquí aunque pierda yo lo que de todos modos perderé.

-Miguel no juega.

-¿Y cómo lo sabes tú? curiosa.

-Lo sé.

-¿Sin salir de tu cuarto?

-Sin salir, ¿pues que en la reunión de casa de Sánchez no se habla de Miguel? ¿No va a la casa un catedrático suyo y tiene muy buena opinión formada?...

-Sí: como el hipócrita no quiere más que aparecer bueno, para sus padres es un santo barato que ni come, ni bebe ni rompe zapatos, para sus maestros será un joven aprovechado, pero que digan de él lo que sepan en la calle del Príncipe, en cierta casa, adonde muchos jóvenes acuden para perder hasta el gabán.

-Tía, sea usted más justa, sea usted más desapasionada.

-¿Qué crees tú que se han hecho los cuatro mil reales?

-Yo me lo figuro y no me engaño.

-Dilo.

-Hoy no es posible.

-Vaya un misterio de la duquesita...

-Acaso se arrepienta usted algún día de haber despedido a ese joven.

-Yo... Pelafustanes como él siempre son un estorbo.

-Pero su familia...

-¿Qué sabes tú?

-Pregunte usted a la familia de Sánchez que conoció a don Fernando...

-Es verdad que se llama don Fernando su padre, pero no me acordaba.

La tía quedó algo pensativa.

-Don Fernando... don Fernando Díaz... Pues ahora caigo... Me alegro de haber despedido a ese Adán... Me alegro con toda mi alma... Es claro, el mismo genio del padre, tan desfacedor de agravios, como decía don Quijote.

-Pues mire usted, tía, que quien haga daño a ese joven, debe tener entrañas de tigre...

-Poquito a poco con las alusiones... pues ya sabes como aprietan mis dedos cuando te acarician.

-Haga usted... lo que quiera... Pero la verdad es...

-Vaya, te quitaré los libretos que te trastornan los cascotes... y afortunadamente he pensado suprimir el renglón de la criada, porque hemos de economizar, hija mía, si no quieres verte en dos años sin un real de la herencia.

-Ya sabe usted que para mí poco importa el trabajo de la casa, pero priva usted sin motivo a esa pobre muchacha del salario...

-No le faltarán casas en donde desempeñar el papel que a las mil maravillas ha representado entre el enamorado doncel y la duquesita...

-Nada me importa el trabajo del género a que usted quiere dedicarme, pero mis pobres padres me dejaron una cantidad respetable para que viviese con alguna comodidad, y no sería decente ni digno para usted que me vieses convertida en una criada cuando le estoy pagando mi manutención...

-Respondoncilla como siempre. ¡Qué agradecimiento!...

-No me falta, tía, para quien merezca la gratitud de mi alma.

Matilde se colocaba a la altura de la nobleza y de la dignidad de su corazón, mientras doña Ruperta se empequeñecía y se rebajaba arrastrándose como el reptil.

-Matildita, trátame con más respeto...

-No he faltado a usted, tía: me tengo en mucho para rebajarme, y aunque no debiera usted inspirarme ni cariño siquiera porque ha llegado a mí noticia lo mucho que hizo usted padecer a mi pobre madre...

-Mientes.

-Lo sé, me consta: fui testigo de alguna escena que la favorecía a usted muy poco...

-Mientes.

-No basta con esa palabra, si los hechos no la confirman.

-Matilde, que no sabes lo que soy cuando me irrito: recuerda que soy prima de tu madre...

-Demasiado lo recuerdo; tanto como usted se olvida de ello.

-Deslenguada...

Matilde calló.

Doña Ruperta sintió hervir el volcán de la cólera en sus venas: coloróse como la grana su rostro, erizáronse sus cabellos, y dio un paso hacia su sobrina dirigiendo una de sus manos a los rizos de la negra cabellera de la infortunada amante de Miguel.

Matilde, lejos de huir, alzó con altivez la cabeza y dio un paso hacia su tía, ofreciéndole el rizo más cerca para que tirase de él.

-Atrévase usted, señora...

Ante aquel rasgo de serenidad y de valor, quedó anonadada doña Ruperta como el cobarde que va a herir al indefenso y desiste de su plan aturdido ante la sangre fría de su contrario.

Doña Ruperta vio que aquél no era el camino para lograr sus planes, y en el mismo instante ocurriósele la idea de variar de conducta, pues nada conseguía de aquel corazón de acero para sufrir los embates de la fortuna.

-Vamos, Matildita, vamos; esto ha pasado ya... Tengo este genio: yo comprendo que hay momentos en que no podrás soportarme... Debo pedirte perdón.

La vieja comprendía que el tutor, su amigo don Lucas, tendría que atender las quejas de la pupila, y que en el caso de que él se hiciera el sordo, hasta los tribunales podrían intervenir para sacar de allí a Matilde y proceder contra el tutor.

Cartas de Miguel referíanse a este punto, y habían enterado a Matilde de toda la cuestión de derecho. Apoyada en la razón, en su dignidad y en la justicia, Matilde era más fuerte para resistir que doña Ruperta para sus ataques.

-Yo no tengo que perdonar a usted por nada.

-¡Qué buena eres!

Doña Ruperta estampó un falso beso en la mejilla izquierda de Matilde.

-Lo único que deseo, es que haga usted justicia a Miguel... que no lo culpe usted.

-No me hables de él, no me hables de él.

-Si usted quiere recibir el dinero que la debe, la cantidad que para mis trajes entrega a usted don Lucas, quédeselo usted a cuenta de...

-¿Pero estás loca?... ¿Qué dirían por ahí? Tú pagándole a tu tía el hospedaje de un cualquiera... Vamos, vamos... No seas tonta.

-Es que me da mucha lástima el pobre Miguel.

-Bien, compadécelo: todo lo que quieras, pero el bolsillo... En cuanto a lo que antes dije de la criada, lo que haré será tomar otra...

-Tía, por Dios... Deje usted en casa a María...

-¿Serás buena?...

-Como siempre, tía.

-Pues no hay nada de lo dicho.

-Gracias, tía, -dijo Matilde viéndose obligada a acariciar a su tía con tal de que no despidiese a María que era su confidente, y de quien pensaba valerse para lograr sus planes.

Doña Ruperta miró al rostro de su sobrina como queriendo leer los pensamientos que cruzaban por aquella cabeza, pero se engañó. Creyó que se le había rendido con los halagos, pero en el alma de Matilde levantábanse proyectos contra la odiosa mujer que tantos males había causado.

Oyó doña Ruperta el sonido de la campanilla, y tomó ese pretexto para evitar la presencia de su sobrina.

Entraron Rodolfo y Agustín, y al pasar por la puerta de la habitación de Matilde, oyóse el ruido de la llave con que ésta cerraba por dentro.

-Ya va la monja a sus oraciones, -dijo Rodolfo riéndose.

-Las brujas tienen que encerrarse para salir a sus conciliábulos, -replicó Agustín de modo que pudiera oírlo la sobrina de doña Ruperta. Ésta les hizo una seña para que callasen.

-Ya no está el paleta, -dijo con vivo interés la vieja a los dos estudiantes.

-Bueno.

A pesar de que los dos querían demostrar jovialidad y buen humor, había alguna sombra de tristeza que no podían ocultar.

Algo grave les había ocurrido.

-Hemos averiguado, -dijo Rodolfo con misterio, -cuál ha sido la inversión de los cuatro mil reales de Miguel.

-¿Sí?...

-Sí señora, -respondió Agustín mirando a su compañero con intención. -Hemos ido a una casa de la calle de la Montera, y allí nos han enterado de que Miguel ha perdido esa cantidad en menos de media hora esta mañana...

-¡Ah!... ya decía yo.

-Como nosotros sabíamos, -añadió Rodolfo, -que él acostumbraba a visitar aquella casa, hemos podido averiguar la verdad...

-Miren ustedes el hipocritón de pueblo, el mátalas-callando.

-A pesar de que no lo merece, al menos por su padre debemos desear que sepa lo que es su hijo.

-No es mala idea.

-Y sobre todo para que le pague a usted. Hoy mismo escribiremos con el objeto de que se lo lleve al pueblo.

-Bien hecho... Magnífica idea. A escribir, a escribir; -dijo doña Ruperta cogiendo por el brazo a Rodolfo, -y miren ustedes si soy prevenida.

Llevólos a la puerta de la reducida alcoba de Miguel y enseñóles el baúl y la sombrerera. -Ahí está la garantía.

-Perfectamente, -dijo sin dejar el sombrío aspecto Rodolfo.

-He ahí las huellas del genio, -exclamó irónicamente Agustín, señalando los objetos que habían quedado en poder de doña Ruperta.

Y desde allí dirigieron los tres a la sala de los estudiantes en donde Rodolfo se sentó junto a la mesa, comenzando a escribir la carta dirigida al padre del infeliz Miguel.



## La tentación del juego y la codicia de una mujer

Como se habrá podido comprender, el plan ideado por los dos envidiosos compañeros de Miguel, fue realizado con entera libertad. Consiguieron alejar con un pretexto a doña Ruperta, enviándole con un mozo de cordel un recado de parte de don Lucas, cuyo nombre era más que suficiente para hacer viajar al ama de huéspedes, no sólo desde su casa hasta el otro extremo de Madrid, sino hasta el último rincón del mundo, si en él viviese el abogado tutor de Matilde.

Procuraron también la salida de Miguel, inventando aquella noticia de que lo llamaban de la redacción, y lograron quedar solos, sin más que la criada a quien enviaron con otro pretexto a la calle, y Matilde que para ellos era considerada como si no estuviese, pues su aislamiento la ponía fuera de alcance para observarlos.

Ya satisfechos de los resultados de sus primeros pasos, habíanse dirigido los dos a la alcoba de Miguel, y como encontraran puesta la llave en la cerradura del baúl, abrieron y sacaron los cuatro paquetes.

-Aquí está el filón, -dijo Rodolfo, mirándolos con avidez; -por de pronto los tendremos en nuestro poder con el objeto de que se encuentre sin este medio de pagar, y se vea obligada la solterona a despedirlo. Y cuando pase algún tiempo y ya hayamos visto sufrir bastante al genio apaletado, se los restituiremos de modo que no sepa en dónde estuvieron y cómo fueron extraídos los cuatro mil reales: sospechará de la criada... Mejor... que sospeche...

-¡Magnífico! Está completo el plan, no le falta punto ni coma, -dijo Agustín dando dos palmaditas en la espalda a Rodolfo.

-Bueno se pondrá el señor duque de Chistera pelada, -exclamó Rodolfo acompañando la palabra con una acción grotesca, y poniéndose el sombrero de copa de Miguel, cuya forma era de moda algo atrasada y que se le metió hasta las orejas. Oyeron ruido y los dos se apresuraron a colocar el sombrero en su sitio, a dejar el baúl tal como estaba y a salir de la alcoba, entrando en su habitación y preparándose a marchar. Así lo hicieron para no encontrarse allí si era posible en los momentos en que Miguel echase de menos la cantidad.

Salieron, pues, llevando Rodolfo un paquete de cincuenta duros en cada bolsillo.

-Toma, -díjole a Agustín, -pesan mucho, lleva tú estos dos. Podíamos haberlos dejado en casa.

-No estarían muy seguros, si hubiera algún compañero que quisiera hacer lo que nosotros con el paleta.

-Tienes razón, -respondió Rodolfo sonriendo con maliciosa intención.

Desde la calle de San Opropio, dirigieron a la de Fuencarral y por ella a la de la Montera.

No pasaba modistilla a quien no echaran una flor aunque fuera marchita. Era la hora en que las modistas salían de los obradores. Una de ellas recibió las flores con agradecimiento y volvió la cabeza con aire coquetón.

Rodolfo tocó el codo de su compañero con el suyo, y no dejaron de seguir a la modista, que dando una vuelta airosa entró en una tienda y dejó plantados a los que la seguían.

Habían quedado los dos parados junto a la puerta de la tienda, cuando se les acercó un joven, para ellos no desconocido, y que se aproximaba a cualquiera en quien veía juventud, inexperiencia o candidez, o a quien había saludado en algún punto de reunión especial.

-Hola, amigos; ¿a dónde se va? -preguntóles.

-Estamos esperando.

-Pues suban ustedes arriba: allí están los amigos, y puede pasarse el rato como aquel día que ganó usted los siete mil... ¿Eh? Qué golpe...

-No fue malo, -respondió Rodolfo.

-Tiene usted suerte, -dijo aquel joven que entre los del oficio se llama gancho. Si hubiera muchos como usted...

-Verdad es que tengo suerte, -respondió Rodolfo. -Casi siempre he salido o en paz o ganando...

-Vaya, pues puede usted tener queja... Si viera usted ahora mismo, un joven acaba de entrar con dos reales, con dos reales pelados, y ha salido con dos mil...

¡Con qué risueños colores tentaba aquella especie de Mefistófeles a los dos jóvenes! ¡Qué modo de abrirles las puertas del vicio, enseñándoles la perspectiva de un jardín sembrado de flores, pero ocultándoles el abismo que debajo de las flores amenazaba su existencia!...

-Chico, -dijo Rodolfo -¿subimos? Nada se pierde con probar...

-¿Pero tienes tú dinero? -preguntó Agustín, -porque yo...

-Sí, hombre; tú y yo tenemos, y como tú eres el hombre de la suerte...

-No, y si no tienen ustedes, a mí no me falta nunca un duro para los amigos y parroquianos como ustedes, -interrumpió el gancho.

-Ea, arriba con todo; -exclamó Rodolfo, ofreciendo el brazo a Agustín, por cuya cabeza pasó una idea sombría.

Paróse un poco, pero al colocar un pie en el primer escalón de la casa, oyó el ruido del dinero, ese canto de sirena que atrae a la inexperiencia y que en Madrid se presenta como aliciente para los jóvenes inducidos a la carrera del vicio.

-Arriba, -contestó él.

Y subieron precipitadamente la escalera.

No fue novedad para ellos el espectáculo aquel. Alrededor de la mesa del tapete verde se destacaban infinidad de caras, representando la ansiedad más horrible.

Allí se veía un rostro pálido con los ojos fijos en las manos que movían las cartas. Cada carta daba un color distinto a aquel rostro, hasta que llegó una que le hizo dar un puñetazo sobre la mesa, levantarse y salir precipitadamente. Era indudable que había jugado hasta lo que necesitaba para dar pan a sus hijos aquel día.

Al lado de aquél veíase otra cara que se coloreó al salir la misma carta, con los ojos desencajados, tendió la mano, y recibió el dinero que había ganado.

Allá se veía una cara risueña, pero con esa satisfacción del que espera motivos de tristeza a los dos segundos: más allá, un hombre de unos cincuenta años, de pie, impassible, sereno, observaba el juego: iba colocando de dos en dos duros sobre las cartas, hasta perder una cantidad considerable: después se registraba los bolsillos, sacaba el forro, y exclamaba con una serenidad catoniana:

-Ni uno me queda.

Mirábanle todos atónitos.

Saludaba con cariñosas palabras a los concurrentes, y salía tan tranquilo como si nada le hubiera pasado. Parece imposible que existan hombres así, pero es lo cierto que los hay: que el hábito del vicio los hace tomar por costumbre perder un día y ganar otro, y el mismo efecto les hace el oro que recogen del tapete que el que sacan de sus bolsillos.

Rodolfo sentóse al lado de Agustín alrededor de aquella mesa, y fue el primero de los dos que desdobló uno de los paquetes.

Al mirar las monedas, pasó ante sus ojos la sombra de Miguel y la de los padres del infortunado joven, trabajando y sacrificándose por reunir aquella cantidad para enviársela a su hijo.

Quedaba un resto de bondad en el corazón de Rodolfo, y respondió en aquel momento.

Levantóse, hizo una seña a su amigo, y decidieronse a salir.

Rodolfo dispúsose a guardar el paquete, cuando un joven que tenía al lado le dijo:

-Este duro va por los dos.

Miráronle con sorpresa Rodolfo y Agustín, y esperaron.

Era otro gancho.

-Doblado, -exclamó el desconocido al ver la carta que acababa de aparecer. -Siéntese usted, siéntese usted, que la fortuna nos sonrío.

Efectivamente, muy pronto se aumentó la cantidad, hasta que incitado por la codicia, Rodolfo sacó el paquete, después de haber repartido la ganancia el joven que tenía al lado con él.

-Espere usted, -le dijo éste, -espere usted. Sigamos.

La suerte volvió la espalda, y la cantidad que había ganado desapareció, viéndose obligado Rodolfo a jugar por los dos, diciéndole a Agustín:

-Anda, juega tú también.

Después de varias alternativas y de los vaivenes de la suerte, el primer cartucho de cincuenta duros se desvaneció entre las cartas.

-Me he de desquitar, -exclamó Rodolfo, colocando una cantidad considerable sobre una carta.

-¡Perdida!... Pues ahí va eso.

Y sacando otro cartucho lo desdobló, jugando la cantidad que contenía y que fue a parar a mano ajena.

Pronunció Rodolfo una imprecación escandalosa, y díjole a Agustín:

-¿Cómo vas tú?...

-En paz he quedado, y debemos irnos ya.

-No señor, no señor, -dijo el joven que los había incitado; -es preciso probar hasta lo último. Éste es el momento decisivo: ha quedado usted en paz, pues ahora va a ganar; qué demonio, traiga usted.

Y cogiendo cincuenta duros, los jugó.

Al verlos perdidos, Rodolfo gritó:

-Los que quedan, los que quedan: al desquite...

¡Qué ansiedad tan horrible en los dos! ¡Qué afán!... Puede decirse que en aquellos segundos pasaron muchos años de vida para ellos. Los ojos parecían saltar de las órbitas a Rodolfo: el rostro cadavérico revelaba la tempestad que se desataba en su corazón.

-¡Perdidos!... -exclamó con abatimiento Agustín, sentándose otra vez maquinalmente.

-Pues yo no salgo de aquí sin llevar los cuatro mil reales que he traído. Juego el reloj.

Habían llegado ya al borde del precipicio, y la pasión ciega los empujaba.

Rodolfo vio pasar su reloj a las manos de uno de los que rodeaban la mesa.

-No hay remedio, -exclamó, -no hay remedio... ¡Maldita sea la suerte!

Aquellos dos jóvenes acababan de dar el primer paso hacia el abismo.

La tentación los había inducido al juego, convirtiendo en robo lo que pudiera no haberlo sido, pues ellos lo que deseaban era hacer salir de la casa a Miguel, y una vez logrado, devolverle la cantidad de modo que no supiera cómo había sido el hecho de sustraerla.

¡Ya eran ladrones!...

Miráronse el uno al otro, y no se atrevieron a pronunciar una palabra.

Dirigiéronse hacia su casa, en donde sucedió lo que en el capítulo anterior se ha visto, llegando hasta el extremo de escribir una carta al padre de Miguel a nombre de doña Ruperta. En dicha carta hablábase de la vida de disipación que llevaba Miguel en Madrid, de garito en garito, sin mirar un libro, y habiendo, según todas las probabilidades, jugado los cuatro mil reales inmediatamente después de cobrarlos y sin pagar el hospedaje.

¡Y no temblaba la mano, y no se estremecía el corazón del miserable Rodolfo al estampar las líneas de aquella carta!

¡Y su compañero permanecía impassible procurando desgarrar el corazón del padre como había destrozado el del hijo!

La carta no fue detenida ni un solo instante.

Doña Ruperta dijo al ver que se disponía Rodolfo a llevarla al correo:

-Así, así: que se lo lleve su padre al pueblo, y allí que las pague todas juntas.

Entretanto Matilde sufría las penas más crueles.

Había salido Miguel de la casa: ignoraba adónde se dirigiría.

La criada, que procuraba averiguar siempre lo que se tramaba contra el infeliz Miguel o contra su señorita, oyó desde la alcoba de la sala oculta tras las cortinillas de la puerta, el contenido de la carta y lo que intentaban con aquel recurso infame.

-Han escrito una carta, señorita, -dijo María a Matilde.

-¿A quién?

-Al padre de don Miguel, diciéndole que se ha jugado el dinero y otras muchas mentiras... Porque no puede ser, ¿es verdad que no puede ser?

-¿Y no te la han entregado a ti?...

-¡Ojalá! El mismo señorito Rodolfo la ha llevado al correo.

-¡Pobre padre! ¡Desgraciado Miguel!... ¿Qué va a hacer ahora?... Cuando reciba la contestación de su padre, será capaz de... Vamos, no lo creería... Parece imposible que existan almas tan popensas a la infamia...

-¿Y no te ha dicho Miguel en dónde podrás verle?...

-No señora; pues si iba el pobrecito con tanta aflicción...

-Es preciso que salgamos de aquí, María... Tengo miedo de vivir entre estos desalmados. Entre ellos y mi tía son capaces de realizar el proyecto de ella.

-¿Qué proyecto? señorita.

-El de hacerme encerrar por loca.

-Pues mire usted, hasta ahí podíamos llegar, porque yo soy muy buena cuando van conmigo con buen modo, pero si me ponen en el caso... que se libre de mí doña Ruperta, porque... y en cuanto a los dos estudiantes no me faltaría quien los pusiera en buen camino dándoles una paliza que los dejara sin gana de volver a las andadas.

-María, ve a casa de mi amiga Javiera y dile que me espere, que en cuanto haya una ocasión propicia iré a cumplirla lo ofrecido.

-Está bien, corriendo voy señorita, y yo, ¿me quedo aquí?

-No, María, te vienes conmigo. Tú mereces el cariño que has sabido inspirarme.

-¡Ay, señorita! Dios le dé a usted suerte y saque a don Miguel con bien de sus enemigos.

-Anda, María, no te detengas.

María salió precipitadamente.

En el pasillo que conducía del comedor a la puerta, la esperaba la vieja.

-¿A dónde vas? ¿a algún recadito? pues aguarda un poco, aguarda, ven.

Cogióla de un brazo y la llevó a su cuarto.

-Toma, -dijo sacando un duro del cajón de una cómoda mohosa y antiquísima. -Hoy has cumplido quince días del mes corriente ¿no es eso?

-Sí, señora, -respondió vacilante la pobre María.

-Pues bien, te corresponde ahora un duro y después lo que te corresponde es tomar la puerta y no volver a acercarte más en todos los días de la vida.

-Pero... -balbuceó María.

-Nada, nada, cumple la comisión que llevarás sin duda de esa marisabidilla, y Dios te ayude.

Volvió a coger por el brazo a María y casi arrastrando la sacó del cuarto.

-Poco a poco, señora, no haga usted que la pierda el respeto, porque...

-¡Cómo! amenazarme a mí, pues no faltaba más.

-¡Tía, tía! ¡por Dios! -exclamó la infeliz Matilde saliendo de su habitación al ver cómo trataba doña Ruperta a María. -¡Déjela usted! ¡déjela usted!

-¡Ea! ya salió la defensora. ¡Largo! ¡a la calle!

Y después de abrir la puerta dio un terrible empujón a María que la hubiese hecho rodar la escalera sino hubiera sido un rellano en donde la puerta se hallaba, con la pared de otro cuarto en frente, adonde fue a parar María.

-Me las has de pagar, -murmuró ésta llorando.

Cerró la tía de Matilde la puerta repentinamente y dirigióse a ésta con la expresión de la ira más reconcentrada.

Matilde esperó resignada el golpe.

Doña Ruperta se acordó de que era aquel mal recurso y sonrió dulcemente.

-Vamos, Matildita, vamos, ya tenemos ese estorbo fuera. Se había puesto entre las dos para encender la guerra. Lleva buen castigo, así verá ella lo que ha hecho, y después que yo

tengo sospechas... Aquí no había nadie cuando han desaparecido los cuatro mil reales, más que ella, y como yo, aquí en confianza no creo que él se los haya jugado...

Matilde calló, comprendiendo todo el cieno de aquella alma corrompida.

Quiso contener las lágrimas que asomaron a sus ojos pero no pudo.

-¡Lagrimitas! Vaya, vaya, no tienes el juicio cabal, Matilde, bien dicen los dos estudiantes.

Matilde entró en su cuarto.

Doña Ruperta cerró por fuera y encaminóse a su gabinete, exclamando:

-Si teníais algún plan os lo he echado por tierra. Levantadlo, levantadlo.

Y diciendo esto entró en su cuarto, arreglóse el cabello de modo que las canas no se vieran y sentóse, esperando sin duda alguna visita con interés.

De pronto oyó un campanillazo prolongado y salió a abrir.

-Gracias a Dios don Lucas, gracias a Dios. Tenemos que hablar largamente y necesitamos adoptar un recurso fuerte.

-Estoy a las órdenes de usted, -dijo don Lucas arreglándose el lazo de la corbata y componiéndose la peluca que se había desorientado algo al quitarse el sombrero.

Y ambos se dirigieron a la habitación de doña Ruperta. Al pasar ésta por delante de la puerta del gabinete de Matilde, señaló con misterio y dijo en voz baja:

-Necesitamos encerrarla de otro modo, porque nos estorba.

## Capítulo V

### El poder de los malvados

Miguel salió de casa de doña Ruperta sin saber adonde dirigirse.

Sacó la carta que María le había puesto en el bolsillo y la leyó, llamando la atención de todos los que pasaban. No le cabía duda de que Matilde le amaba y de que aquella pasión era la primera que había germinado en su alma pura y candorosa: era el primer resplandor de la aurora de las ilusiones, ¡pero en qué momento brillaba aquella claridad!

¿Sería presagio de borrasca terrible? ¿Anunciaba mejores días?



Estaban destinados a sufrir mucho Matilde y Miguel, porque habían encontrado en su camino seres sin corazón que gozaban con la desgracia ajena.

Miguel paróse en la puerta ocupada por un memorialista que anunciaba colocaciones ofreciendo no cobrar hasta que quedara satisfecho el deseo de sus clientes.

Supo que en casa de la viuda de un general se necesitaba un profesor de latín y de gramática castellana para dos niños, y se resolvió a pretender la plaza.

La viuda recibió a Miguel con extraordinaria amabilidad, pues su fisonomía y su porte eran simpáticos y movía a compasión la tristeza de aquella mirada con el despejo de aquella frente que revelaba inteligencia, genio.

Aquella señora comprendió que Miguel era un desgraciado de los que vienen a Madrid con el objeto de seguir una carrera sin recursos, y se decidió a prestarle apoyo.

La suerte favoreció entonces a Miguel. Recibió en aquella casa las consideraciones de que era digno. Los niños le respetaban y le querían. No sólo les enseñaba el latín y la gramática castellana, sino que en muy poco tiempo aprendieron las principales noticias geográficas, de historia y de física y de historia natural, sin olvidar los principios religiosos. La madre sentía ese goce indefinible que a los padres halaga cuando ven los adelantos de sus hijos y aumentó los honorarios del profesor a quien le permitía dedicarse a sus estudios.

Una de las pocas veces que Agustín y Rodolfo asistían a clase, miraron con asombro a Miguel, y extrañaron verle vestido con sencilla elegancia pero sin ostentación.

La envidia dominaba a Rodolfo cada vez que respondía Miguel brillantemente a las preguntas del catedrático, como sucedió aquel día.

Al salir de la clase, siguieron a su condiscípulo hasta verle entrar en la casa. Investigaron cómo estaba allí y cuál era el papel que desempeñaba, sin otro objeto que el de influir para que faltara aquel recurso al estudioso Miguel.

No tardaron mucho en poner en juego sus infames ardides, y logró Rodolfo ver a la viuda del general, a quien dio noticias de Miguel, manifestándola que era peligroso tenerlo en la casa, que era un jugador, que había arruinado a sus padres y que sabía otras cosas que no quería mencionar por no perjudicarle con más graves revelaciones.

-Yo vengo en nombre de don Felipe Garcés, -añadió Rodolfo, -persona respetable, que aprecia a usted muchísimo, y me encarga que dé a usted estos antecedentes, porque no es el mejor maestro para los niños el que se entrega al juego y a la vida depravada.

-Agradezco a usted estas noticias y tomaré la resolución conveniente; -dijo la señora.

Rodolfo se había valido de aquel medio, aprovechando el nombre de una persona a quien conocía, y salió satisfecho del resultado de su plan.

-Ahora verá él si le sale caro el habernos pegado a los dos; -dijo Rodolfo al salir dirigiéndose a Agustín.

Miguel habitaba en un entresuelo de la casa, con dos rejas salientes a la calle, y desde ellas vio salir a Rodolfo y dirigirse adonde estaba su amigo.

Oyó las frases pronunciadas por aquél, y retiróse de la ventana, subiendo a la habitación de la señora y preguntando a los criados si había salido de allí un joven con las señas de Rodolfo. Como le dijeran que sí, intentó ver a la señora, pero ésta se negó a recibirle, y Miguel bajó aturdido a su cuarto en donde lo esperaba el portero con una carta que el cartero había dejado para él.

-¡De mi padre! -exclamó al ver el sobre, y la abrió precipitadamente.

Y leyó las siguientes líneas:

«Miguel: Me consta cuál es tu conducta en Madrid, y no debo consentir que mi apellido se repita en las casas de juego, y que mis sacrificios sean pagados por ti con deudas como la de la casa de huéspedes, y con actos como el de los cuatro mil reales y los amores. Nada he dicho a tu pobre madre. Vente a nuestro lado ya que no sabes vivir con honradez lejos de nosotros. En casa del señor García te darán para el viaje. Has herido con un terrible desengaño a tu padre.

Fernando.»

Miguel sintió en el alma el dolor más terrible y comenzó a hervir en su corazón el volcánico deseo de venganza.

Aún no había logrado desprenderse del espantoso pensamiento que le dominaba, cuando entró un criado de la casa con la siguiente esquila y quinientos reales.

«He resuelto por ahora suspender las lecciones de mis hijos, porque pienso hacer un viaje a las provincias. Marcelo le entregará a usted quinientos reales por lo devengado y mande usted lo que guste a su afectísima.

Mariana de Regiser.»

-¿Ha salido la señora? -preguntó Miguel abatido.

-Sí, señor...

-¿Y volverá pronto?

-Esta mañana a las once se fue en el coche a su casa de campo y no volverá en quince días lo menos.

-¡Ah!... esto es ya por demás... Esto es inaudito. Ese miserable ha sembrado aquí la calumnia también... ¡Oh!... no hay recurso...

-Adiós, Marcelo, -dijo Miguel, saliendo de la habitación, -dentro de un rato mandaré por la ropa.

-¿Pero se va usted... señorito?

-Ahora mismo.

-La señora tenía un disgusto...

-¡Oh!... a alguien ha de costar caro.

Y salió precipitadamente.

La pobre Matilde era entretanto víctima de otra superchería.

Rodolfo, que sabía que era muy rica, había empeñado en conseguir de ella alguna esperanza. Viendo doña Ruperta que nada lograba con el banquero, había transigido con que Rodolfo presentase un plan de campaña contra la infeliz; pero con la condición de no exigir cuentas al tutor ni a la que estaba sacrificando a la desgraciada joven.

Tenía Rodolfo gran facilidad para falsificar letra y firma, y puso en juego su criminal habilidad, fingiendo una carta de Miguel en la cual decía que un compromiso grave de familia le obligaba a contraer matrimonio con una prima, evitando con eso el disgusto de su padre y su desgracia para siempre.

«Perdóname, Matilde... perdóname si he lacerado tu alma: tu corazón es noble y generoso... no puedo continuar... adiós, Matilde... ten compasión de tu desgraciado

Miguel.»

Las cartas para Matilde eran todas interceptadas por doña Ruperta y por Rodolfo: aquélla se había escrito en combinación, y produjo sus naturales resultados.

Cuando Matilde acabó de leerla, alzó al cielo la vista, oscurecieron las lágrimas sus ojos y cayó arrodillada junto a su cama, inclinando después la cabeza sobre el pecho y cruzando las manos con el más profundo abatimiento.

-¡Mi primera ilusión... mis primeras lágrimas de amor!...

Amargos suspiros salieron de aquel pecho comprimido. Había perdido una esperanza, ella que estaba sola en el mundo y que no tenía más que seres que intentaban martirizarla. Quizá les convenía hacerla desaparecer. No tenía pariente alguno más que su tía, y a ella debía ir a parar la riqueza de Matilde, porque un hermano de ésta había muerto en la guerra

de África, según noticias hasta del soldado que le vio caer del caballo y ser arrastrado después por los rifeños.

Acaso peligraba la existencia de Matilde en aquella casa.

Después de leída la carta y del terrible sacudimiento que recibió su corazón, levantóse desesperada, prestó oído, púsose la mantilla, convencióse de que estaba sola, y salió de su cuarto.

-¿A dónde vas, hija mía? -le preguntó con aparente calma doña Ruperta, que la esperaba escondida en una esquina del pasillo.

-¡Ah!... quería respirar el aire libre...

-Y te ibas sola...

-Creí que no estaba usted...

-¡Pobrecita!... Bien le dije a don Lucas que teníamos una loca en casa.

-¿Loca?...

-Loca, y el médico que ha de venir esta tarde opinará como yo...

-¡Madre mía... yo loca... estoy perdida!...

-Serénate, hija mía, serénate.

Cogióla por un brazo y clavóle las uñas de sus descarnados dedos.

Matilde no dio ni un ay.

-¡Rodolfo, Agustín! -gritó doña Ruperta. -Vengan ustedes... Vengan ustedes... ¿No les decía yo que estaba loca esta infeliz? Miren ustedes lo que acaba de hacerse ella misma en el brazo... acaso para decir que he sido yo... De modo que si se ofrece, ustedes dirán lo que ha pasado...

-¡Pobre joven!... -exclamó Rodolfo.

-¡Loca!...-dijo Agustín.

-¡Ampárame, Virgen Pura! -prorrumpió Matilde, cubriéndose el rostro con las manos y yendo precipitadamente hacia su habitación.

## Capítulo VI Complicaciones

Nada había sabido Miguel de Matilde desde que salió de aquella casa.

Atormentaba su espíritu el dolor de perder el cariño de sus padres, y aunque era su alma noble y generosa, pensaba en la venganza: quería poner un correctivo a la infamia de aquellos miserables, y buscaba una ocasión propicia.

Habían pasado algunos meses y hallábase próximo a concluir su carrera Miguel.

Los dos amigos habían sido borrados de la lista de matrícula por faltas de asistencia.

Miguel seguía la práctica en casa de un famoso jurisconsulto que le protegía.

Vivía en la casa de aquel ilustre abogado y trabajaba con fe, consiguiendo plácemes y satisfactorias pruebas de cariño de su protector.

Por las noches solía ir al café con él. Hasta allí pensó perseguirle la envidia.

Averiguaron en dónde vivía, y también quisieron llevar allí el influjo de su perversidad, pero salió vano su intento. El protector de Miguel conocía el mundo, y tenía el don de explorar con una sola mirada el corazón de la persona que por primera vez le hablaba.

Oyó a Rodolfo, y le respondió:

-Joven, mal camino lleva usted: sin duda es usted el mismo de quien se me han dado antecedentes. Le auguro a usted muy malas consecuencias. Le precipita a usted la envidia, y caerá bajo el peso de su propia conciencia.

-Yo pensaba hacer a usted un beneficio enterándole de quién es su protegido...

-Gracias, muchas gracias, pero cuídese usted de sí mismo y no tome con tanto interés ajenos cuidados.

Salió de allí Rodolfo habiendo oído elogios extraordinarios de Miguel, y más arraigado aún el espíritu de la envidia.

Miguel escribía artículos en un diario político, que eran reproducidos por toda la prensa: tenían las condiciones de la oportunidad, la corrección, la lógica, el aticismo, la intención profunda.

Rodolfo, en el periódico en donde escribía, estampó las siguientes líneas:

«Estamos en la época de las falsas reputaciones. Como comprobación de esto, podríamos citar un caso reciente. En el periódico El Siglo se han publicado artículos notables de política de actualidad, firmados por un estudiantillo que sabrá mucho de

rusticidad y chaqueta de paño burdo, pero nada de política ni de lenguaje correcto. Es lo cierto que esos artículos son de un conocido jurisconsulto, en cuya casa vive como protegido esa especie de demonio que debía estar a los pies de San Miguel.»

El insulto estaba lanzado en la forma más escandalosa: la calumnia no podía ser más terrible. Hasta el nombre de Miguel figuraba en lo que en lenguaje periodístico se llama suelto.

Miguel leía todos los periódicos en cuanto llegaba a la redacción. Al leer aquellas líneas coloreó su rostro, miró a los demás redactores sentados alrededor de la mesa, y les leyó el párrafo.

-Eso no tiene más contestación que dar o recibir un pistoletazo, -dijo uno.

-Despreciarlo, -exclamó otro más tímido.

-Matarlo, -exclamó ebrio de coraje Miguel.

Y entró en el gabinete del director a consultar con él lo que debía hacer.

A los dos minutos salían de la redacción dos compañeros de Miguel en busca de Rodolfo para que nombrase dos padrinos y se llevase a cabo el duelo.

Rodolfo tembló al saber la comisión de aquellos dos jóvenes; tuvo la cobardía de negar que eran suyas aquellas líneas, y entonces, levantándose sus compañeros, incluso Agustín, dijo uno de ellos:

-Tú lo niegas, pues cualquiera de nosotros acepta la responsabilidad, y después te escupiremos al rostro con razón.

No tuvo más recurso que transigir, y nombrar como padrinos suyos a Agustín y a otro redactor.

Concertóse el duelo a pistola, y se fijaron las demás condiciones.

Rodolfo, sin decir a nadie una palabra, escribió una carta y la puso en el bolsillo del gabán que iba a llevar a la cita.

-¿Me matará? -decía él, -tengo miedo... ¡Oh!... Y él después sonreirá satisfecho y se sabrá la verdad... No se respetará ni mi recuerdo... ¡Oh!... Y si él llegara a ser algo en el mundo... y lo será... Pero no mientras yo viva. Si no hace más que herirme, ya sé yo lo demás para que vaya a un presidio. Si me mata... Juro que no ha de pasarlo bien. Por de pronto, nadie le quita de encima la sospecha de que no es el autor de los artículos.

Miguel estaba ciego de ira: no era partidario del duelo, no creía que era el mejor medio de dirimir una contienda, pero hay momentos en que no se da lugar a la reflexión, en que la razón se ofusca, y los mejores deseos se estrellan ante los impulsos de la ira. Ni su talento

ni su bondad sirvieron de nada en aquellos instantes. El despecho sobrepujó a la prudencia, y aconsejado por la pasión más que por el raciocinio, decidióse a adoptar aquel extremo. Su protector había logrado convencer a los padres de que no existía motivo para dudar de la honradez de Miguel, y por esta parte hallábase algo más tranquilo.

Al saber que Rodolfo aceptaba, la primera idea que pasó por su mente fue la de sus padres; después pensó en Matilde.

-¿Qué será de ella?

Logró enterarse de que ya no estaba en casa de doña Ruperta.

Había oído el rumor en las tertulias a que asistía, de que con el pretexto de demencia había sido encerrada una pobre joven cuyos bienes ambicionaban los que a tal ardid acudían.

Pensó en Matilde, y se propuso averiguar lo que había y si realmente era su desgraciada amante la víctima.

Cuando comenzaba sus investigaciones, aconteció el incidente con Rodolfo, cuyo resultado fue muy triste.

A la hora señalada acudieron los duelistas y los padrinos a la cita, en las inmediaciones del Canal.

Era una mañana apacible de mayo, clara y hermosa como los ojos azules de un ángel.

Miguel, al llegar al lugar de la cita, sintióse afectado profundamente.

-¿Mataré a ese hombre? -decía él. -¡Ah! Si esto sucede, ¡qué remordimiento para mi vida! ¿Sucumbiré? ¡Madre mía, perdona si tu recuerdo no ha sido bastante para contenerme!

Éstos eran los pensamientos que agitaban al infeliz Miguel.

Bajó del coche acompañado de sus dos padrinos: vio llegar a su contrario con los suyos, y volvió a sentir el efecto de la indignación.

Después de los detalles primeros del acto y designado por la suerte para disparar primero Rodolfo, colocáronse a la distancia convenida, y dada la señal por los padrinos, oyóse el primer tiro, y fue el proyectil recto al pecho de Miguel.

Rodolfo estaba casi seguro de haber acertado y respiró, pero al ver que no hacía movimiento alguno, esperó el tiro de su contrario.

La detonación y la caída de Rodolfo fueron casi a un mismo tiempo.

-¡Desgraciado!... ¡Qué castigo!... -exclamó Miguel.

-¡Dios os perdone a los dos! -exclamó uno de los padrinos de Rodolfo, -la herida es mortal, -añadió colocando su mano en el pecho y apartando el chaleco ensangrentado.

Rodolfo pronunció dos o tres palabras que nadie pudo comprender, y desde entonces pareció que la vida había huido de aquel cuerpo que cayó desplomado.

-Somos perdidos, señores, -dijo uno de los padrinos viendo correr hacia el sitio de la catástrofe una pareja de guardias civiles.

Como se hallaba aún muy distante aquélla, tuvieron lugar de subir en los coches, y tomando dirección distinta, alejaronse de modo que, al llegar los guardias, ya se habían perdido de vista los carruajes.

Cuando el juzgado comenzó sus diligencias, Rodolfo volvía en sí y había cesado la hemorragia; la bala había resbalado en una costilla, y había salido sin lesionar más que la piel.

Preguntado Rodolfo acerca de quién le había herido, respondió dando las señas de Miguel y de la casa en que vivía. Además enseñó la carta que él había metido en el bolsillo, y en la cual se leían estas palabras bajo la firma de Miguel.

«Guárdate, Rodolfo, donde te encuentre te mato: quiero librarme de ti, porque eres un infame: batirme contigo es rebajarme, me has herido con el puñal de la calumnia, y al asesino no hay más que tratarlo como yo a ti donde te encuentre.

Miguel.»

Era imposible que hubiese escrito Miguel aquellas palabras que desmentían su talento y su dignidad.

Conducido Rodolfo a la casa de socorro más inmediata, declaró que había salido a pasear con su amigo Agustín, y se había visto sorprendido por un grupo de jóvenes que iban con Miguel, adelantándose éste, y después de abofetearle, cuando quiso defenderse, sacó una pistola y le disparó aquel tiro.

Era plan combinado aquel para el caso en que fuese herido Rodolfo y pudiese hablar, y si moría, como Agustín iba citado en la carta, afirmaría también aquellas declaraciones.

Así es que no tardó mucho en dictarse auto de prisión contra Miguel, que no encontró caballeridad en ninguno de los padrinos de Rodolfo.

Los otros no querían tampoco comprometerse con sus declaraciones en el proceso criminal que se instruía.



Agustín declaró en efecto lo que indicó Rodolfo en sus declaraciones, y el desgraciado Miguel, acusado de homicida, fue encarcelado inmediatamente.

Su protector supo la verdad, pero, ¿de qué servirían sus declaraciones si no podían referirse más que a lo que había oído a Miguel?

Rodolfo, que no tardó mucho en salir de peligro, veía con júbilo el resultado de sus diabólicos planes.

¿Qué había sido de Matilde entretanto?

Con la certificación de un supuesto médico americano, logró convencer doña Ruperta a muchas personas de que Matilde estaba loca, y la preparó una casa en las afueras de Madrid, para que allí, si no lo estaba, se trastornase realmente su juicio, rodeándola de todas las circunstancias que pudieran contribuir a ello.

Prepararon doña Ruperta y don Lucas el asunto perfectamente, y esperaron una ocasión favorable para conducirla a la casa sin que se moviera escándalo, pues Matilde se resistía ya a salir con su tía, y muy recelosa de la red que querían tenderle, era de esperar que no quisiese entrar en el coche aún con la farsa mejor urdida.

Los padres de Miguel, convencidos de que las noticias que a ellos llegaron eran ardidés de la envidia, estaban ya más tranquilos, y supieron con la satisfacción más profunda que su hijo iba pagando poco a poco la cantidad que debía a doña Ruperta. Aunque Matilde estaba aún en la casa una de las veces en que fue Miguel a pagar la deuda, la tía negó rotundamente.

A los pocos días de recibir el padre de Miguel una carta del protector de éste, manifestándole que el porvenir de su hijo estaba asegurado, que había tomado el título de licenciado y que iba a conseguir para él una fiscalía, otra noticia en contraste con aquella hízose correr por el pueblo cercano a la casa de don Fernando. Decíase que Miguel había disparado un pistoletazo a un rival suyo y que se hallaba ya en la cárcel.

-Virgen Santísima lo que he oído, -gritaba la madre entrando en la casa.

Don Fernando se entretenía a la sazón en leer un periódico, pues no había perdido la costumbre y oíale el cura del pueblo con gran atención. Era aquel sacerdote uno de esos tipos que honran al clero. De una virtud jamás desmentida, el cura era el consuelo de los afligidos, el socorro de los pobres, el mediador cariñoso en toda reyerta. Si un matrimonio tenía en su casa desavenencias el buen sacerdote procuraba llevar la paz al hogar doméstico. Él había aconsejado a don Fernando que no creyese a los que le hablaban mal de su hijo: que la envidia era muy poderosa, pero que no debían prevalecer sus sugerencias con los hombres pensadores y prudentes.

Al oír a la buena madre de Miguel, levantóse don Fernando: el cura miró atónito a la esposa de su amigo.

-¿Qué es eso, Vicenta, qué es eso? -preguntó con rapidez don Fernando y con zozobra.

-¡Santa Faz divina! -exclamó la madre invocando a la imagen que en el pueblo se veneraba. -¡Dios mío! no puede ser... no puede ser.

Y la infeliz dejóse caer sobre una silla, presa el alma de la más desconsoladora aflicción.

-Pero di, Vicenta, di...

-Que dicen que nuestro Miguel está preso.

-¿Cómo? -dijeron a un tiempo don Fernando y el cura cuyo semblante se inmutó como el de don Fernando.

-Preso, sí señor. Dicen que ha matado a un hombre.

-¿Él? ¡Ah! el periodismo, la prensa, alguna cuestión personal. ¡Maldita política! algún duelo.

-No, no ha sido desafío, dicen que ha sido a traición.

-¡Imposible! ¡imposible! yo conozco a Miguel es muy noble y en él no cabe semejante villanía.

-¿Y quién lo ha dicho? -preguntó el cura.

-El señor Tomás que acaba de llegar de Alicante, en donde según se dice, no se habla de otra cosa.

-¡Pobre Miguel! ¡quién sabe lo que habrá sido!

-¡A Madrid! ¡a Madrid, -exclamó con enérgico acento don Fernando, -a saber la verdad!

-Quiero acompañar a usted, don Fernando.

-¡Virgen mía! ¡qué angustia! Bien me decía el corazón que Miguel no debía ir a Madrid. ¡Oh! el corazón de una madre no se engaña, no se engaña nunca.

-Tranquilícense ustedes. Dios hará que la verdad resplandezca y que se sepa lo que ha ocurrido, que de seguro no ha de ser contrario a la inocencia de Miguel.

Don Fernando comenzó a andar aturrido por la casa sin saber qué hacer ni qué resolución tomar.

¡Qué situación la de aquellos dos corazones amantes de un hijo!

¡Miguel encarcelado por homicidio!... ¡Él, que tenía un porvenir tan brillante, que era tan bueno, el único apoyo para la vejez de sus honrados padres!

-Nada, serenidad, don Fernando, serenidad. Recuerde usted lo que aconsejaba a los padres de aquella infeliz niña, tan sacrificados por sus parientes, cuando no sabían qué partido tomar para salir de aquella situación... ¿Qué les decía usted... al ver su aturdimiento, su confusión?... Serenidad, amigo mío...

Así hablaba el venerable sacerdote con unción religiosa y pidiendo la calma de aquellos espíritus...

-A Madrid, padre Ruiz, a Madrid debemos ir esta noche misma.

-Eso sí, y ya he dicho a usted que le acompaño y quiero contribuir a que se esclarezca la verdad, y a que el buen Miguel reciba algún consuelo en la situación desesperada en que estará sin duda.

Aquella misma tarde hicieron los preparativos del viaje, y don Fernando y el cura despidiéronse de la pobre madre, que desconsolada pedía a Dios que la salvase de aquel conflicto.

¡Qué angustia la de la infeliz Vicenta!

Entretanto en Madrid continuaban las asechanzas contra la pobre Matilde.

María había intentado ir a verla por encargo de aquella amiga a cuya casa quería ir Matilde, pero fue inútil.

No llegaba una sola vez a los alrededores de la casa que no viera detrás de los cristales a la vieja.

La amiga de Matilde escribió cuatro o cinco cartas en las cuales la proponía el plan más a propósito para librarse de las redes que tendían con tanta habilidad sus enemigos.

Estas cartas, como todas, fueron interceptadas y por ellas supo doña Ruperta los deseos de Matilde y los proyectos que combinaba con su amiga.

-¿Qué decía yo? -exclamó la vieja desesperada, -la mogigata estaba preparando la escapatoria y es preciso que sepa quién es su tía. ¡Vaya con la mosquita muerta! Tan buena alhaja como su madre, Dios la tenga en la gloria.

Rodolfo estaba muy satisfecho del resultado de sus proyectos, aunque tenía remordimientos terribles.

La envidia roía aquel corazón, produciendo en él una verdadera enfermedad.

Es la envidia un veneno que poco a poco se va filtrando en las venas y acaba por enardecer el espíritu inspirándole el mal para el ser envidiado.

Serpiente que se arrastra entre las flores de la adulación a veces o que toma los colores de la calumnia, es la envidia, el odio, la ira, el continuo tormento, la desesperación, la agonía lenta, el deseo que se satisface viendo a su semejante postergado, arruinado, perdido.

Rodolfo se veía asediado por aquella abominable pasión que conduce a los terribles extremos, que guían hasta el crimen.

La envidia es el monstruo que devora en nuestra sociedad reputaciones, honras, gloria a veces.

Como se alberga en los corazones mezquinos y en ellos se encuentra su atmósfera, allí se desarrolla con todo su poder.

La melancolía desesperante se apodera de los espíritus por la envidia dominados, y llega a influir hasta en el cuerpo.

Rodolfo sentía aquella presión horrorosa: no podía desprenderse de aquel yugo.

La envidia le había dictado las palabras que dieron ocasión al duelo: ella le inspiró las declaraciones que habían de perjudicar a Miguel: ella le hacía calumniador, despreciable, indigno de que su mano fuese estrechada por ningún hombre honrado.

A toda costa pretendía oscurecer el nombre de Miguel y en vez de la gloria del genio quería para él el desprecio que inspiran los criminales. Cuando supo que había sido encarcelado, tuvo uno de esos momentos en que el envidioso viendo satisfecho su deseo, goza con las penalidades de la persona que en él ha despertado ese odio al bien, ese exceso de egoísmo que seca las fuentes de todo sentimiento de virtud.

La caridad es el amor a nuestros semejantes: la envidia es la negación de la caridad, el odio desesperado, el insaciable deseo de deprimir a los demás.

¡Qué días y qué noches pasaba Rodolfo, anhelando siempre igualarse a los que valían más que él y buscando los medios de sembrar el descrédito sobre aquellas reputaciones más dignas de respeto!

La murmuración, la maledicencia, la calumnia, la intriga, esas hermanas gemelas de la envidia eran compañeras inseparables de Rodolfo.

Pero si a veces el envidioso escala altos puestos despreciando a los demás y llega a la cumbre de la posición social, con frecuencia se ve aplastado como un reptil, mordiendo el polvo y viviendo en la desesperación.

Ambicionaba Rodolfo dinero, gloria y mujer, pues decía que eran las columnas sobre que descansa la felicidad humana.

El dinero lo quería para jugar.

La gloria para ser envidiado.

La mujer quería rica para que sirviera de capitel a la primera columna.

¿Vio realizados sus deseos?

## Capítulo VII El plan diabólico

Cada día era más cruel el trato con que doña Ruperta martirizaba a su sobrina.

Una noche en que Matilde se hallaba decaída visiblemente, desfallecida por haberse negado a tomar los malos alimentos que le ofrecía doña Ruperta, valiéndose de una criada a quien había buscado aquella y que era lo más a propósito para el servicio de la casa por su carácter predispuesto al mal, entró la vieja en el cuarto de Matilde, y parándose en la puerta exclamó:

-¿Qué es esto? ¡Te propones hacer ver que te mato de hambre!...

Matilde no contestó.

-¿Es que te ha traído algún espíritu la noticia de la desgracia de tu amante?

-¿Qué desgracia? -preguntó la sobrina incorporándose con dificultad.

-Casi nada, que Miguelito ha hecho una de las tuyas.

-¿Se propone usted agravar mi situación?

-No, hija, no... Como todo lo sabes, creí que estabas al corriente de la última travesura del paleta... Todo Madrid lo sabe: ha llegado el mocito a tomar la senda de los asesinos, y ahí tienes a Rodolfo que se ha salvado por milagro de las iras de aquel cándido joven. Nada menos que de un tiro quiso deshacerse de mi querido huésped.

Doña Ruperta había pasado un mes entero sin ver a su sobrina.

-¿Qué dice usted?...

-Que a estas horas, Miguelito está en compañía de los criminales adquiriendo la gloria de los asesinos, y que ya ha comenzado su carrera...

-Tía, por Dios... Déjeme usted... déjeme usted... Quiero morirme...

-Vamos, vamos; tú estás empeñada en que por ahí se diga que sucumbes víctima del maltrato que te doy... y eso es una infamia, ¿lo oye usted, señorita?

-Míreme usted con compasión, tía, que no tengo madre, que estoy sola en el mundo...

-¿Ahora sales con eso?... Cuando digo que te has vuelto loca...

-Me hace daño ver a usted, tía: he estado mucho mejor los treinta días en que he dejado de ver a usted...

-¡Treinta días!... ¡Loca... loca!... ¿Pues no dice que treinta días y no ha pasado uno siquiera sin entrar dos veces a hacerte mi visita de costumbre?

Mentía doña Ruperta con el objeto de ver si lograba trastornar el juicio de aquella infeliz.

Y en aquella soledad, en aquel aislamiento, con una mujer como aquélla en su compañía empeñada en atormentarla, fácil parecía que doña Ruperta lograra su objeto.

Habían asediado a la desventurada joven entre Rodolfo, don Lucas y su tía de tal modo, que la desesperación o el abatimiento tenían que llegar por fuerza a apoderarse de aquel espíritu.

-¿Es cierto lo que ha dicho usted, tía?

-¿De qué? ¿Del asesinato intentado por tu amante? Pues ya lo creo. En el saladero darán razón...

Matilde sintió que le faltaba la vista, que sus ojos se nublaban, quiso levantarse, vaciló su cabeza, y volvió a caer sobre el sofá.

-Llamaremos al médico... Matilde, tú estás muy mala.

-No, al médico no... al médico no... Quieren ustedes envenenarme sin duda...

-¡Jesús, Jesús!... Está visto... Eres una loca rematada... ¡Pobrecita!...

-No quiero médico... No... no... Aquí hay interés en hacerme desaparecer...

Doña Ruperta miró a Matilde con asombro.

-¿Tú sabes lo que dices?...

-Déjeme usted... déjeme usted... Quiero marcharme... quiero salir...

Levantóse con un esfuerzo sobrenatural, y comenzó a quitarse la bata.

-¿Qué haces?

-Que voy a salir.

-¡Matilde!... ¿Y a dónde?

-A la calle...

Doña Ruperta vio con espanto lo que hacía su sobrina, y llegó a temer si Dios la habría castigado haciéndola morir a manos de una loca.

-Siéntate, hija mía...

-No señora... Yo necesito saber si es verdad lo que me ha dicho Miguel... Dios me da fuerzas y voy...

-¿Sola?

-Sola... Sí, ¿para qué quiero compañía?... Miguel, Miguel...

-Vamos, ahora no es posible que salgas.

-¿No? Lo veremos. Por este balcón que da al patio llamaré a los vecinos, pediré socorro...

Doña Ruperta tembló.

-Enseñaré este brazo herido por esas manos...

-¡Matildita!... ¿Estás en ti?... Ven.

Quiso cogerla por un brazo cuando ya había logrado colocarse el vestido y ponerse la mantilla, pero ella, volviéndose con una mirada imperiosa, exclamó:

-Tía, no haga usted que le falte al respeto... No me obligue usted...

Era una especie de vértigo el que se había apoderado de Matilde, vértigo que le daba fuerzas.

-Déjeme usted salir, -añadió Matilde con resolución.

Pálida, ojerosa, con la mirada vaga, con las manos crispadas y la cabeza erguida, parecía verdaderamente loca.

Matilde salió.

La vieja corrió adelantándose hacia la puerta, y llamando a la criada, a Rodolfo, a Agustín, a todo el mundo.

No había nadie.

Cada vez crecía más el espanto de doña Ruperta.

Su conciencia la hacía temer alguna catástrofe.

-¿Estará loca? ¿Podrá acaso atreverse...? Y estoy sola... sola...

Miró alrededor, y no encontró recurso. No fue bastante su valor para dar vuelta a la llave.

Cuando ya Matilde había abierto, llegaban don Lucas y Rodolfo.

-¿A dónde va usted señorita? -preguntaron.

-No la dejen ustedes salir: va enferma, está demente.

Matilde se sobrecogió al ver a aquellos dos hombres, y no pronunció una palabra: intentó pasar entre los dos, pero ellos estrecharon la distancia que los separaba, y entonces la joven sintió que la faltaban las fuerzas; el vértigo había pasado y volvía la debilidad a dilatar los nervios.

Don Lucas y Rodolfo tuvieron que acudir con rapidez a sostenerla, porque hubiera caído rodando por la escalera.

Condujéronla a su habitación y a los pocos segundos oyóse la campanilla.

Salió Rodolfo a abrir, y encontróse a un caballero que preguntaba por doña Ruperta.

-Sí, señor, aquí vive; -respondió Rodolfo.

-Deseo verla por saber las condiciones de la casa.

Rodolfo llamó a doña Ruperta, que salió aturdida, y en vez de hacer pasar a la sala a aquel caballero, lo hizo entrar en la habitación de Matilde.

Hallábase ésta tendida en el sofá, y con las señales aparentes de la muerte.

Miró el caballero con curiosidad a la joven y dijo después de algunos instantes:



-Siento haber venido en esta ocasión.

Fijóse en los semblantes de don Lucas y de Rodolfo y continuó:

-¿Habrá habitación para mí?...

-Sí, señor, -respondió doña Ruperta queriendo escudriñar el carácter y hasta las condiciones de posición social del futuro huésped. Tomó un aire jovial con deseos de simpatizar y dijo:

-Una hay con buena luz; un gabinete, precioso, no es porque yo lo diga.

-Pues bien, me quedo en la casa; pero por Dios no descuiden ustedes la salud de esa pobre joven...

La miró compasivo; pareció conmovido al verla, y tomola una mano.

-¿Es usted médico?

-Sí señora, médico; -respondió el caballero.

-¡Ah! -exclamó con aparente alegría doña Ruperta.

Don Lucas llamó aparte a la vieja, diciéndola al oído:

-No nos conviene, me da el corazón que...

-Vaya; vaya: y renunciar a diez y ocho reales diarios...

El caballero dijo que deseaba hacer algunas preguntas a la joven, pero que debían dejarlo solo con la enferma en cuanto volviera en sí.

Rodolfo, don Lucas y doña Ruperta se miraron.

Parecía que el médico había hecho la pregunta por ver el efecto que causaba en los que se hallaban presentes. Miróles con fijeza, hizo un gesto como quien se va convenciendo de la verdad, y enmudeció.

Fin del tomo primero.

Los rumores que se referían a los antecedentes de doña Ruperta sobre su conducta con los padres de Matilde eran ciertos. Cinco años tendría ésta cuando presencié ya una escena en su casa en la cual su tía representaba un papel odioso. Había muerto el padre, habíase recibido la noticia de la muerte del hermano de Matilde, que se hallaba en África batiéndose por España, y sola, la desgraciada viuda con la pobre niña, heredera de una fortuna inmensa, era víctima de su prima Ruperta que cada día extremaba más sus recursos para desesperarla, inventando planes dignos de su espíritu mezquino e inclinado al mal.

De tal manera trabajó para atacar la reputación de aquella virtuosa mujer y tan en poco tenía la vida de la infeliz madre, que pudiera decirse que deseaba verla sucumbir víctima de uno de los accidentes que con frecuencia le acometían después de recibir la noticia de la muerte de su hijo.

La tía de Matilde era tan cruel para ésta como lo había sido para su prima.

-Tú tienes la culpa de que tu hijo haya muerto... tú, -decía un día doña Ruperta a la madre de Matilde.

-¡Yo!... Cállate.

-Tú, que no supiste inspirarle bastante cariño a la casa para que no eligiese la carrera militar. Como has sido mala madre, sufre las consecuencias.

Era todo cuanto se podía inventar para herir el corazón de la madre que se desvivía por sus hijos, que era su esclava.

-Calla, Ruperta, calla por Dios.

-Sí, que todo el mundo lo sabe: si tú no hubieras querido, tu hijo no hubiese ido a la guerra...

-Mi esposo no quiso apartarle de sus inclinaciones, y aunque con harto pesar suyo, hubo de dejarle que siguiera la carrera de las armas.

-Pero las madres... de algo sirven las madres... En fin, tienen razón los que dicen que tú has sido la causa de la muerte de tu hijo.

-Por Dios, Ruperta, -exclamó la madre, -eres muy cruel... Así me pagas lo que he hecho por ti.

-¿Por mí?... Nada te debo... nada... Si me sientas a tu mesa es porque debes, y quizá porque no revele tus secretos... pero tu amigo don Fernando sabe más que yo.

Este don Fernando, defensa constante de la madre de Matilde, era el padre de Miguel que no supo que su hijo había ido a parar a la casa de doña Ruperta; sólo pudo saber que estaba en una casa de huéspedes.

La coincidencia era extraordinaria.

Don Fernando había muchas veces evitado graves disgustos a los padres de Matilde, les había hecho comprender la necesidad de que doña Ruperta viviese aparte. En una palabra, fue el espíritu que protegía la paz de la familia.

Y la Providencia había hecho que se encontrasen en la tierra el alma de Matilde y la de Miguel.

Las dos sufrían una por otra.

Lo primero que hizo don Fernando, acompañado del sacerdote, cuando llegó a Madrid, fue dirigirse a la casa del abogado protector de su hijo. Allí fue recibido con tanto cariño, con tanta cordialidad, y le hicieron concebir tales esperanzas, que el corazón de aquel padre respiró más libremente.

Llamábase el jurisconsulto don Tomás Sánchez, y había tomado la defensa de Miguel en la causa con tal empeño, con tal decisión, que parecía tratarse de un hijo mejor que de un joven a quien se proponía proteger.

Al verle tan decidido, tan afectuoso, don Fernando lo estrechó entre sus brazos, y el buen sacerdote enternecido exclamaba:

-Dios premie tan honrado corazón.

Fueron a la cárcel, y la sorpresa de Miguel no hay palabras con que describirla.

Se abrazó a su padre, que ya sabía todo lo ocurrido, besó la mano del sacerdote después de haberlo estrechado tiernamente, y agradeció a su protector que los hubiese acompañado.

Pero ofrecieron las declaraciones del sumario una circunstancia original debida a otras no menos extrañas.

La sociedad que establecen los criminales, como no tiene los lazos del bien ni su objeto es tranquilizador para la conciencia, dura poco; por los más leves incidentes se disuelve en perjuicio de los que se han unido para el mal.

Agustín, a quien Rodolfo había indicado que declarase lo que habían convenido, en cuanto supo que el famoso jurisconsulto protector de Miguel se había encargado de la defensa y que el padre y el virtuoso sacerdote habían llegado y sospechaban todo lo espantoso de la trama urdida por Rodolfo, se negó a seguir aquel laberinto de intrigas.

-No declaro eso, -díjole un día a su amigo, cuando ya éste se hallaba restablecido.

-¿Que no? Pues líbrate de mí... ¡Pero eso es una broma! ¿Cómo me has de dejar entregado en manos del tribunal y has de consentir que el paleta se ría luego de nosotros en donde quiera que nos encuentre?

-No se reirá.

-Y también serás capaz de decir... lo de los cuatro mil reales...

-Eso...

-Mira, Agustín, que nos perdemos los dos.

-Tú tienes la culpa: tú has procurado difamarme por ahí: has llegado a decir que yo me jugué los cuatro mil reales de Miguel.

-Eso no es verdad -respondió temblando Rodolfo.

-Sea verdad o no lo sea, nadie puede haber hablado de ello más que tú. Nada tiene de extraño que sufras las consecuencias de tu proceder.

Rodolfo quedó pensativo.

-¿Y qué vas a decir ante el tribunal? -preguntó con recelo.

-Allá veremos, -contestó Agustín. -Por de pronto nuestra amistad ha concluido.

-Pero hombre, ¿serás capaz de perderme?

-Tú eres el que por poco me arrastra a mí al camino de presidio.

Rodolfo veía toda la gravedad de la resolución de Agustín. Sentíase acosado por los remordimientos: el crimen había comenzado a labrar en su alma el sendero que hasta él conduce, y acaso estaba destinado a ser un gran criminal.

Pensó en que Agustín con su arrepentimiento y con sus declaraciones iba a alcanzar, sin duda, la benevolencia de cuantas personas se interesaban por Miguel y llegó a cruzar por su mente una idea siniestra.

-Va a ser considerado y atendido mientras yo voy a sufrir el desprecio y el castigo... ¡No, no puede ser!... Si yo me atreviera...

Así pensaba Rodolfo buscando un medio de que Agustín no declarase, no pudiera lograr su objeto.

Los dos amigos eran ya encarnizados enemigos.

Rodolfo acariciaba sin duda algún pensamiento criminal.

Agustín vio una de aquellas miradas que denunciaban siniestros propósitos en su compañero, y se despidió de él y de doña Ruperta.

-¿Te vas por fin? -preguntóle Rodolfo.

-Me voy, no es posible que continúe yo aquí más tiempo.

-Te ha de pesar, desgraciado,

-No temo a los calumniadores.

Rodolfo se mordió el labio inferior y sintió que una nube de sangre empañaba sus ojos.

-¡Vete! -exclamó, -¡vete! que no sabré contenerme.

Agustín cerró la puerta y Rodolfo se tendió en su cama presa de los tormentos más agudos.

Comenzaba a sentir sobre su conciencia el peso de sus culpas.

Creíase rodeado de agentes de policía que le sacaban de la cama y arrastrando le llevaban a la cárcel. Veía a Miguel sufriendo: imaginaba ver a su antiguo compañero entre las rejas, llamando a su padre y que éste pasaba sin oírlo.

Cuando estas sombras aparecían en la pared de su alcoba, en el techo, a la pálida claridad del primer rayo de sol que entraba en su cuarto, levantábase, abría los ojos desencajados, y se vestía y proyectaba salir a la calle, pero tenía miedo,

Después, en casa de doña Ruperta no iban muy bien los asuntos.

El médico había llegado a hacerse sospechoso para el ama de huéspedes como para don Lucas, y se manifestaba decidido protector de Matilde.

Doña Ruperta intentó despedirle, pero fue en vano. Espresamente cometía faltas, y hacía que la criada las cometiera, para que se marchara aquel hombre, pero él seguía impasible y lo más que hacía era comer fuera de casa.

Una noche hizo doña Ruperta que la criada se acostase y no esperara al huésped, pero Matilde le oyó llamar y le echó la llave por el balcón de la sala.

Rodolfo, que no necesitaba mucho para herir reputaciones, escribió una carta, desfigurando la letra, a Miguel, en la cual le decía que la desgracia aparta de su lado a los que en épocas felices se unen a otro ser, porque le sonríe la fortuna o porque no ha caído en el lazo del infortunio: que Matilde había contraído relaciones con un huésped recién llegado, médico de profesión, y que se hallaban muy adelantados los asuntos para el casamiento.

-Era lo único que me faltaba, -exclamó Miguel. -¡Todo perdido, el amor de Matilde, el porvenir, la gloria!...

Era el médico un hombre de sesenta años, de carácter simpático, hacían más venerable su cabeza las canas: era la nieve que el tiempo hace aparecer en el hombre como queriendo apagar el fuego de las pasiones. Llamábase don Juan y parecía más que médico un consejero cariñoso, dulce consuelo de los que padecen. La mirada de aquel hombre conservaba la vivacidad de la juventud; la sonrisa era apacible y afectuosa, la frente revelaba la nobleza del alma y la inteligencia: el aire era distinguido y majestuoso como sencillo y modesto. Por su acento, no parecía español.

-Se me figura que no es médico, -decía recelosa doña Ruperta a don Lucas, hombre antipático hasta el extremo de ser repulsiva su mirada, cruel su sonrisa, áspera su voz y poco noble su figura.

-¿Usted ve cómo no debíamos haberlo admitido?

-Le he dicho que tiene que pagarme más por el hospedaje y sigue: hago que le den la peor comida, y sigue: digo a la muchacha que se acueste y no le espere cuando tarde alguna vez por las noches, y se cuela o porque el sereno le abre o porque ha mandado hacer llaves.

-¡Qué hombre tan singular!

-Habla muy poco, así es que hasta ahora no sé más sino que se llama don Juan, pero me dan que pensar sus frecuentes diálogos con Matilde, su constante silencio para nosotros. Aún no he podido oír ni una sola palabra de lo que dicen: hablan tan bajito, y la pícara le contesta también de tal modo... ¿Sabe usted que no me atrevo a sacarla ya de casa? Y el caso es que ese don Juan ha logrado mejorar la salud de la niña y que está muy animada, muy alegre y muy distinta de antes.

-¡Misterios!

-No sé yo qué misterios serán éstos. Amor a la edad de ese hombre...

-¿Quién sabe? y ella tan joven...

-Puede ser.

-Vaya, pues yo soy su tía y poco a poco. Necesito pedir explicaciones a ese caballerito...

-No las dará.

-Yo buscaré un medio de que... ¿Sabe usted lo que me figuro? que es algún político de éstos que andan conspirando y que no teniendo donde meterse, sin que le conozcamos se nos ha venido aquí.

-Oiga usted, puede ser, puede ser; esté usted sobre el caso y si ve usted que no tiene los documentos en regla, dé usted parte y ya está fresco.

-Convenido, convenido.

-Otra cosa recelo yo: que se nos vaya la paloma con ese gavilán.

-¡Zape! Eso será más grave. Nada, nada: usted le despide y sino inventa cualquier diablura de las nuestras y que vaya con todos los demonios.

-Eso, eso.

Doña Ruperta tendió la mano a don Lucas con aire satisfecho y como manifestación de un pacto convenido entre los dos.

-Si puede ser mañana, que no sea hoy.

-Así será.

-Mucho ojo Ruperta. Ya sabe usted lo que la dije desde que entró ese hombre.

-¡Si yo le hubiera creído a usted!

-Nada, nada: a corregir la falta y adelante.

## Capítulo II Confidencias

Matilde había podido verse libre del abatimiento que debilitaba sus fuerzas.

El nuevo huésped de doña Ruperta, con su carácter cariñoso y simpático, logró influir de tal manera en el espíritu de la pobre Matilde que la reanimó; pareció infundirle nueva vida y el aliento que le faltaba.

¿Qué había en la mirada de aquel hombre que así dominaba el corazón de Matilde?

La primera vez en que tuvo ocasión de hablar a solas con ella, se enteró del género de vida a que la había condenado la vieja.

Cuando observó que no podían ser oídas sus palabras, con voz baja, temiendo aún que doña Ruperta lograra oír, entabló el siguiente diálogo con Matilde.

-¿Y no tiene usted familia?

-No señor... Ni mis padres, ni mi hermano que en África...

Matilde no pudo continuar, y enjugó las lágrimas que resbalaban por sus mejillas.

-Vamos, niña, vamos; tranquilícese usted. Veo que ha abrigado algún grave temor, que la enfermedad de usted no ha reconocido más causa que la falta de expansión, el continuo padecimiento moral y aun físico.

Don Juan miró al brazo de Matilde, en donde aún se veían las huellas de la ira de la vieja.

-¡Ah!... No señor, no señor; no ha padecido mi cuerpo.

-Me atrevo a dudar de sus palabras de usted, señorita... Permítame usted que dude, - exclamó con suave y dulce sonrisa don Juan.

Y después de mirarla con fijeza y ver que bajaba ella los ojos, exclamó:

-Este brazo me está indicando...

-¡Ah!... No señor... no señor...

Matilde enmudeció. Aún no se atrevía a confesar lo que le hacía padecer doña Ruperta.

-Es preciso que seamos muy amigos, -continuó don Juan. -Cuando usted sepa...

La joven miró con extrañeza al médico.

-Yo me he valido de un pretexto para inspirar confianza a su tía de usted; he dicho que soy médico.

-¿Pues qué no lo es usted?... ¿Y así ha querido usted burlar mi candidez?...

-Poco a poco... acaso me dé usted las gracias... Yo traigo un encargo importantísimo.

-¿Usted?...

-Y de gran interés para los dos. Es preciso que salga usted de este cautiverio y que respire usted más tranquila...

-No comprendo.

-Pues ya irá usted comprendiendo y alegrándose. Yo soy el mensajero de una buena noticia para usted y mala para su tía.

-¿De veras?



-Vengo satisfecho a decir a usted que no está sola en el mundo, que aún hay quien puede amparar a usted y darle la felicidad que le falta. Es probable, casi seguro, que se venga usted conmigo.

Y al decir esto don Juan, hacía asomar a los labios una sonrisa de bondad.

-¿Yo? Caballero... ¿Qué concepto ha formado usted de mí, y cuál quiere que forme de quien así se expresa?...

-Creo que mis canas harán a usted conocer que no pretendo hacer que usted desmerezca en lo más mínimo.

Matilde creyó que se había engañado al juzgar a aquel hombre, pero por otra parte, su aspecto venerable, su franca sonrisa, su dulce acento, la atraían.

Levantóse don Juan, observó si podían oírle, y volvió a sentarse en el sofá junto a Matilde.

-Vamos, dígame usted... ¿Qué noticia sería para usted de mayor sorpresa?

-¡Ah! -exclamó Matilde como buscando los pensamientos que desearía ver realizados.

-La libertad de Miguel...

Don Juan sabía el efecto que habían de producir aquellas palabras en el corazón de la joven, y esperó la contestación.

-¡Cómo! ¿Usted sabe?...

-¿Pues quién lo ignora en la casa?...

-No, no me atormente usted con ese recuerdo, por Dios, déjeme usted a solas con mis dolores.

-Mucho efecto produciría esa noticia a ser cierta, pero, ¿a dónde queda la de que un hermano a quien se creía muerto?...

-Don Juan, ¿se ha propuesto usted contribuir a que se trastorne mi juicio?

-No, niña, no; casualmente vengo a evitar que eso suceda.

-Parece que trata usted de hacerme ver el horizonte de la felicidad claro y sereno, para levantar después las nubes tempestuosas de la realidad que oscurecen el sol de las ilusiones... ¡La libertad de Miguel, la noticia de que mi hermano vivía!... Eso era demasiado para una mujer infortunada como yo...

-No se llame usted infortunada, Matilde. Mi presencia aquí es la prueba más evidente de que concluyen para usted los días de la desgracia.

-¡Pero Dios mío!... Acabe usted de descorrer el velo misterioso con que atormenta mi imaginación y que lleva mi alma al torbellino de la duda...

-No quisiera hacerla a usted sufrir este momento de prueba, pero es preciso antes de que se persuada usted de que es cierto.

-¿De que es cierto?... ¿Pero qué?

-Que en África... Providencialmente...

-¡Madre mía!... ¿Me engaña usted?...

-No: hija mía: mire usted mis ojos humedecidos por el llanto, mire usted mi mano trémula, mis labios que apenas pueden decir a usted: «Matilde... Su hermano de usted vive...»

-¡Vive... vive!... No, no: imposible... imposible.

Levantóse Matilde, y como enagenada recorría la habitación, cerraba la puerta, la abría, se paraba delante del anciano, y por último se arrodilló delante de él, y le dijo entre sollozos:

-No me engañe usted... no me engañe usted por Dios... ¡Ah!... ¿Pero en donde está... en dónde?

-En Cádiz, -dijo don Juan queriendo evitar un arranque impetuoso del corazón.

-¡Y no viene, no quiere verme!... Yo quiero ir a Cádiz ahora mismo... Usted no comprende lo que es saber que un ser idolatrado a quien se creyó muerto, por quien se pronunciaron oraciones, por quien se llevó luto, vive y que se le puede abrazar, y oír aquella respiración y ser partícipe de sus penas.

La emoción que experimentaba Matilde, era imposible de describir.

Oprimíasele el corazón, de cuyo fondo parecían salir los suspiros que exhalaba.

-No puede ser, no puede ser, don Juan.

-Mire usted su letra.

Don Juan sacó una carta. Matilde la reconoció, y tomándola de las manos de don Juan, la besó mil veces.

-¿Y por qué no me ha escrito a mí?

-Porque sabía que la carta no llegaría a sus manos, sino a las de esa mujer infame.

-¿Sabe acaso?...

-Todo.

-¿Pero es verdad, Dios mio? ¡hermano de mi vida!

-Silencio. Conviene callar. Necesito enterarme antes de los planes de estas gentes. Yo no me he dado a conocer antes porque tenía el encargo de estudiar el carácter de usted, sus inclinaciones, cuanto hubiera de verdad en lo que se decía con respecto de la conducta observada con usted por doña Ruperta.

-¡Ah! no sé, no sé qué preguntar primero.

-No tardará usted en ver a su hermano.

-¡Qué feliz voy a ser!

Una leve sombra de tristeza empañaba la mirada de Matilde.

El recuerdo de Miguel se presentó como un fantasma terrible.

Tenía Matilde remordimientos en su conciencia por haberse creído feliz sin ver a su amante libre. En el interior de su alma le pidió perdón aunque lloraba el desengaño.

-¿Por qué no ha venido mi hermano?

-Porque no conviene que sepa su tía de usted que él vive. Debe recibir la sorpresa de pronto.

En este punto se hallaban del diálogo cuando oyeron ruido en el próximo gabinete.

-¿No había salido su tía de usted? -preguntó don Juan.

-Sí señor.

-No la hemos oído volver. ¿Quién estará en esa habitación contigua? Voy a verlo.

-¡Ah! no vaya usted, es posible que mi tía haya vuelto porque nunca al entrar mueve ruido alguno y hay días en que ni aun la oigo atravesar ese pasillo, alfombrado con la intención de que el ruido de los pasos se apague. Acaso será la criada.

-Lo veré, -dijo don Juan saliendo de la habitación. Asomóse a la puerta del gabinete y a nadie vio.

La cortina de la alcoba se movía aún, como indicando que alguien se acababa de ocultar.

Salió de allí don Juan y dirigióse de nuevo a la habitación de Matilde.

-Creo que la ha oído a usted.

-¿Pero usted ha visto?

-No; mas debo suponer que se ocultó en la alcoba.

-¡Somos perdidos!

-Nada tema usted.

-¡Ah! nada me importan las iras de esa mujer: dígame usted cómo se salvó mi hermano y cuándo le veremos.

-No conviene que nos detengamos un instante. Dentro de dos horas vendré a buscar a usted para que salga de aquí.

-¿Cuándo veré a mi hermano?

-Muy pronto. Acaso cuando lleguemos podrá usted abrazarle.

-¡Madre mía! ¡madre mía!

-Silencio.

Don Juan estrechó la mano de Matilde y salió con paso presuroso de la sala.

¿Quién era aquel hombre? ¿Por qué con tanto interés se ocupaba de los asuntos de la familia de Matilde?

Hasta saberlo veamos lo que pudieron conseguir don Fernando y el cura.

### Capítulo III

#### Los trabajos de la envidia

Miguel sufría la amargura del hombre que ve cerradas las puertas del porvenir por la envidia y por la mala fe de un ser despreciable; sentíase doblemente afectado su corazón, porque se había hecho llegar a su noticia el rumor de que Matilde se casaba.

-¡Ni el amor de esa mujer!... -exclamaba él.

En la cárcel escribía sus defensas y dirigía los litigios que le encargaban, y cada día su fama en el foro iba adquiriendo más proporciones.

Había escrito hacía algún tiempo un drama, y mucho antes del acontecimiento desgraciado que le tenía en la cárcel, presentóle a una de las empresas teatrales. Era el empresario íntimo amigo de Rodolfo, y habiendo éste sabido que el drama era muy recomendado por el primer actor, comenzó a desplegar su plan de campaña, diciendo que la obra era un plagio escandaloso, que tenía el mismo pensamiento de otro que iba a presentar un poeta muy conocido, y que si se representaba aquélla, no ofrecería novedad el pensamiento de la otra y perdería la empresa en las dos.

La obra fue devuelta a su autor acompañada de una carta, en la cual le decía que no se atrevía la empresa a representarla, porque estaba el pensamiento tomado al pie de la letra de otra de un conocido escritor que se había de representar a la mayor brevedad posible.

Miguel sospechó de dónde procedía aquel golpe, y calló. Sufrió aquel desengaño y guardó la obra en el fondo de su pupitre.

Mientras tanto se representaban algunas, en las cuales aparecía Rodolfo como autor, y no era más que el comerciante en literatura. Compraba a alguno de esos poetas, a cuya agrupación pertenece Pelayo del Castillo, una pieza que el hambre obligaba a vender por dos o tres duros, y luego la presentaba con su nombre, y conquistaba la gloria si era aplaudida la comedia, y si era silbada revelaba el nombre del autor.

Otro hombre de menos fe, de menos constancia en el trabajo, hubiera desalentado, hubiera visto apagar la llama de su genio ante los esfuerzos de la envidia, pero Miguel seguía con noble y decidido empeño su empresa, y si su espíritu decaía, era por ver que hasta las ilusiones de su amor primero se marchitaban.

Matilde no había podido enviarle ni una letra siquiera para darle aliento.

¿Y cómo, si él iba a casarse con otra según le habían dicho a ella?

Atormentado horriblemente Miguel, imaginaba que ni aun en la cárcel volvería a ver a su padre, cuando al día siguiente de haberlo abrazado, hallándose en el balcón de la sala que ocupaba en el saladero veía pasar a los que más felices tenían libertad, y creyó que soñaba al ver a dos personas que entraban en el tétrico edificio.

-¿Será él? -preguntábase con extrañeza.

Entró del balcón, y a los dos segundos abrazaba a su padre y no había quien lo separase de su cuello. ¡Qué momento! ¡Qué cuadro! Sólo la imaginación puede reproducirlo, pero no es fácil expresarlo.

Ya don Fernando lo sabía todo y conocía el estado del proceso. Animó a su hijo, cuyo abatimiento crecía cada vez más, siendo mayor cuando al ver a su padre no podía salir con él, no podía ir a abrazar a su madre.

El sacerdote contribuyó mucho a calmar la agitación de Miguel que se tranquilizó muchísimo al saber que no se dudaba de su comportamiento en Madrid.

El protector de Miguel fue al poco rato a reunirse con ellos y a animarlos más aún.

-Hoy he tenido una visita inesperada, -dijo con misterioso acento dirigiéndose al joven.

-¿Con quién?

-Con Agustín.

-Uno de mis enemigos, -exclamó con tristeza Miguel dirigiéndose a su padre y al sacerdote.

-Me ha dicho la verdad... Me ha confesado que entre los dos sacaron del baúl los cuatro mil reales...

-¿Acaso se ha arrepentido?

-Me ha manifestado que no quiere ser cómplice de la iniquidad que Rodolfo ha cometido, y que él quiere ser digno de la estimación que su amigo pierde.

-¿Será otro ardid?

-Veremos...

-Dios acaso haya tocado el corazón de ese joven y sea el que contribuya a que el horizonte se esclarezca.

-¿Si habrá el cielo oído la oración de una madre que ha quedado entregada a la más dolorosa angustia? -decía don Fernando con melancólica voz.

En aquella entrevista, que se prolongó bastante, supo don Fernando que la casa en donde había estado Miguel era la de doña Ruperta, de aquella mujer que contribuyó a la muerte de una prima suya.

Compadeció a la infeliz Matilde y se persuadió de los planes de su tía, pues nadie dudaba de sus siniestras intenciones.

Antes de salir del sombrío edificio vio el sacerdote en un patio grande una porción de niños.

-¿Qué es esto? -preguntóle a Miguel el cura.

-Aquí se le llama el patio de los micos.

-¡Desgraciados! Ahí tiene la sociedad un plantel de criminales en vez de procurar la educación de esos corazones tan dispuestos para el mal como para el bien.

-Tiene usted razón, -dijo el protector de Miguel, -muchísima razón. Al infeliz a quien por desgracia no le espera al salir de aquí un padre que consiga disipar la nube que el vicio levanta en este sitio, mala senda se ofrece a su paso. Aquí se habitúan hasta al lenguaje de los criminales. Esos desgraciados niños necesitaban una escuela, no la atmósfera en donde respiran muchos maestros del vicio que no quieren más que secuaces y cómplices.

¡Cuánto ganaría la sociedad si en vez de tener que castigar acudiese a evitar el mal, a precaverlo atacándolo en su origen! Si a tiempo se siembra el germen del bien en el corazón del niño, si entonces se le hace comprender los beneficios de la virtud, y las consecuencias del delito, poca mella harán en él los malos consejos y pronto se apartarán de su alma los vestigios del mal. Pero si una vez comenzado el mal camino, se le lleva al lado de los que están al borde del precipicio, del crimen y se les hace respirar el mismo ambiente emponzoñado que aquéllos y se abandona a aquel ser a sus propias fuerzas, ¿qué resultado ha de dar? Un criminal más para mañana.

Preguntad a algunos de aquellos niños y sabréis la verdad. El uno entró por primera vez, porque otro que ya sabía la vida de la cárcel le impulsó a llevarse un juguete de una tienda, aprovechándose de un momento de distracción del comerciante: la segunda vez nació de él mismo el deseo de robar: la cárcel lejos de haberle corregido le había aficionado a aquella sociedad pervertida.

¡Triste espectáculo el que ofrecía aquel grupo de niños abandonados, sin familia muchos de ellos, sin más amparo que la sociedad que debía ser madre cariñosa, consejera benéfica, que debía apartarlos de todo contacto con el crimen y procurar la dulce corrección de las faltas y evitar la posibilidad de que las cometiesen!

El corazón del niño que en el mundo se encuentra abandonado, huérfano, es flor sin luz y sin aire puro. No trasplantéis esa flor adonde respire el aire vivificador de la virtud y la veréis marchitarse y perder los colores de la inocencia y el aroma del bien.

Cuando salieron de la cárcel don Fernando, el cura y el protector de Miguel púsose éste a reflexionar en presencia de aquellos infelices niños y concibió la idea de escribir un proyecto utilísimo sobre la creación de una verdadera escuela correccional de la infancia.

Y desde entonces dedicóse con asiduidad a aquel trabajo.

Diariamente veía Miguel a sus padres y a aquellos dos bondadosos amigos.

Uno de los días notó que tardaban, pero recibió la sorpresa de su libertad.

Quedó atónito, aunque ya tenía noticias de que Agustín había declarado en el sumario en su favor y perjudicando a Rodolfo.

Nada había querido decir don Tomás (éste era el nombre del protector de Miguel), pero su defensa había producido gran efecto: la clara exposición de los hechos, las pruebas terminantes que adujo, la declaración de Agustín, el antecedente de la rivalidad de Rodolfo y de su carácter, de lo que había intentado para desprestigiar a Miguel; el poderoso móvil de la envidia que era el resorte de las acciones de Rodolfo, todo había contribuido a ofrecer una base sólida a la defensa, después de la cual fue decretada la libertad del pobre encarcelado.

La tarde en que salió de la cárcel, no habían ido a verle como de costumbre su padre y sus amigos.

-¿Qué sucederá? -decía para sí mientras se dirigía a casa de don Tomás en donde se hallaban don Fernando y el cura.

Ignoraban éstos que aquel día fuese el de la libertad de Miguel, y además, un suceso inesperado los detuvo.

La esposa de don Fernando cuya ansiedad crecía cada segundo, no pudiendo por más tiempo esperar en el pueblo, decidióse a emprender el viaje, y con el objeto de sorprender a su esposo, dispuso marchar, hallándose algo enferma. Había llegado a su noticia que Miguel había salido para el presidio de Alcalá.

El médico se oponía a que saliese del pueblo la madre, pero no hubo fuerzas humanas que la contuvieran, y emprendió el viaje, llegando desfallecida a la casa de don Tomás.

-¡Vicenta! -exclamó don Fernando al verla entrar y dirigiéndose a abrazarla.

La pobre madre venía muy débil y no pudo resistir la emoción, cayó sobre una silla.

Condujéronla a la cama, y llegó un momento en que se temió por su vida.

La madre de don Tomás, con cariñosa solicitud la cuidaba, permaneciendo a la cabecera don Fernando.

-¿Y Miguel? -preguntó la madre con voz desfallecida.

-Ya lo verás, lo verás pronto...

-No, no; que he sabido yo que a estas horas estará ya en presidio o que saldrá muy pronto.

-¿Quién te ha dicho eso?, -preguntó don Fernando.

-Un amigo suyo que ha estado en el pueblo.

Sabiendo Rodolfo que un amigo suyo iba al pueblo en donde residían los padres de Miguel, dióle aquella noticia para que la hiciera circular y produjese el efecto consiguiente.



-No lo creas, Vicenta; no lo creas: antes bien, lo verás muy pronto.

-¿De veras? -dijo queriendo sonreír.

-Sí, señora; -interrumpió el sacerdote: -aquí tiene usted a su defensor... al hombre destinado por la Providencia para ser el ángel bienhechor de la familia.

-Bendito sea, -exclamó la madre dirigiéndose a don Tomás, que cogió la mano de Vicenta y estampó en ella un respetuoso beso.

Cuando llegó Miguel a casa de don Tomás, sorprendióse al ver el aspecto misterioso con que lo recibía, y al abrazar a su padre, díjole con vivísima curiosidad:

-¿Qué hay?

Pudieron prepararlo poco a poco, y al fin, ya convencido de que su madre estaba allí y enferma, entró en la alcoba, y se abrazó a ella, que exclamó con un esfuerzo sobrenatural:

-¡Gracias, Dios mío, gracias!... Si muero, iré tranquila al seno del Eterno: he visto a mi hijo... Ha vuelto a mis brazos... Bien me decía el corazón que viniese a Madrid aun para encontrar aquí la muerte...

-No quiera Dios, madre mía, -exclamó Miguel besando la frente de su madre.

Agravóse el estado de la enferma.

Más tribulaciones para el alma de Miguel.

Aún ignoraba él que la causa de esta terrible desgracia que le amenazaba era Rodolfo también.

Hay seres que nacen para sembrar el infortunio a su paso.

Era Rodolfo uno de ellos.

Aquel golpe era terrible para el joven, y podía acabar con la energía de su espíritu.

Cuando el compañero de Agustín tuvo noticias de que Miguel había sido puesto en libertad y de que las declaraciones de aquél habían influido, la rabia se apoderó de su alma, el despecho le dio alientos para vengarse.

Tenía un odio terrible a todo el que contrariaba su voluntad. Aborreció también a Matilde en quien había creído ver el escalón de su fortuna.

No dejaba la suerte de sonreírle, pues aun perdiendo años de estudios y con su desaplicación, había logrado licenciarse en la facultad de derecho, y como los charlatanes

se abren paso con frecuencia en ciertos círculos y la audacia vale mucho en estos tiempos, Rodolfo supo crearse una reputación ficticia de literato y de jurisconsulto, alucinando a los que no le conocían, y consiguiendo ser atendido y considerado.

Creyóse ya superior a Miguel, hombre modesto y sin pretensiones: siguió desacreditándolo en todas partes, y hasta diciendo que él le escribía los discursos que pronunciaba en las academias.

Pronto fue conocido por todos, y entre las personas de algún valer se le despreciaba, con lo cual crecía su saña, sintiendo el torcedor de la envidia que cada vez con más intensidad le acosaba.

Era una ansiedad horrible la suya.

Había palidecido extraordinariamente, y hasta en sus ojos se veía el efecto de la pasión que continuaba en su corazón.

#### Capítulo IV

##### La realización del plan

Cuando salía don Juan de la habitación de Matilde, quedó ésta pensativa, y queriendo convencerse de que era verdad lo que acababa de oír.

Doña Ruperta había oído la mayor parte de lo que habló Matilde, de las exclamaciones de alegría que se escaparon de su pecho al saber que su hermano vivía, y aunque no le fue posible oír a don Juan, se enteró perfectamente de todo.

Ocurriósele una idea que creyó feliz, y sin hacer el más leve ruido, salió de la casa y comenzó a plantear el proyecto en combinación con don Lucas.

Volvió inmediatamente, llamó y salió a abrir Matilde. Persuadióse ésta de que su tía no había oído nada, y con gran sorpresa vio que la abrazaba y que había en su semblante la expresión del júbilo más intenso, nunca revelado hasta entonces.

-Matilde... Matilde, ¿no sabes lo que acabamos de saber?...

-¿Qué, tía?...

-Que tu hermano Alberto...

-Diga usted... -preguntó Matilde fingiendo que nada sabía.

-Vive...

-¡Vive!... ¡Ah, no es posible!... ¡no es posible!...

Doña Ruperta veía el fingimiento de Matilde y la estrañeza con que oía aquellas palabras.

-Sí, hija mía; sí... No puedes figurarte cuánto he gozado al saberlo... Don Lucas lo ha visto ya...

Matilde creyó que era cierto lo que la decía la vieja y exclamó:

-¡Dios quiere mi felicidad, la nuestra!

-Sí, Matilde... Tú ya sabes lo que yo te he querido siempre... aunque no lo crees.

-No lo dudo, tía.

-Ahora mismo iremos todos a ver a tu hermano que no puede venir porque está algo enfermo todavía... pero debemos ir todos...

-Don Juan va a venir, -dijo Matilde olvidándose de que hablaba con su tía.

-¡Don Juan! pues si lo he encontrado yo en la calle y es con quien he hablado, porque yo venía ya de ver a tu hermano, habiendo sabido la noticia en casa de los señores de Sánchez. De modo que dentro de dos segundos, el coche nos esperará a la puerta y tendrás el placer de abrazar a Alberto... está hecho un buen mozo.

Doña Ruperta trataba de ocultar el despecho, y quería vengarse de los planes de su sobrina y de don Juan, realizando un proyecto digno de aquella hiena.

Matilde creyó que su tía se había arrepentido de todo, al ver ya a su hermano que podía exigirle cuentas y responsabilidad, y con la candidez de su alma pura, se convenció de lo que pensaba, no juzgando posible que siguiera doña Ruperta sus propósitos, sabiendo que tenía ya Matilde quien la defendiese y amparase.

Al poco rato, oyóse el ruido de un coche que paraba en la puerta, y no tardó mucho en llamar don Lucas que entró precipitadamente diciendo:

-Vamos, que Alberto espera...

-Vamos, -dijo Matilde poniéndose la mantilla con extraordinaria precipitación.

Doña Ruperta, al ver que su sobrina volvía la espalda para mirarse al espejo, quiso hacer una seña a don Lucas, pero notó que podía Matilde verla por el espejo mismo y se contuvo.

-Don Juan me ha dicho que vayamos pronto... que él no viene porque yo me he adelantado... Y vaya si está guapo Alberto.

-Un poquito delicado... -interrumpió intencionadamente doña Ruperta.

-Sí, delicadito... bastante, pero muy guapo... Vamos, vamos...

Con la agitación consiguiente al deseo de ver a su hermano, bajó Matilde la primera las escaleras y llegó al coche.

Diola don Lucas la mano para subir, luego subió doña Ruperta y después él.

La vieja había dirigido algunas palabras a la criada antes de salir.

Comenzó a rodar el coche, cuyos cristales levantó don Lucas, corriendo al mismo tiempo las cortinillas, con gran extrañeza por parte de Matilde.

Anduvieron poco menos que a escape los caballos.

-¿Cuándo llegamos? -preguntó Matilde.

-Pronto, -dijo don Lucas.

Y asomándose a la ventanilla de delante, gritóle al cochero:

-¡Anda!

Siguieron corriendo más los caballos.

-¿Está muy lejos? -exclamó Matilde.

-Bastante, -contestó don Lucas, mientras doña Ruperta callaba.

Ya pasaba de cuatro horas lo que había andado el coche, cuando Matilde quiso bajar uno de los cristales y descorrer la cortinilla. No pudo impedirlo la tía y la infeliz vio con asombro que se hallaba en el campo.

-Pero... ¿a dónde vamos?

-Al campo...

-¿Y esta ahí Alberto?

-Sí, hija mía... ahí está...

Llegaron a una quinta con una verja de hierro y un precioso jardín.

Paró el coche, y ya Matilde recelaba algo. Bajó precipitadamente.

Siguiéronla don Lucas y doña Ruperta.

-Aquí está, -dijo aquél abriendo la puerta de un gabinete ochavado.

Entró con algún sobresalto Matilde, dirigióse a la alcoba y oyó que cerraban la puerta y la dejaban sola...

-¡Infames! -gritó desesperada corriendo hacia la puerta.

-¡Socorro! -siguió gritando, pero la voz se perdía en el espacio.

Abrió el balcón y vio una extensión inmensa: ni una casa, ni nadie que indicase que podía encontrar socorro.

Tiró del cordón de la campanilla y no tardó en aparecer una mujer pequeña, contrahecha, de unos sesenta años, repugnante y asquerosa, que cerró la puerta apenas entró.

-¿Qué se la ofrece, señorita?

-¿Qué es esto?

-Que tengo el encargo de cuidar a usted como a una princesa.

-¡Dios mío! pero me han engañado, me quieren matar.

-No señora, no señora...

-¡Virgen Santísima! ¿qué quiere de mí esta gente?... ¿que no diga yo a mi hermano lo que me ha hecho sufrir? No lo diré, no lo diré, pero que me dejen salir pronto.

-¿Y adónde iría usted, si estamos a siete horas de Madrid?

-¿Y no pasan carruajes por aquí?

-¿Carruajes? Si para llegar el que la ha traído a usted ha necesitado Dios y ayuda.

-¡Pero que es esto, Dios mío!... Hasta cuándo...

-Hasta dentro de un par de días no más...

Matilde se sintió acometida por la desesperación, y llegó a dudar si don Juan había entrado en el complot y habría preparado el terreno de aquel modo.

.....

Cuando don Juan llegó a la casa de huéspedes, llamó repetidas veces y nadie le contestó, volvió a llamar y por último salió la criada diciéndole que no había nadie en casa que habían salido todos incluso la señorita Matilde.

-¿También ella?

-También.

-¿Y a dónde?

-He oído decir que iban hacia la Venta del Espíritu Santo.

Era cabalmente, rumbo opuesto al que habían llevado.

-Pero allí, ¿a qué? -preguntó don Juan.

-Parece que ha comprado la señora una posesión por allí, cerca, y han llevado a la señorita para que la vea...

-Eso no es verdad.

-Vaya, que sí...

-Te han dicho eso, pero... vamos... déjame en paz.

Entró don Juan en la casa, llegó a las habitaciones de Matilde y no estaba ella.

-¡Ah!... la señorita me ha dicho que la obligaban a ir y no podía negarse, que tomara usted un coche y fuera hacia la Venta, porque allí los encontraría usted.

-¿Te lo ha dicho así?

-Vaya, sí, señor; y con cada lágrima...

-¡Hay de ti si me engañas!

Todo era una farsa para dar tiempo a que se realizase el plan de la astuta doña Ruperta.

Ya lo había ella preparado bien para la primera ocasión que se presentase. Al saber que el hermano de Matilde vivía, hubo de precipitarlo todo y dejó las instrucciones a la criada.

El gran obstáculo para su proyecto era Matilde, y aprovechó la coincidencia de la llegada de Alberto, para deshacerse de ella, llevándola engañada fuera de Madrid, adonde no pudiera enterarse de nada.

Don Juan creyó que efectivamente se trataba de alejar a Matilde, y que le había ella indicado el punto adónde la conducían.

Bajó las escaleras rápidamente, y subió al coche en donde le esperaba Alberto, que ignoraba que su tía supiese su llegada y...

Alberto, al ver solo a don Juan, exclamó:

-¿Solo?

-Solo. No está ahí.

-Que no está ahí. ¿Pues en dónde, si según usted me ha dicho no salía para nada? ¿Qué pasa?

-Vamos en su busca, -dijo don Juan con acento vacilante.

E indicó al cochero el punto adónde había de dirigirse el coche y emprendieron el escape con peligro de los transeúntes hasta el punto de que alguno estuviera próximo a ser atropellado.

Mientras el coche emprendía aquella carrera, cuatro mozos de cordel dejaron limpia enteramente la casa de huéspedes, cuyos muebles habían sido vendidos por doña Ruperta a un prestamista.

La criada se dirigió a la estación de Atocha en donde esperaban a la hora de salir el tren de la noche para Valencia, doña Ruperta y don Lucas. Este último había hecho que le llevaran su equipaje y un cofrecillo pequeño con todos los documentos relativos a la tutela de Matilde.

-¿Lleva usted la cartera? -preguntó la vieja.

-Pues no faltaba más, aquí está, -respondió el antipático tutor.

Y sacó una cartera de gran tamaño llena de billetes de banco.

-De buena nos escapamos, -dijo la tía de Matilde, haciendo un gesto de satisfacción.

-¡Silencio!

Llegó la hora de marchar el tren.

Suspiró con más libertad la vieja: comenzó a arrastrar los coches la locomotora, y a los pocos instantes había desaparecido hasta la ráfaga de humo que queda en el espacio algún tiempo después de pasar el tren.

Rodolfo llegó a la casa cuando estaban trasladando los muebles. Ignoraba lo que significaba aquello y el que los había comprado le contestó que la dueña de la casa se había marchado al extranjero y le había vendido los muebles.

-¡Qué infamia!

-¿Y mi ropa?

-Dicen que en la portería ha dejado un baúl.

Preguntaron al portero y contestó a Rodolfo en tales términos, que comprendió éste lo que había sucedido.

-¡Canallas! -exclamó.

Y salió de allí desesperado y dispuesto a dar noticia de lo que le pasaba para que se persiguiera a la vieja.

La casa de don Lucas había sido cerrada y se ignoraba el paradero de aquel hombre, digno compañero de doña Ruperta.

A los pocos días extendióse por Madrid la noticia y se hacían mil comentarios acerca de la desaparición de Matilde.

## Capítulo V

Lo que acontecía en Madrid y algo de lo que pasó en Tetuán

Miguel vio con placer restablecida a su madre y después de largos días de enfermedad lo primero que hizo fue alquilar una habitación, hacerla amueblar y trasladarse a ella con su familia después de expresar su agradecimiento a don Tomás y a su buena madre. Abrió allí su despacho y entregóse a los negocios con fe ardiente y con una constancia a toda prueba.

Supo lo que había sucedido en casa de doña Ruperta y procuró averiguar el paradero de Matilde sin que lograse tener noticia del más leve indicio.

Agustín, arrepentido de haber sido cómplice de Rodolfo era ahora un amigo leal de Miguel. Trabajaba en su despacho y admiraba la bondad de carácter de aquel joven, su talento, el entrañable cariño para sus honrados padres.

Don Fernando aborreció la corte y pretendió volverse al pueblo con el cura. La madre rehusaba salir del lado de su hijo.

Rodolfo envidiaba ahora no sólo a Miguel, sino también a Agustín que había logrado rehabilitarse en concepto de los que le conocían y habíanse atribuido sus actos de mala inclinación a la circunstancia de haber acompañado a Rodolfo.



Pensó éste que con la enemistad no conseguía nada y entonces imaginó otro recurso, el de introducirse hipócritamente en la casa otra vez y contando con la bondad de Miguel servir de ángel malo para aquella familia y volver a empañar con el aliento de la desgracia aquel cielo trasparente y puro.

Desesperados y abatidos volvieron don Juan y Alberto de su excursión dirigiéndose en primer lugar a la casa de la calle de San Opropio en donde hallaron la puerta cerrada y la noticia de que la dueña había salido para el extranjero.

¿Qué hacer entonces? El pobre Alberto padeció horriblemente.

Él, que al volver de África en donde estuvo próximo a perecer, llegaba tan deseoso de ver a su hermana ya que la desgracia le había privado de sus padres, ¡cuál sería su pena al encontrarse con que la infame mujer en cuya compañía se hallaba aquélla, era la causa de que no la estrechara entre sus brazos!

En los alrededores de Tetuán fue herido mortalmente: era entonces capitán. Cayó a la falda de un montecillo y al retirarse las tropas acercáronse dos moros y cogiéndole por la levita arrastrábanle hacia lo más alto cuando sonó un tiro y cayó uno de los que de aquel modo trataban al herido. El otro diose a correr y allí quedó abandonado Alberto algunas horas. Llegó la noche y al volver en sí el herido se encontró en aquel campo, oyendo a corta distancia el rumor de un pueblo.

Incorporóse y al poco tiempo vio llegar un bulto hacia él. Tendióse y esperó.

Era un anciano marroquí, de larga barba, aspecto venerable y dulce mirada.

Llevaba una linterna: inclinóse hacia el herido y aplicó el oído con interés.

No satisfecho aún, puso su mano sobre el pecho de Alberto: hizo un gesto que parecía de satisfacción y procuró incorporarlo.

Alberto creyó que era uno de tantos merodeadores que en las guerras se aprovechan de los objetos que encuentran en los cadáveres, y fingióse aún más desfallecido de lo que estaba.

El moro miró atentamente a Alberto, buscó la herida del brazo izquierdo, y vendóla cuidadosamente después de colocar en ella algunas hilas y un unguento que sacó de una cajita de hojalata.

Esperó el moro algún tiempo, fue hacia la altura, y con el farol hizo una señal subiéndolo toda la distancia a que podía levantar el brazo del suelo y bajándolo después hasta la tierra.

Al cuarto de hora vio Alberto aproximarse otro bulto sin que el moro hubiese pronunciado una palabra siquiera, sino una especie de oración a Alá, pero que no fue

comprendida por el herido, que además del balazo en el húmero, tenía graves contusiones en la cabeza desde que le arrastraron con tal violencia por el monte.

El bulto que acababa de aproximarse, parecía el de una mujer.

El anciano y la mujer, cogiendo al herido, lleváronlo cuidadosamente hacia la población después de ser reconocidos por los centinelas.

Alberto fue atendido y curado. Las tropas viéronle caer, y cómo le arrastraban los moros, y no tuvieron duda de que había muerto.

La hija de aquel anciano, hermosa criatura de diez y ocho años, de ojos negros como el azabache, de perfil árabe, de sonrisa candorosa, de color sonrosado, de negra cabellera, miraba con ojos compasivos al cristiano.

Ella y su padre habían estado mucho tiempo en España, y no conservaban las costumbres de su país ni aun en todos los detalles del traje.

Hablaban el español perfectamente, y debían agradecimiento y consideración a una familia que los había protegido en España evitándoles la miseria.

De tal modo se había arraigado el noble sentimiento de la gratitud en el alma del anciano Yusuf, que había pedido permiso a la autoridad para recoger los heridos que estuvieran al alcance, y como era uno de los hombres más respetables de la tribu, no pudo negársele lo que solicitaba: él desempeñaba también un cargo de vigilancia entre los moros, y era el consejero de los jóvenes y el consultor de todos.

Corrió la voz de que Yusuf tenía en su casa a un cristiano herido, y esto no fue muy bien mirado por los moros que censuraron al anciano y comenzaron a desprestigiarle.

Miriam, la mora, llegó a sentir algo más que compasión hacia el cristiano: él no dejaba de sentir admiración hacia su preciosa enfermera, que siempre entraba a ver al enfermo acompañada de alguna criada o de algún moro al servicio de Yusuf.

-¿Estás mejor? -preguntó un día Miriam al enfermo en correcto castellano.

-Cuando te veo, mejor que nunca, -respondió Alberto.

-Si no fueras cristiano, podrías quedarte en esta población.

-Y si tú no fueras mora, podrías venirte conmigo, -respondió él con firmeza.

Así continuaron las cosas, hasta que Zadig, uno de los moros que miraban con predilección a Miriam, comenzó a sentir el terrible volcán de los celos, y pensó en el medio más a propósito para hacer salir cuanto antes al cristiano de la casa de Yusuf.

Un día reunió a los jefes de tribu, y les dirigió una especie de alocución, que traducimos testualmente tomándola de un episodio de aquella guerra, referido por un testigo de aquellos sucesos.

«Compañeros: Estamos ofendiendo a Alá y contrariando su doctrina: todos sabéis que el que mata a un cristiano en la guerra tiene abiertas las puertas del paraíso; pues bien, entre nosotros hay quien busca al cristiano herido, quien le cura, le protege y le salva, y está dispuesto, si es preciso, a que su hija reniegue de nuestras creencias para hacerse perra cristiana... No, no... Eso no puede ser. Es más: el cristiano de que se trata conspira contra nosotros, es un espía del jefe que manda las tropas españolas, y trata de sobornar a una parte de la hez de nuestro pueblo para abrir las puertas al cristiano. Guerra, guerra a ese perro...»

-Debe morir, y en cuanto a Yusuf, dése parte al emperador y que disponga de él.

Así dijo uno de los más audaces, y convinieron en sacar por la fuerza a Alberto de la casa de Yusuf para acabar con él.

Aquella misma noche, dirigieron en tropel a la casa del anciano.

Miriam se asomó y adivinó lo que querían, porque vio a Zadig entre los alborotadores.

La mora tembló: ligera como la mariposa al revolotear entre las flores perseguida por un niño, corrió hacia la habitación de su padre y le refirió lo que ocurría: después fue a la de Alberto, y le suplicó que se ocultase en seguida.

Alberto, que ya se hallaba convaleciente, levantóse, tomó el sable que vio sobre la mesa, y esperó.

Entraron dos o tres jefes a la habitación de Yusuf pidiéndole al herido.

Negóse el anciano: exigió respeto para su hogar, pero Zadig, que iba entre los alborotadores, dirigióse a las turbas, y las hizo entrar para que sacaran al herido.

Miriam rogó, suplicó, se arrodilló a los pies de Zadig.

Nada fue bastante a contener la ira de aquel hombre.

Las turbas penetraron. Yusuf fue al lado de Alberto, colocándose al otro Miriam.

Los amotinados quedaron a la puerta ante aquel cuadro. Al verlos Alberto, desasiéndose de Miriam y soltando la mano de Yusuf, adelantóse, y exclamó con acento firme y decisivo:

-¡Cobardes!... ¡Atrevedos!...

Arrojó lejos de sí el sable, y cruzóse de brazos.

Uno de los del grupo, el más desalmado, que llevaba la espingarda con la culata hacia arriba, había estado preparándose para asestar el golpe.

Alberto no creyó que se atreviese ninguno.

Pero aquel hombre, aprovechando un momento oportuno, dio un culatazo terrible en la cabeza a Alberto que no tuvo tiempo de evitarlo: tan rápida fue la acción.

Alberto se dirigió a coger el sable, pero cayó aturdido, manchando de sangre el suelo.

Yusuf dirigióse con majestuoso ademán al agresor, cogiólo por un brazo y lo detuvo. Los demás vieron con horror al que así se había atrevido, como un cobarde asesino, a atentar en la casa del anciano contra el joven militar.

El golpe recibido en la cabeza había sido terrible, quedando a consecuencia de él en muy mal estado el pobre Alberto. Estravióse su razón y hubo temores de que no volviese a recobrar en mucho tiempo la salud.

El moro agresor fue encarcelado, y Yusuf y su hija, acompañando a Alberto, fueron hasta Cádiz, en donde el anciano y Miriam se hicieron cristianos, siendo bautizado el primero con el nombre de Juan y la hija con el de María.

Era el convertido a la religión cristiana riquísimo, y cuando a España llegaron, habían pasado ya dos o tres años de la desgracia de Alberto que en todo este tiempo no había recobrado la razón ni aun mucho después.

Ésta era la historia de Alberto y de su desaparición, y la del hombre misterioso que buscó a Matilde.

En cuanto Alberto se restableció, tratóse de su casamiento con María, que lo adoraba con frenesí y era correspondida. Enteróse el antiguo Yusuf, (entonces don Juan), de que tenía Alberto una hermana y de la historia de ésta con su tía, y dejando los dos a María en Cádiz con los criados, dirigiéronse a Madrid, en donde aconteció lo que se ha visto en los precedentes capítulos.

## Capítulo VI

### Lucha del bien contra el mal

Alberto y don Juan volvieron, como se ha dicho, de su viaje a la Venta del Espíritu Santo, dirigiéronse a casa de doña Ruperta y la encontraron cerrada, diciéndoles la portera que la dueña había desaparecido.

Creció la desesperación de ambos, y desde allí fueron a la casa de don Lucas, el tutor de Matilde. Tampoco lograron nada: estaba desalquilada la habitación.

-¿Qué es esto? -exclamó Alberto.

-Que Dios pone a prueba nuestra resignación y nuestra calma.

-¿A dónde vamos ahora?

-Es preciso dar parte de lo que sucede. Volvamos a la casa.

Al llegar a ella encontraron a un joven que también preguntaba en la portería y que al recibir la contestación se estremeció y llegó al colmo de la indignación más extraordinaria.

-¡Ah!... esa mujer habrá conseguido su objeto; -exclamaba, -pero yo la juro... ¡pobre Matilde!

Al oír pronunciar este nombre, don Juan y Alberto se miraron con interés y se fijaron en el joven.

Miguel, por su parte no dejó de mirar con extrañeza a Alberto; pero no le había visto nunca, y no le llamaba la atención sino el interés con que lo miraban a él.

-Dispense usted, -le dijo don Juan, -pero quisiera saber si viene usted buscando la misma familia que nosotros...

Miguel miró al anciano, se fijó en él, y le inspiró la simpatía que nace en los primeros momentos de una entrevista cuando dos almas expresan en una mirada el lazo de mutuo afecto que ha de unirlos.

-Busco a una señora que tenía huéspedes en el principal.

-¿A doña Ruperta?

-Sí, señor... o por mejor decir, a quien busco es a la sobrina.

Miguel se sorprendió.

Comenzaba acaso a sentir en el alma el torcedor de los celos.

-¿Le interesa a usted mucho esa joven?

-Mucho.

-¿De veras?

-Como que la desesperación de la infeliz será muy grande al saber que debo estar buscándola...

-¡Ah!...

Así exclamó Miguel dudando si aquel joven sería el amante de quien le hablaban en la carta que recibió hallándose en la cárcel.

Alberto notó la sorpresa y comprendió el interés que inspiraba a aquel joven su hermana, porque no era posible ocultarlo.

Hubiera dado Miguel la mitad de su vida por saber el objeto que a aquellos hombres los llevaba a la casa.

-Pues, creo joven, que si usted ha residido desde hace algún tiempo en Madrid, podrá auxiliarnos en nuestra empresa... conocerá a la familia que habitaba el principal.

-¿Que si la conozco? ¡Ojalá que no hubiese conocido a la mujer más infame del universo... a esa miserable doña Ruperta!...

-¿También sabe usted?...

-Como que he sido testigo de los padecimientos de Matilde.

-¿Usted?

-Viviendo algunos años como huésped en la casa.

-¿Tanto ha padecido mi hermana?...

Aunque Alberto no quería que se supiera que se hallaba en Madrid, no pudo contenerse.

Don Juan le miró, como diciendo, ¿qué has hecho?

Miguel dio un paso hacia atrás, significando su asombro; lo miró detenidamente, y apareció en su semblante la revelación del júbilo.

-¡Usted!... ¡es Alberto... Alberto!... el hermano de Matilde.

El mismo.

-El que en África... ¡Ah!... Un abrazo, joven, un abrazo... Permítame que lo estreche entre mis brazos.

Los dos jóvenes se abrazaron.

Aquel abrazo fue un mudo juramento de unión para averiguar el paradero de Matilde.

Dijo Miguel que él era abogado y que iba a tomar por su cuenta la causa contra el tutor y contra la tía; que iba a poner en juego cuantos medios le sugiriese su imaginación para encontrar a los culpables.

-Pero Matilde... Matilde, -añadió, -la habrán llevado con ellos...

Era una situación violentísima la de Miguel y la de Alberto.

Don Juan procuraba calmar el exaltado espíritu de los dos jóvenes.

-¿Qué será de Matilde, Dios mío?... ¿Qué será de ella?... ¿A dónde preguntaré? - exclamaba Alberto.

Salieron de la casa los tres, y mientras se dirigían a la de don Juan que no había tomado habitación en casa de doña Ruperta sino como pretexto, oyó decir el anciano que el padre de Miguel se llamaba don Fernando, y quedó un instante suspenso.

-La madre de usted era doña Vicenta...

-Sí señor, -respondió con curiosidad Miguel.

-Don Fernando Rodríguez...

-Rodríguez, sí, ése es su apellido.

-Joven, la Providencia ha querido que lo conozca a usted en este momento. Sus padres de usted han sido mis protectores en España.

Don Juan abrazó a Miguel.

-¿Cómo?... -preguntó éste.

-¿No recuerdas Alberto lo que te he referido varias veces de una familia que se retiró a un pueblecito de Alicante después de haber sido en Madrid mi salvación y la de mi hija? Gracias a ellos salí de mi situación aflictiva: gracias a ellos, puse un establecimiento que me sirvió de base para la fortuna que después he conseguido en mi país.

-¡Ah! -exclamó Alberto; -¿es usted el hijo de don Fernando... del amigo de mis padres?...

-¿Fueron amigos sus padres de usted y los míos?

-Mucho.

-¿Entonces, una historia triste de familia que he oído con frecuencia en mi casa cuando niño, era la de ustedes?... ¡Qué coincidencia sobrenatural nos reúne cuando necesitamos el esfuerzo de todos para salvar a esa desgraciada criatura!

-Dios nos inspira el mejor medio de saber el paradero de Matilde.

Así continuaron su diálogo hasta llegar a la casa que don Juan había tomado en la calle de Atocha.

Rodolfo había dado parte de lo acontecido, y el juzgado comenzó sus diligencias.

Agustín unió su buen deseo y su actividad a los de Alberto, Miguel y don Juan, sin que se consiguiera gran cosa.

Rodolfo logró entrar de nuevo en casa del hijo de don Fernando, mostrándose arrepentido de su falta y jurando no volver a seguir la senda entonces comenzada.

Prosperaba Miguel de día en día, lo cual no podía ser bien visto de Rodolfo, quien con la astucia y el engaño pudo también adquirir las relaciones de don Juan y de Alberto.

Lo primero que intentó fue sembrar la desconfianza entre ellos y Miguel, advirtiéndoles que no se fiaran de éste, porque era la ambición la que le guiaba y había engañado a Matilde cuando tenía relaciones con otra mujer más rica.

Aunque Alberto y don Juan no quisieron dar crédito a aquellas noticias, no dejaron de sentir alguna desconfianza hacia Miguel.

En poco tiempo el despacho de éste quedó sin clientes, porque Rodolfo decía a todos los que encargaban a aquél algún pleito que llevaran cuidado, pues él sabía que la parte contraria le había dado alguna cantidad para que no defendiese a la otra con calor, sino perjudicando los intereses de los defendidos.

-Treinta mil reales le ha valido ayer la terminación de un pleito sentenciado contra la parte que él defendía.

-Hombre, -respondió el cliente a quien se dirigía Rodolfo, -pues de ese modo, perdiendo los pleitos, pronto se desacreditará.

-Es que él va al mejor postor. Si lo que puede ganar con sus defendidos iguala a lo que le ofrecen los otros, aprieta los tornillos y gana el pleito.

-Vaya, pues bueno es saberlo, -dijo la persona que oía al envidioso, -no seré yo quien le encargue negocios.

Poco tiempo trascurrió, y ya había descendido de tal modo el número de clientes de Miguel, que no le era posible vivir de aquel modo.



Rodolfo se había hecho íntimo amigo de Alberto, y entre los muchos medios que empleó para desacreditar a Miguel, fue uno el que acabó de poner en juego con los clientes.

Los hechos parecían confirmar las palabras de Rodolfo.

El hermano de Matilde veía desierto el despacho del hijo de don Fernando.

Don Juan no quería dar crédito a la superchería de un amigo que él creía falso, y muchas veces, prevenía el espíritu de Alberto contra Rodolfo.

Poco faltaba para que la miseria llamase a las puertas de la casa de Miguel a quien Agustín veía sufrir horriblemente, sospechando quién fuera la causa de aquel cambio de fortuna.

Nada se había logrado averiguar acerca del paradero de Matilde que en su extraño cautiverio padecía tormentos desgarradores.

Como se ha visto, lo que doña Ruperta hizo con dejar el encargo a la criada de engañar a don Juan con respecto al sitio en donde se había dirigido el coche que conducía a Matilde, era ganar tiempo para que la doméstica entregase los muebles al prestamista y cerrase la casa. Consiguió su objeto y para evitar en su viaje al extranjero que dentro de España pudieran detenerla al saberse lo ocurrido, llevaba nombre supuesto como su compañero de viaje.

Pronto las autoridades pusieron en juego los recursos más extraordinarios para lograr la captura de los delincuentes que habían dejado en la miseria a la infortunada Matilde y para saber en dónde habían ocultado a ésta.

Rodolfo gozaba cuando veía el estado a que habían llegado las cosas. Él con su hipocresía había logrado entrar en los altos círculos políticos, llegando hasta las probabilidades de ser nombrado para un destino de gran importancia.

El protector de Miguel sabía los medios de que se había valido Rodolfo para encumbrarse y para conseguir que el hijo de don Fernando viviera en la triste y precaria situación en que se hallaba, pues su padre no podía hacer nada: las malas cosechas, las contribuciones y la falta de pago de sus deudores, teníanle también en la más angustiosa situación.

Seguía Rodolfo ascendiendo: celebraba reuniones en su casa después de haber contraído matrimonio con la hija de un marqués, alucinado con el falso oropel. Tenía gran influencia con los ministros, y llegó un día en que se habló del talento de Miguel y de su desgracia.

-Es un mal abogadillo sin pleitos, no merece más de lo que tiene.

Oyó esto don Tomás, que asistía a las reuniones de Rodolfo por ver hasta dónde llegaba la audacia de éste, y se convenció de que no podía ser más escandalosa.

-No deprima usted a quien vale mucho, no se ensañe usted en la desgracia: aún no sabe usted lo que puede suceder mañana.

-Yo no tengo nada que ver con esos zascandiles que adquieren una reputación falsa a fuerza de intrigas y con reprobados medios.

-Está bien, señor mío, -respondió don Tomás, -así es el mundo... pero la rueda de la fortuna no cesa en sus vueltas, y no sabemos a qué sitio nos conducirá mañana.

-Poco me importa, -dijo con desfachatez Rodolfo, mientras el protector de Miguel se despedía mirando con repugnancia a aquel envidioso indigno de toda consideración.

Un día, visitando el improvisado marqués a uno de los ministros, encontró en el gabinete particular a un amigo de Miguel que recomendó eficazmente a éste para una fiscalía.

Rodolfo, después de ver salir a aquel amigo, exclamó:

-Conozco a ese Miguel, es un intrigantuelo político de todas las opiniones, sin talento, sin estudio...

-No es ésa la opinión que a mí se me ha hecho formar, y este artículo demuestra un talento nada vulgar, mejor dicho, notable.

-Ese artículo es de su protector; él no es capaz de escribir dos líneas con sentido común.

El ministro dejó el periódico que estaba leyendo.

-Además, -continuó Rodolfo, -es uno de esos periodistas que escriben un artículo en un diario ministerial, y con la misma pluma extienden otro para uno de los callejeros en donde se desatan en sátiras estúpidas contra el mismo a quien han elogiado en el ministerial. A ver si conservo... ¡Justamente!... Aquí tiene usted este periodicucho callejero... Vea usted este artículo...

Era un escrito furibundo contra el mismo ministro.

-Esto es una infamia... ¡La vida privada!... ¡El sagrado del hogar doméstico!... ¡La calumnia!...

-Pues ahí tiene usted: el estilo es el hombre, ése es Miguel, el encausado por homicidio.

Hizo sonar el ministro la campanilla en el mismo instante en que entraba su secretario.

-¿Hizo usted lo que le encargué para el recomendado del señor Salas?

-Sí, señor: esta tarde quedará extendida la credencial.

-Pues que no se molesten en extenderla, que sustituyan aquel nombre con el de la persona recomendada por el señor.

El ministro señaló a Rodolfo que sentía una satisfacción indefinible.

El secretario salió del gabinete después de sacar la nota en donde estaba el nombre recomendado por aquél.

Una sonrisa satánica asomó a los labios de Rodolfo, que parecía el genio del mal gozando en el daño que ocasionaba a los que merecían más que él.

Agustín sabía todo lo que Rodolfo hacía en perjuicio de Miguel, porque era amigo de un hermano del secretario particular.

El envidioso, a medida que llegaba a mayor altura iba creciendo en maldad y en envidia.

Ya pretendía la cartera de un ministro y trabajaba en menoscabo de aquél cuyo puesto ambicionaba.

-Estoy logrando mi propósito...

Creo que la gloria, el dinero y la mujer... me sonreirán muy pronto.

Y al decir esto, reclinábase en muella butaca, fumando aromático veguero.

## Capítulo VII

### Se aclara el horizonte

Días de prueba eran los que para Miguel habían llegado. Veía a su pobre madre sufriendo, débil, enfermiza: su padre por falta de recursos, no podía emprender el viaje a Madrid; pero en cuanto lo supo el protector de Miguel, se los proporcionó, y don Fernando, era esperado con ansiedad por la familia.

Ni destino del gobierno, ni trabajo, todo faltaba a Miguel, que si hubiera sido solo en el mundo, acaso la desesperación lo hubiera arrastrado a un extremo.

Había perdido la amistad de Alberto, pero don Juan el padre de María, lo apreciaba y le tenía las consideraciones de que era digno.

Alberto se presentó a sus antiguos jefes que lo vieron con júbilo y con satisfacción, y bien pronto le dieron el grado de capitán, ofreciéndole ascender como merecía.

Continuaba su espíritu luchando con la idea de que acaso hubieran llevado a su hermana al extranjero, y como sabía que de todo era capaz la codicia de doña Ruperta y del tutor, temía con razón hasta por la vida de Matilde.

En este estado se hallaban las cosas cuando un día, hallándose la esposa de Rodolfo en su gabinete, viendo bordar a su doncella, entró una criada a decir que una joven que deseaba trabajo, pedía permiso para verla.

La casa de Rodolfo era conocida por el nombre de la esposa, más que por el de él, pues la vanidad le había hecho preferir el título de los padres de aquélla.

Si se preguntaba por la casa de Rodolfo, nadie sabía dar razón; pero si se hacía la pregunta por la de la marquesita de Fuentabra, todo el mundo la indicaba.

-Que pase, -dijo Serafina.

Entró la joven, vestida con modestia, pero indicando una clase algo más elevada que debía suponerse.

Aquella joven dirigióse con los ojos bajos adonde estaba Serafina.

-¿Busca usted trabajo?

-Sí, señora.

-¿Tiene usted familia?

-Sí, señora: un hermano a quien dieron por muerto en la guerra de África, pero que según mis noticias, vive.

-¿Y no se puede saber?...

-De eso trato. Soy muy desgraciada. Poseía una fortuna no despreciable, pero mi tía y mi tutor, perversos, desaparecieron con todo.

Serafina creyó que aquélla era una de tantas historias que se inventan para excitar la compasión de las que las oyen.

Por lo que había dicho aquella joven, fácil era conocer a quien supiera la historia de los padecimientos de Matilde, que era la misma sobrina de doña Ruperta.

Había sufrido tanto, que su fisonomía estaba cambiada. El sonrosado color de sus mejillas había desaparecido; tenía más tristeza en su mirada, profunda melancolía en la amarga sonrisa y tal decaimiento en el cuerpo, que sólo deteniéndose un poco los que la habían conocido, podrían ver en ella a la encantadora Matilde.

Aunque dudaba Serafina de la exactitud de la narración hecha por la joven, tales detalles y tal colorido de verdad tenían que la convencieron.

El carácter orgulloso de la marquesita, le inspiraba un deseo especial de humillar a la mujer, tanto más cuanto más bella era. Presentábase, pues, en frente de Matilde una enemiga, quizá tan encarnizada como su tía.

La circunstancia de haber pertenecido a otra clase social, infundía a la marquesita más vivo deseo de humillarla, porque sus inclinaciones eran exactamente como las de su marido.

Envidiosa, llena de soberbia y de vanidad, buscaba un placer nuevo en la humillación de otra mujer.

-¿Borda usted?

-Sí, señora.

-¿Pero... bien?...

-No debo decirlo yo... usted lo verá.

-Bueno... y en cuanto a los demás trabajos de costura, la educación de usted no la habrá permitido perfeccionarse.

-Lo he aprendido todo...

-Pues con una educación como la que recibimos las que vivimos con cierto desahogo, poco puede usted haber trabajado. Usted sabrá tocar el piano, cantar, en fin, esas cosas que constituyen la educación de las niñas cuyos padres son ricos, pero el trabajo doméstico...

Desgraciadamente, Serafina hablaba con algún fundamento.

La educación de la mujer está hartamente descuidada. Una gran parte de las familias que pueden destinar sumas considerables a la educación y a la instrucción de la mujer, emplean éstas en frivolidades, en todo menos en lo que es útil, en lo que constituye a una mujer laboriosa, y que pueda ser en el día de mañana madre esclava de sus deberes, y que sabe formar el corazón de sus hijos y enseñarles con la práctica el amor al trabajo. Despertar la vanidad de las niñas, distraerlas con frecuentes diversiones, haciéndolas despreciar toda idea de trabajo necesario para la casa; o hacerlas lucir en los paseos un traje cada día: acostumbrarlas a exageradas comodidades: entregarlas acaso a una niñera que las lleva a los paseos para oír palabras obscenas, de algún discípulo de Marte, mientras los padres no se acuerdan quizás de que tienen hijos. He ahí la educación que algunas familias quieren para sus hijos, y tales consecuencias se deducen de ello.

Serafina había sido una de esas niñas; educóse con todos los defectos que pueden contribuir a formar para el día de mañana una esposa descuidada de los quehaceres

domésticos, pero muy cuidadosa de su propia persona; una madre que da a la sociedad hijos como ella.

Parecía que Rodolfo y Serafina habían recibido un secreto impulso para reunirse y ser un matrimonio en apariencia feliz, pero muy desgraciado en el fondo.

Veamos cómo estaba allí Matilde.

La pobre, que había pasado días crueles en su cautiverio, pensando en su hermano, en Miguel y en su propia desgracia, vio un día entrar a la vieja encargada de cuidarla mientras durase aquella detención.

-Vamos, ya ha cumplido el plazo, ya puede usted salir cuando quiera. Esta casa ha pasado a poder de otros dueños y estamos aquí demás...

-¿Qué voy hacer? ¡Dios mío! He gastado la cantidad que me entregaron a primeros de mes... ¿Puede usted buscarme un coche?

-¿Coche... por aquí? ya, ya... hija... los pies nos han de valer...

-¿Y por estas inmediaciones...?

-Nada: hasta salir a la carretera...

-¡Qué infamia! ¡qué infamia!... pero mi tía y mi tutor... ¿a dónde fueron en cuanto me dejaron aquí?

-A estas horas écheles usted un galgo... lo menos en París...

-¿Y a quién han encargado de mis intereses?

-¿A quién? Qué sé yo... Nadie da razón en Madrid del señor ni de la señora...

-¿Es decir que me han dejado en la miseria?

-¿Quién sabe?... ¿Quién sabe?...

-¡Oh!... ¡Qué verdugos!...

Así exclamó Matilde viendo que la vieja se disponía a salir y que ella había de hacer lo mismo, ya próxima a llegar la noche.

Desconfiaba de aquella mujer. Ir en su compañía no era lo más conveniente, pero al fin no tuvo más remedio que transigir y salir con ella.

Aquella noche la pasaron en una casita de campo cuyos dueños eran conocidos de la vieja. Matilde no se acostó, pasó las horas sentada sobre una caja que servía de baúl, y

reclinando la cabeza sobre el rincón de la pared en donde aquélla se hallaba; vio pasar por su imaginación todos los recuerdos como una procesión de sombras vagas que se desvanecían para dar paso a otras.

¡Qué noche aquella! La vieja roncaba, acostada en un jergón tendido en el suelo.

El cuarto era de unos pobres venteros que habían cedido el piso alto, gracias a diez reales entregados por la vieja.

Todo era imponente y triste para Matilde: el lejano ladrido de los perros en las altas horas de la noche, el viento que silbaba haciendo crugir la puerta con extraño ruido, los votos y los juramentos de los arrieros que atravesaban el camino, todo era para hacer más horroroso el cuadro que venía a hacerse más lúgubre aun con la sombra de la miseria que la amenazaba.

Al amanecer, los cantos de los pájaros, la calma que se había restablecido en la naturaleza al cesar el viento impetuoso, el dulce murmullo de una fuente próxima que nacía al pie de un montecillo, lo que en otras ocasiones hubiera alegrado su espíritu con la pureza del ambiente y la frescura de la brisa, entonces aumentaba su melancolía.

Cuando llegó la hora de marchar, no quiso que la acompañase la vieja.

Supo que en la cercanía había un puesto de guardia civil en donde vivía un teniente con su esposa, y decidióse a pedirles amparo y protección.

La vieja comenzó a murmurar, porque tenía ya sus planes con respecto a la desgraciada Matilde y poco menos que la quería obligar a que la siguiese, pero en cuanto la oyó el propósito de dirigirse al puesto de la guardia civil, apresuróse a tomar el pañuelo que la cubría casi desde la cabeza hasta los pies, y despidiéndose de los venteros, dirigióse a Matilde, diciéndole:

-Adiós, hijita... Buena suerte y poco pico... ¿Estamos?

Tomó el lío de su ropa, y echó a andar con ligereza impropia de sus años.

Al verla salir la sobrina de doña Ruperta, respiró libremente.

El ventero era un hombre honrado, y compadecía a la joven. También su esposa tenía lástima de aquella infeliz.

-¿Era usted, señorita, la joven que ha estado en la casa de campo del Olivar?...

-¿En aquélla que desde aquí se divisa? Sí señor.

-Hemos sabido que no iba usted por su voluntad...

-Ciertamente.

-Que era usted martirizada por la señora que compró esa casa para venderla a los pocos días...

-¿Lo saben ustedes?...

-Aquí todo se sabe... Como que anda buscándola la justicia como a su compañero, el viejo más raro que ha conocido el mundo... También dicen que se han quedado con las riquezas de usted esos perversos.

Matilde hizo un movimiento con la cabeza que significaba una afirmación.

-Crea usted, señorita, -dijo la esposa del ventero, -que si todo se paga en este mundo o en el otro, no ha de ser pequeño el castigo de esos malvados.

-Dios los perdone, -exclamó Matilde enjugando las lágrimas.

Y después, como si hubiera estado algún tiempo pensando una resolución, decidióse, y dijo al ventero:

-¿Podrían acompañarme al puesto inmediato de la guardia civil?

-Sí señora, -respondió el ventero, -ahora mismo, pero si usted quiere descansar más tiempo...

-Gracias, mil gracias.

Tomó el dueño de la venta el sombrero de anchas alas, colocó sobre los hombros el chaquetón, empuñó la vara, que era su compañera inseparable, y se dispuso a salir dirigiéndose con Matilde al punto indicado. Allí fue recibida con las consideraciones que aquel cuerpo distinguido sabe guardar a todo el mundo. La esposa del teniente, joven y simpática, de corazón bondadoso, de expresivo rostro, de dulce palabra, sintió hacia Matilde esa atracción que para la desgracia tienen las almas buenas. Oyóle referir su historia, y llegó a inspirarle cariño y confianza. El teniente, joven modesto y de trato distinguido, interesóse por Matilde, y ofreció su activa cooperación para lograr la captura de aquellos malvados. Dio las órdenes a las parejas para que las comunicasen a los jefes más inmediatos, y todos los individuos concedores ya de la historia, tomaron como causa propia la de la sobrina de doña Ruperta.

La esposa del teniente, que era apreciada y distinguida en todo el contorno, ofreció a la desgraciada Matilde cuanto pudiera hacer en su beneficio.

Al oír el teniente el nombre de Alberto quedó suspenso: recordó, pronunció el apellido, y Matilde con sorpresa oyó que aquél había conocido a su hermano y que habían sido amigos en el colegio.



Aquella coincidencia estrechó más los vínculos de la amistad entre los tres. Conchita, la esposa del teniente, buscó en Madrid trabajo para Matilde, y logró encontrarlo facilitándoselo en casa de un banquero. Acompañaronla los dos, y en la misma casa se despidieron recibiendo de la hermana de Alberto las pruebas más sinceras de gratitud.

Tenía la dueña de la casa un hijo de unos diez y ocho años, calavera, travieso, insoportable, y en cuanto vio bajo el techo de sus salones aquella paloma, como él la llamaba, pensó en atraerla y que respondiese a su caprichosa pasión de mozalvete casquivano.

Observado por ella, pronto abandonó la casa, y habiendo sabido que en la de la marquesita buscaban costurera, dirigióse a ella, en donde la habíamos dejado al referir este episodio de su historia.

## Capítulo VIII

### Celos y soberbia

Durante todo el tiempo que medió desde que Matilde salió de la casa de campo hasta que entró en la de la marquesita, no cesó de averiguar en dónde se hallaba su hermano, sin que pudiese lograr el más leve indicio.

Serafina comenzó su empresa de rebajar a Matilde, llamándola cuando tenía visita, para que la trajese una copa de agua o para cualquiera otro detalle impropio del servicio que desempeñaba.

Era Serafina celosa como ninguna. En su gabinete de costura, residencia habitual de Matilde, no había entrado jamás Rodolfo ni tenía noticias de que se hallara en la casa aquella joven a quien había señalado la marquesita una alcoba en aquel mismo gabinete en el cual se le servía la comida.

Como Rodolfo no tenía costumbre de entrar en el gabinete por expresa prohibición de la caprichosa hija de la marquesa, no había intentado nunca traspasar la ley impuesta por su tirana emperatriz como él la llamaba.

Un día, ridiculizándose a sí propio el detalle de no entrar en aquel gabinete, levantó el pestillo y diciendo con tono sarcástico:

-Sin permiso, señorita, -entró en la habitación decidido a pasar un rato de broma por su calaverada.

Matilde trabajaba delante de un bastidor, sin levantar la cabeza, sin hablar una palabra, sufriendo las indirectas picantes de la marquesita que la tenía hasta para entretenimiento.

A Rodolfo llamábanle la atención todas las mujeres cuya juventud fuese un atractivo, y después de dirigir una mirada a su esposa, miró al bastidor y a la bordadora.

Serafina, en cuanto vio entrar a su esposo, se levantó como indignada y dirigióse a él con imperioso gesto

-Caballerito, -exclamó, -luego dirá usted que me quiere... Me ofreció usted cumplir lo más insignificante que le pidiese, y mi capricho fue que no pisara usted la alfombra de este gabinete.

Una de las razones que obligaban a Serafina a impedir la entrada de su esposo en aquella estancia, era que en ella estaba el laboratorio de sus enjuagues para teñirse las cejas, y el cabello, para colorearse las mejillas y los labios y blanquearse el rostro con el fin de que desapareciese el color moreno rojizo que lo sombreaba.

Otra de las causas que motivaban la prohibición entonces, era la presencia de Matilde.

-Perdóname, perdóname, vida mía... Pero el deseo de verte...-dijo Rodolfo.

Matilde oyó el timbre de aquella voz, y no supo lo que pasaba por su corazón. Había herido su tímpano como si lo desgarrasen con la punta de un puñal.

Tembló, no pudo continuar su trabajo.

Rodolfo no había podido verle la cara.

Serafina observó la atención con que su esposo miraba a aquella joven, y con el despecho más profundo, dirigióse a ella y pronunció con tono hipócrita estas palabras:

-Señorita, levante usted esa cara, míreme usted frente a frente, no se haga usted la mojugata...

-Señora, -respondió Matilde, -se me figura que no merezco esa falta de consideración en mi desgracia.

Rodolfo colocóse los quevedos, asombrado al oír aquella voz, y quedó algún tiempo mirando a Matilde.

Serafina dirigió la vista a su esposo, atónita, confusa, sorprendida.

Después de algunos momentos de silencio, exclamó:

-Bien, muy bien, señor mío... siga usted.

-Déjame y... déjame, -interrumpió Rodolfo.

-¿Qué es esto?

-Nada, nada... ¿Se llama usted Matilde?

Matilde no contestó.

-Sí, Matilde... Matilde... se llama... ¿La conoces? Ya me lo figuraba yo. He ahí el empeño de usted en entrar en esta habitación...

La joven se levantó con aire majestuoso y dominando con noble altivez a los dos.

Serafina tenía enfrente la nobleza de una mujer a quien había querido humillar.

Rodolfo veía la personificación de recuerdos que pesaban sobre su conciencia.

-Señorita, -prorrumpió Matilde; -yo no puedo seguir en esta casa. Mi desgracia no lo quiere... Yo ignoraba que este caballero...

-¿Lo ignoraba usted? No sabía usted que era él mi esposo. Le había engañado a usted, usted tan cándida, tan sencilla, se había dejado engañar como inocente paloma...

-No, Serafina; no... Óyeme...

-Nada oigo. Era lo único que la faltaba a usted para añadirlo a su historia novelesca... Parece usted una de aquellas damas de Lope de Vega, que se valían de disfraces con el fin de perseguir al amante que las había dejado para otro día...

-¡Por Dios! -exclamó Matilde. -Compadezca usted mi desgracia...

-Es digna de compasión, Serafina: si tú supieras...

A las mujeres bellas y desgraciadas las compadecía Rodolfo, así como su esposa las odiaba.

-No puedo estar aquí ni un segundo más, -dijo Matilde dirigiéndose a tomar la mantilla.

-Qué virtud tan rara; pues ahora me empeño más en que no se vaya usted... en que permanezca usted a mi lado... y sea usted mi costurera como hasta aquí...

-Rara coincidencia, -dijo Rodolfo.

-¿Conocía usted ya a mi marido? no es extraño, él ha conocido a muchas...

-Por lo que más ame usted en el mundo, la ruego que me permita salir, -dijo Matilde.

-No, no, hija mía, quiero que siga usted en casa y que todo el mundo sepa su audacia. La presentaré en la reunión, la daré a usted vestidos míos...

-Señora... Eso es incalificable.

-Nada, nada... lo dicho, Matildita.

Rodolfo estaba cada vez más absorto.

Él sabía toda la historia y hubiera podido decírsela en aquel momento la casa en donde vivía su hermano, pero deseaba vengarse de que no le hubiese correspondido cuando él se proponía conseguir que le amase.

Bien pronto hizo correr Rodolfo la voz del extraño episodio ocurrido en su casa; pero tuvo buen cuidado de ocultar el nombre de la desconocida. Era tan jactancioso como libertino.

Había amenazado Serafina a Matilde con difamarla, si salía de su casa, y la hacía permanecer allí con el objeto de que cayera sobre ella el rayo de la murmuración: era una venganza cruel, espantosa, de la injuria que Serafina creía haber recibido de ella, en el hecho de presentarse en su casa, conociendo de antiguo a su esposo.

Vivía Alberto tan engañado por Rodolfo, tan creído de la buena fe y de la amistad de éste, que lo defendía en donde quiera que lo atacaban. Lo que Alberto observó desde algún tiempo, era cierta repugnancia de Rodolfo a que él le visitara. Advirtiéndolo en varias ocasiones, hasta que un día se propuso saber la verdad y quizá la causa de aquella actitud.

Decidióse a visitar como antes a Rodolfo.

## Capítulo IX Premio y castigo

Serafina ignoraba la historia de Alberto, Rodolfo era enemigo de ensalzar a nadie ni de hacer simpáticos a sus amigos con la narración de episodios de su vida. Así es que lo presentó a su esposa como a un amigo cualquiera, y no se entretuvo en referir la historia de sus desventuras.

Hallábase un día Serafina sentada en el gabinete azul en donde recibía a los amigos. Era una habitación bellísima con jarrones de flores en los ángulos, espejos de cuerpo entero, sillaría azul, alfombra con flores de color vivísimo.

Vestía Serafina elegante traje de seda negro, con manga corta, y el peinado era del mejor gusto.

Recibió una tarjeta; leyóla, y dijo:

-Que pase.

Pasó Alberto y a una leve indicación de la marquesita se sentó.

-Me he atrevido a preguntar por usted porque Rodolfo siempre me dice que acostumbra a estar muy poco en casa.

-Y es verdad...

Siguió después el diálogo sobre las diversiones de Madrid, sobre la temperatura; y por último, Serafina hizo recaer la conversación sobre las calaveradas de los jóvenes.

-Y a propósito, ya sabrá usted que se ha entrado por las puertas de mi casa, un objeto raro, una virtud a toda prueba...

Serafina lanzó una carcajada irónica.

-Algo de eso he oído referir a Rodolfo; y es un caso extraño.

-De comedia... de comedia... Es original... y ella no es fea. Merece que la conozca usted... es lo único que puedo hacer por ella... darla a conocer a los amigos de mi esposo... Verá usted... verá usted... ¡Julián!...

Tiró del cordón de la campanilla, y al poco rato entró un criado.

-Que venga mi costurera...

-¿Y cómo se llama esa divina criatura... cómo se llama?

-Matilde...

Alberto sintió un extraño sacudimiento en el corazón.

-¿Le gusta a usted el nombre? Nos falta un Malek-Adel, y puede usted serlo si gusta...

No tardó en presentarse Matilde.

-Aquí la tiene usted.

En la habitación entraba la luz del sol algo enturbiada por los transparentes de colores.

-Mírela usted bien, Alberto, -dijo Serafina haciendo correr uno de los lienzos transparentes.

Al oír Matilde el nombre de Alberto quedó atónita, como él al oír el de Matilde.

Ella se fijó en el semblante de su hermano, en el uniforme, en aquella mirada tan parecida a la de su madre.

-Alberto de mi vida... -exclamó con los brazos abiertos Matilde, dirigiéndose a su hermano mientras él iba a recibirla en los suyos, pronunciando el nombre de hermana con todo el impulso de su corazón, y sin persuadirse de tanta felicidad.

-¡Matilde!...

Serafina quedó sorprendida ante aquel cuadro.

-¡Bravísimo, bravísimo! -repitió la marquesita con irónico acento; -se conocían ustedes... Mejor, mejor...

Alberto y Matilde se abrazaron y estuvieron mucho tiempo sin acordarse de que se hallaba Serafina allí.

-¿Qué es esto? -preguntó Serafina.

-Que es mi hermana, y que usted ha sido con ella muy injusta, ¡pobre hermana mía...!

-¿Su hermana de usted? -interrogó con incredulidad Serafina.

-Sí, señora; y la perdono a usted las ofensas que la ha dirigido, porque es usted una señora...

Confusa le oía la esposa de Rodolfo y no sabía qué hacer.

Por último, dando gracias a Dios por la feliz coincidencia que los había reunido, salieron de allí, despidiéndose Alberto con aspereza y ofreciendo volver a ver a Rodolfo para que le explicase sus palabras referentes a Matilde, a quien sin nombrarla había ofendido y calumniado entre sus amigos.

Aquel momento de felicidad fue bastante para que se considerase venturosa Matilde.

Pronto corrió por Madrid la noticia de que había parecido la sobrina de doña Ruperta.

Miguel lo supo y deseó verla, pero no se atrevía por el efecto que podría causar en ella.

-¡Si me desprecia!... ¡Oh!... ¿mis ensueños de gloria dónde están?

Entonces supo Matilde quién era don Juan y por qué se interesaba tanto por la familia. Conoció a María y la quiso como a hermana.

No tardó mucho en verificarse el casamiento de Alberto con María.

Miguel que había vuelto a recobrar el cariño de Alberto, fue invitado por éste para la reunión que se celebró en la noche de su boda con María.

Había el hijo de Fernando reprimido su vivísimo deseo de ver a Matilde, porque dudaba del recibimiento que obtendría, pero decidióse al fin, y la entrevista fue una escena tierna y conmovedora. Ambos supieron que las cartas habían sido ardidés de Rodolfo.

Tranquilamente se deslizaron las horas, aunque Miguel tuvo el sentimiento de no poder ofrecer a Matilde un porvenir brillante, una fortuna para que al darle su mano pudiera disfrutar de las comodidades de la vida.

Iba siendo cada día más conocido Rodolfo. Referían en todas partes su historia.

Tuvo la osadía de presentarse en casa de Alberto; pero don Juan, dirigiéndose a él en cuanto entró, le dijo:

-Amigo mío, va usted a padecer mucho esta noche.

-¿Por qué? -preguntó él.

-Mire usted; -dijo el anciano señalando a uno de los balcones de la sala que daban al jardín y en donde se hallaban Matilde y Miguel en plática animada.

Rodolfo sintió nacer un suspiro en su alma y lo ahogó con una sonrisa.

-No debo decir a usted más...

-Pues si yo, cabalmente no traigo más objeto que el de avisar a ustedes y prevenirle, contra la falsedad de Miguel...

Alberto no se había apercibido de la presencia de Rodolfo en la casa, y cuando tuvo noticia, por Matilde misma, de que se hallaba aquel hombre odioso en el salón, al verlo, la ira coloreó su rostro y dirigióse a él dispuesto a marcar el del envidioso con su mano, pero el escándalo hubiera sido desfavorable para la casa y se contuvo, limitándose a llamar a los concurrentes, exclamando:

-Señores, vengan ustedes acá... vengan ustedes a ver qué cara tiene la envidia y qué efectos puede producir. Entre nosotros ha tenido la audacia de presentarse un hombre, que con el traje de caballero, es un asesino de honras y reputaciones, calumniador, envidioso, autor de infinitas desgracias, de la ruina de muchas familias.

Miguel se acercó al grupo y estuvo a punto de lanzarse sobre Rodolfo, que procuraba ocultarse detrás de una de las cortinas del balcón y deslizábase poco a poco para marcharse sin ser visto, pero Matilde contuvo a su amante.

Entró pocos momentos antes don Tomás acompañado de don Fernando y oyó las palabras de Alberto: miró hacia el sitio en donde procuraba ocultarse Rodolfo, y cogiéndole por un brazo lo llevó al centro del grupo.

-Aquí está el más infame de los hombres, el que siente en su corazón el horroroso tormento que le hace padecer con la felicidad de los demás.

Todos los concurrentes miraron con repugnancia a Rodolfo, que confuso, aturdido quiso balbucear algunas palabras.

La venganza apareció ante sus ojos con los más negros colores.

-Agustín, -dijo con débil voz y tartamudeando, -tú sabes mejor que nadie quién soy yo... Habla tú.

-Yo... No puedo hacer más que repetir lo que ha dicho Alberto y añadir mucho más... porque se conozca al literato engalanado con plumas ajenas, al ladrón de gloria, al adulator de todo el que llega a un alto puesto, al que ha conseguido el destino que dice que desempeña, con la bajeza, la intriga y la villana superchería.

-Agustín, te ha de costar caro...

-No lo dudo: todo es posible en un miserable como tú, pero advierto que eres ya muy conocido y que en todas partes te despreciarán como aquí...

Rodolfo, desconcertado, vacilante, iba retrocediendo hasta llegar a la puerta del salón, siguiéndole un semicírculo de los concurrentes a la boda de Alberto. Al llegar allí, tuvo que apoyarse en la pared para no caer. Tal era el efecto que producía en su alma aquel castigo con que comenzaba Dios a hacerle ver lo afrentoso de la envidia.

Desde allí, con el terrible efecto que le había producido la escena, quiso distraerse en el juego y fue a la calle de Alcalá, subiendo precipitadamente la escalera de una de las casas en donde caen y se improvisan fortunas a capricho de una carta.

No era mucho el capital que había logrado reunir Rodolfo ni aun con el que su esposa aportó al matrimonio, pero en su desesperación, deseoso de ganar mucho para ser envidiado por Miguel, por don Juan y por los que le rodeaban, jugó en tres días consecutivos casi todo el capital, pero le quedaba un sueldo de los más considerables del presupuesto.

El ministro no tardó en conocer las arterias del adulator, y el día en que entró éste en su casa después de haber perdido la fortuna con que contaba y de haber contraído enormes deudas, recibió el pliego de su cesantía.

La desesperación se apoderaba de su espíritu: aun le esperaban otros motivos de despecho. Miguel, cuyo talento era reconocido por todos y cuyos servicios en la prensa eran dignos de consideración, fue nombrado director en uno de los ministerios, y en las inmediatas elecciones de diputados, presentóse como candidato ministerial en el mismo distrito en que Rodolfo, lleno de indignación, había decidido presentarse de oposición al gobierno porque le había dejado sin destino y sin influencia.



Trató de calumniar a Miguel entre los electores; llamábale bandido, apóstata, traidor: dijo que la ambición le cegaba, y que por eso era un incensario eterno del gabinete.

Todo inútil. Miguel fue elegido diputado, y su primer discurso en las cortes apoyando la política del gobierno, fue recibido con extraordinario entusiasmo, consiguiendo elogios hasta de sus adversarios políticos.

Rodolfo se vio abandonado de todo el mundo. Como no era el amor el lazo que le unía a su esposa, ésta, en la primera ocasión huyó de su lado y volvió a la casa de sus padres.

El destino que él había desempeñado pasó a Agustín por influencia de Miguel, que bien pronto figuró en primer término entre los hombres importantes.

Rodolfo había palidecido más, hundiéronse sus ojos, se hizo más amarga su sonrisa, escuálido, débil, agitado, era un expectro repugnante.

Recorrió los ministerios en busca de un destino, y esperando en las antecámaras entre porteros, veía pasar a don Tomás, a Miguel, a don Fernando, a Agustín y a don Juan por delante de él, y que entraban en el despacho del ministro, mientras él hasta por los porteros era tratado con despreciativo desdén.

Pasó el tiempo, y se realizaron los deseos de Miguel y de Matilde.

Recibieron la bendición del Señor en la iglesia de Santo Tomás. Al salir de la iglesia, vieron la sombra de un hombre que se deslizaba por uno de los próximos callejones.

Era Rodolfo, que ya hasta sin traje para presentarse en la sociedad, parábase en las esquinas, y con voz baja pedía una limosna para un pobre cesante.

Atraído por la noticia de una boda, dirigióse a Santo Tomás por si en aquellos momentos podía sacar algo, pero vio salir de la iglesia a aquella familia que se disponía a subir a los coches, y lanzando una maldición horrible, volvió la espalda y dirigióse hacia la plaza de Santa Cruz.

No tardó mucho en oírse en Madrid la noticia de que la guardia civil había detenido antes de pasar la frontera a dos personajes cuya historia parecía una novela, pero era una triste realidad.

Don Lucas y doña Ruperta, con la mayor parte de la fortuna de Matilde, fueron capturados y reducidos a prisión.

Había llegado la hora del castigo para los culpables. Si en la tierra alguna vez queda impune el delito, no sucedió así para aquellos dos seres que habían llevado la desesperación al alma de una inocente criatura.

-Ya no hay escape, -decía doña Ruperta a su compañero al ver que confrontaban los guardias civiles las notas que llevaban con las señas de los viajeros.

-Cayeron los pájaros, -dijo uno de aquéllos al teniente. -Esta señora es la pájara de cuenta...

-Yo... Pero... a mí... por qué...

-Ya se lo dirán de misas.

Y don Lucas, volviéndose a la vieja, le decía:

-¡Qué tiempos, qué tiempos! No puede uno viajar con libertad por ninguna parte: yo me quejaré, yo diré que a los que como nosotros van documentados...

-No son ustedes mal par de documentos, -exclamó un guardia andaluz con picaresca sonrisa.

-Pero, señores, por Dios; somos personas decentes, y ahora nos quieren llevar a pie.

-A pie... Como nosotros perdonamos: que le lleve a usted la sombrilla ese caballero particular y... corriente.

-Yo diré al señor gobernador que esto es... -tartamudeó don Lucas.

-Diga usted lo que bien le parezca, pero mucho más tendrá usted que decirle al juez y al escribano.

-¡Al juez!... Yo entre jueces... Yo que en mi vida... -exclamó doña Ruperta persignándose con asombro.

-Vamos, señora, vamos; -dijo el teniente.

Y sin más detención, la pareja de guardias colocó delante a la otra de malvados, y así, bien custodiados y siendo objeto de las bromas del andaluz, llegaron de pueblo a pueblo.

-¡Qué sol! -decía doña Ruperta.

-Pues ahora empieza, -replicó el guardia, -y para cuando concluya el viaje, la piel estará ya curtida.

-¡Qué desgracia! -decía don Lucas arreglándose la corbata. -Qué paso este... Sale un caballero decente de su casa, y no sabe cuándo volverá si se les antoja a estos señores detenerlo a uno.

-O a dos, -replicó el guardia.

Mirábanse con espanto el viejo y su adlátere, y concluyeron por odiarse durante el camino.

-Usted tiene la culpa, -decía doña Ruperta.

-Usted... usted... usted... -repetía el atildado don Lucas.

Y a tanto llegó el calor de la controversia, que la tía de Matilde dirigió una de sus manos al descarnado pescuezo de don Lucas. Éste se retiró siete u ocho pasos del lado de aquella harpía hasta el extremo de salirse de la carretera...

-¡Eh! Buen amigo, a sus respectivas filas, -dijo uno de los guardias.

Y haciendo uso de una cuerda que llevaban prevenida, ataron a don Lucas enlazándolo con su consorte.

-Esto es indigno... A una señora...

-¡Señora! Usted dispense... Pero cuénteselo usted a su pobre sobrina, -exclamó el ordenanza del puesto, que se hallaba muy enterado de la historia.

Bajó la cabeza doña Ruperta, y siguió su camino.

Como el cansancio la rendía, aprovecharon los guardias la coyuntura de pasar un arriero con mulos, e invitaron a doña Ruperta para que montase en uno de ellos y no hiciera más pesada la marcha.

Los bienes fueron devueltos a Matilde, que lamentó la desgracia de su tía sin poder evitarlo. ¡Rara coincidencia! El juez que sentenció a don Lucas y a la vieja, fue Agustín.

La felicidad de Matilde y de Miguel, rodeados de todas las personas queridas, era completa. Don Fernando heredó una inmensa fortuna de un hermano suyo que había vivido en Buenos Aires.

Una noche hallábanse todos en el teatro, don Fernando y su esposa, Agustín, Alberto, María, don Tomás y otros amigos. Estrenaban una obra dramática de Miguel. Desde las primeras escenas fue un aplauso nutrido, llamando el público al autor cuatro veces en el primer acto, y considerándose como un verdadero acontecimiento literario aquella representación.

En el intermedio del primero al segundo acto, circulaba de mano en mano La Correspondencia, y muchísimas personas se dirigían al leerla, al palco en donde estaba Matilde, la esposa de Miguel con la familia: subió Agustín de las butacas en donde se hallaba y les leyó un párrafo en el cual se daba como probable, la formación de un ministerio en el cual entraría Miguel.

Concluyó la representación con más entusiasmo que al comenzar y fue objeto Miguel de manifestaciones honrosas porque eran espontáneas.

Al salir del teatro oyó decir Matilde que se iba a regalar al autor una corona.

Pero se ofreció un contraste horrible.

Un grupo de gente curiosa hallábase en una de las aceras.

Aproximóse Agustín y vio con sorpresa a un hombre bastante joven tendido.

Miguel que fue de los demás el único que lo advirtió, dejó a Matilde con María y con la familia toda y dirigióse al grupo.

Con asombro vieron que el enfermo era Rodolfo. Tenía La Correspondencia extrujada entre las manos y pronunciaba aún el nombre de Miguel. Éste hizo que lo condujeran inmediatamente a la Casa de Socorro con la intención de que después lo llevaran a la suya.

Rodolfo abrió los ojos, conoció a Miguel y a Agustín, y exclamó:

-Perdonadme. He sido una víctima de la envidia.

Al colocarlo en la camilla, exhaló el último suspiro.

Miguel había logrado vencer en la lucha, reuniendo en su poder las tres bases de la felicidad.

Gloria dinero y mujer.

Fin.

---

**[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)**

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)**, para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.



**editorial del cardo**